NUEVOS ENIGMAS HISTÓRICOS AL DESCUBIERTO

César Vidal

BIBLIOTECAS DIGITALES

DE NOSTRADAMUS A SADDAM HUSSEIN

HISTORIA

¿Acertó Nostradamus en sus profecías? ¿Tuvo Jesús de Nazaret hermanos? ¿Por qué hubo judíos que combatieron a favor de Hitler? ¿Quién fue Jack el Destripador? ¿Fue un fraude la victoria electoral de JFK?… Son preguntas que la Historia nos plantea y que no siempre reciben una respuesta clara. En el presente libro, continuando con la labor que ya emprendió en su obra Enigmas históricos al descubierto, el prestigioso historiador César Vidal se enfrenta con veintisiete enigmas históricos y los resuelve de manera documentada, imparcial y sólida. El resultado es un libro apasionante y ameno que gusta por igual a los aficionados a la Historia y a los totalmente profanos porque, después de todo, en esa Historia nos hallamos inmersos todos.

SÍGUENOS EN FACEBOOK

César Vidal

Nuevos enigmas históricos al descubierto

de Nostradamus a Saddam Hussein

ePub r1.1
jandepora 29.10.13

César Vidal, 2003
Diseño de portada: Opalworks

Editor digital: jandepora
ePub base r1.0

Ne bis in idem *dice el adagio latino pero yo me siento obligado a dedicar también esta segunda entrega a Javier Rubio, director de* Libertad Digital, *y al resto de los compañeros de la redacción que, especialmente en los últimos tiempos, han dado muestra de una profesionalidad insobornable, una independencia de criterio sorprendente y una objetividad admirable en su trabajo. Que en estos momentos* Libertad Digital *sea el periódico virtual español más visitado en la red no resulta extraño. Se trata simplemente del fruto más que merecido de una incomparable labor.*

Introducción

Acababa la primavera de 2002, es decir, la del año pasado y entregaba yo a Ricardo Artola, mi editor en Planeta, el texto de *Enigmas históricos al descubierto.* Contábamos ambos con que la obra, basada en trab ajos anteriores míos publicados en su mayoría en el periódico en internet *Libertad Digital* tuviera buena acogida. Humildemente debo reconocer que no nos equivocamos. En el momento en que escribo estas líneas han salido a la calle seis ediciones del libro y a punto está de hacer su aparición en edición de bolsillo.

A mi juicio, la razón fundamental del éxito de *los Enigmas* ha radicado —aparte de en la benevolencia de los lectores— en una conjugación de forma y fondo. Deseaba yo que los trabajos fueran fruto de un contraste riguroso de las fuentes y de la bibliografía más actualizada pero, a la vez, ansiaba rehuir el academicismo que no pocas veces no es más que pedantería y que tanto contribuye a apartar al gran público de una disciplina tan apasionante como es la Historia. El resultado final fue el apetecido.

Sin embargo, en la selección que en aquel entonces realizó la editorial quedaron descartados no pocos enigmas que también tenían enorme interés y, por añadidura, a lo largo de este año yo también he seguido con mi tarea de publicar semanalmente otros nuevos en *Libertad Digital.* Podrá entenderse con facilidad que cuando Ricardo Artola me propuso —a la altura de la tercera o la cuarta edición— llevar a cabo la redacción de una segunda entrega le contestara afirmativamente.

Como en el caso del primer volumen, he procurado combinar en éste las distintas Edades de la Historia y tanto la trayectoria nacional como la internacional. Una vez más abarcamos dos milenios de discurrir humano, que van de la inagotable figura que es Jesús a la felizmente derribada hace unos días de Saddam Hussein y su siniestra dictadura. Por supuesto, no he podido resistirme a la tentación de volver a transitar terrenos como el de

la base real de determinados seres imaginarios (Drácula), las referencias a la Historia militar (Armada invencible), el desvelamiento de acciones relacionadas con el mundo del espionaje (Philby, el topo de Hitler…) o la personalidad oculta y, por regla general, tan importante de aquellos que han regido los destinos de sus semejantes (Enrique IV el Impotente…).

Una vez más resulta obligado recordar que ésta es una obra de divulgación que tan sólo pretende acercar al gran público a ese mundo apasionante de la Historia al que he dedicado décadas de mi actividad profesional. Para los que deseen profundizar en los diversos temas adjunto una breve bibliografía recomendada al final de la práctica totalidad de los capítulos.

Nada más. Sólo indicar mi gratitud a los lectores que tan bien acogieron la primera entrega y a los que tuve constantemente presentes mientras preparaba esta segunda. Los enigmas y su resolución los esperan. Entren en ellos y disfrútenlos.

Madrid, primavera de 2003.

1 ¿Tuvo Jesús hermanos?

El reciente descubrimiento de un osario en Jerusalén con la inscripción «Jacob, hijo de José y hermano de Jesús» causó hace unos meses un notable revuelo en los medios de comunicación al interpretarse como una prueba de que Jesús de Nazaret habría tenido hermanos, lo que, supuestamente, significaría una conmoción que haría tambalearse las bases del cristianismo. Ante semejante situación, cabe preguntarse: ¿tuvo Jesús hermanos? y, en caso de respuesta afirmativa, ¿qué trascendencia tendría esa circunstancia para la fe cristiana?

La referencia a los hermanos de Jesús sólo puede causar sorpresa en aquellos que no han leído nunca el contenido completo de los Evangelios. En estos textos abundan las referencias a los hermanos de Jesús e incluso llega a darse el nombre de los mismos. Como señala el Evangelio de

Marcos 6, 3 ss, y el de Mateo 13, 54-55, los hermanos se llamaban Santiago, José, Simón y Judas y habría al menos dos hermanas de las que no se dan los nombres. Sabemos también por el Nuevo Testamento que esos hermanos no creían en Jesús inicialmente (Juan 7, 5) y que incluso en un primer momento, en compañía de María, intentaron disuadirle de su ministerio (Mateo 12, 46 ss). Esa incredulidad de los hermanos de Jesús —profetizada ya en el Salmo 69, 8-9, de los hijos de la madre del Mesías— seguramente explica que en la cruz encomendara el cuidado de su madre al discípulo amado. Sin embargo, también consta que se produjo un cambio al poco de la muerte, ya que en Pentecostés tanto María como los hermanos de Jesús ya formaban parte de la comunidad judeocristiana de Jerusalén (Hechos 1, 14). No sabemos con total certeza a qué obedeció la transformación pero todo parece señalar que a la convicción de que Jesús había resucitado. De hecho, Pablo escribiendo un par de décadas después de los hechos señalaba que entre las personas que vieron a Jesús resucitado se encontraba Santiago (I Corintios 15, 7). Cabe pues pensar que esa circunstancia provocó un cambio radical en él y, muy posiblemente, el de los otros hermanos.

El papel que tendrían en los años siguientes en el seno de la comunidad cristiana varió pero no cabe duda de que Santiago fue el más importante. En torno a década y media después de la crucifixión, Santiago era con Pedro y Juan una de las «columnas» de la comunidad judeo-cristiana de Jerusalén según informa el propio Pablo escribiendo a los gálatas (Gálatas 2, 9). La marcha a actividades misioneras de Pedro y Juan dejó a Santiago como dirigente indiscutible de la comunidad jerosilimitana de tal manera que en torno al año 49 se celebró bajo su presidencia un concilio que abrió definitivamente las puertas de la nueva fe a los no-judíos. El acontecimiento, narrado en el capítulo 15 del libro de los Hechos de los Apóstoles, tiene una enorme relevancia, ya que muestra cómo, a diferencia de lo que se afirma tantas veces, la conversión del cristianismo en una religión universal no derivó de Pablo sino de los dirigentes judeocristianos, muy especialmente Santiago y también Pedro. Sólo con el

paso del tiempo, Pablo se convertiría en el principal defensor de esa tesis y, sobre todo, en su transmisor en Europa.

Algunos años después de esas fechas, Santiago debió escribir la epístola que lleva su nombre y que figura en el Nuevo Testamento. En ella se refleja con claridad la dificultad que pasaba la comunidad de Jerusalén durante la década de los cincuenta y la preocupación de Santiago por el hecho de que la doctrina de la justificación por la fe enseñada por Pablo en algunos de sus grandes escritos como la epístola a los Gálatas (1, 15-21; etc.) o a los
Romanos (3, 21-30; 4, 1-6; 5, 1, etc.) no derivara en un antinomianismo. Santiago sostenía —como Pedro lo había hecho en el concilio de Jerusalén (Hechos 15, 8-12)— que la justificación no podía venir por las obras sino por la fe en Jesús pero insistía en que semejante justificación debía quedar de manifiesto en comportamientos tangibles. En otras palabras, desarrollaba el mismo argumento que algún tiempo después Pablo señalaría en su epístola a los Efesios (2, 8-10): la salvación era por la gracia de Dios recibida a través de la fe pero de ello debía desprenderse con posterioridad una vida de obediencia, no para obtener la salvación sino porque ya se tenía la salvación. Esta identidad de visión explica que las relaciones con Pablo no quedaran nubladas por este escrito —algo que hubiera sucedido, sin duda, si Santiago hubiera negado la tesis de la justificación por la fe— como también se desprende del encuentro que ambos tuvieron en Jerusalén poco antes de la detención del apóstol de los gentiles (Hechos 21). Santiago continuaba siendo un fiel seguidor de la Torah mosaica a la vez que un conocido cristiano y la unión de ambas circunstancias le había permitido ganar para la fe de su hermano a millares de judíos.

Los testimonios neotestamentarios sobre Santiago concluyen en ese punto —un argumento muy poderoso a la hora de datar la redacción de los Hechos de los Apóstoles antes del 62 a. J. C.— pero no los extra-bíblicos. Por el historiador judío Flavio Josefo —al que volveremos a

encontrarnos en el enigma siguiente— sabemos, por ejemplo, que fue linchado en el 62
d. J. C. por una turba de integristas judíos y curiosamente este historiador lo menciona como «Santiago, el hermano de Jesús, el llamado mecías».

Del resto de los hermanos de Jesús poco sabemos. Hegesipo transmite la noticia de que las hermanas se llamaban Salomé y Susana, y el Nuevo Testamento contiene una epístola de Judas que, posiblemente, se deba al hermano de Jesús del mismo nombre, ya que en ella se presenta como «hermano de Santiago». Más interesantes son en otros aspectos los datos proporcionados por Hegesipo. Por ejemplo, tal y como transmite Eusebio, en Historia eclesiástica II, 1, Hegesipo dice que «Santiago, que era llamado el hermano del Señor», era «hijo de José, y José era llamado el padre de Cristo, porque la virgen estaba comprometida con él cuando, antes de que tuvieran relaciones íntimas, se descubrió que había concebido por el Espíritu Santo». Es obvio que Santiago podía ser hijo de un matrimonio anterior pero, en cualquier caso, primo de Jesús no era y sí hijo de José, el marido de María. Como mínimo, nos encontraríamos, por lo tanto, con un hermanastro. Asimismo en III, 11 al referirse a la sucesión de Santiago por Simeón, el hijo de Cleofás, dice que era «primo del Salvador, porque Hegesipo relata que Cleofás era hermano de José» (III, 11). Nuevamente, la relación familiar es obvia y Eusebio vuelve a insistir en ella en III, 19. Dice de Judas, reproduciendo a Hegesipo: «Sobrevivieron de la familia del Señor los nietos de Judas que era, según la sangre, hermano suyo». Las otras referencias de Hegesipo vg: III, 32 abundan en esta misma línea.

Tal y como informa Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica,* en la época de Domiciano se procedió a la detención de otro de los hermanos de Jesús por temor a que, siendo de ascendencia davídica, pudiera sublevarse contra Roma. Tras interrogarlo, las autoridades romanas llegaron a la conclusión de que eran inofensivos y los pusieron en libertad.

Finalmente, ha de señalarse que el último familiar de Jesús que conocemos, un tal Conón, hijo de un hermano, fue martirizado a inicios del siglo II y su tumba se encuentra en Nazaret dentro del recinto de la basílica

de la Anunciación y bajo los cuidados actuales de la Custodia de Tierra Santa encomendada desde hace siglos a los franciscanos. Por lo tanto, de todo lo anterior se desprende que cualquiera que conozca el Nuevo Testamento —no digamos ya si además ha leído a Josefo o a Eusebio de Cesarea—, la mención de los hermanos de Jesús no reviste ninguna novedad.

¿Qué cabe decir sobre la supuesta repercusión del hallazgo sobre las distintas confesiones cristianas? Para las Iglesias protestantes que siguiendo la interpretación judía siempre han interpretado el término «hermano» como hermano carnal, no existe la menor incidencia negativa del supuesto hallazgo de Santiago. El mismo sólo vendría a confirmar, de asegurarse su autenticidad, lo ya sabido por la Biblia y por fuentes cristianas muy antiguas como Josefo o Eusebio de Cesarea. Sabido es que la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas sostienen, por el contrario, el dogma de la virginidad perpetua de María que, obviamente, colisiona con esa interpretación. Sin embargo, con toda seguridad, el descubrimiento no va a alterar su dogmática más de lo que lo hayan podido hacer los datos consignados en las Escrituras. Históricamente, algunos representantes de la Patrística —salvo algunos autores muy antiguos que aceptarían la interpretación judeo-protestante— han interpretado el término «hermano» como «hermanastro» —lo que convertiría a Santiago, José, Simón y Judas en fruto de un matrimonio anterior de José— o, más comúnmente como parientes o primos. Ciertamente, tal interpretación es imposible sobre el griego del Nuevo Testamento donde existen términos específicos para primo *(anépsios* en Colosenses 4, 10) y para pariente *(singuenis* en Lucas 14, 12). No obstante, puede ser posible en hebreo o arameo, donde el término «ah» (hermano) tiene un campo semántico más amplio que puede incluir otras relaciones de parentesco. Es verdad, como decía Paul Bonnard, que de no mediar el dogma de la virginidad perpetua de María seguramente no se habrían dado tantas vueltas para llegar a esa conclusión pero no es menos verdad que semejante conclusión no es descabellada. Por lo tanto — y debería ser una lección que aprendieran

algunos periodistas— ni el dato es nuevo y sensacional ni va a alterar en absoluto el dogma de ninguna de las confesiones cristianas más de lo que hayan podido hacerlo los casi veinte siglos de existencia del Nuevo Testamento.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Las obras sobre los hermanos de Jesús no son abundantes, pero el reciente interés por la figura de Santiago ha ampliado ciertamente su número. He estudiado con anterioridad a este personaje en *El primer Evangelio: el documento* Q, Barcelona, 1993, y sobre todo en *El judeo-cristianismo palestino en el siglo I: de Pentecostés a Jamnia,* Madrid, 1995. En esta última obra dediqué además bastante espacio a analizar los escritos judeocristianos y de una manera muy especial la carta de Santiago que reproduce con notable exactitud —y el correspondiente interés para el investigador— el panorama del judeo-cristianismo de Jerusalén en vísperas de la rebelión contra Roma en el 66 d. J. C.

Desde el punto de vista de la apologética católica que mantiene que los hermanos eran en realidad parientes de Jesús, la bibliografía es escasa pero continúa siendo de importancia capital la obra de G. M. de la Garenne, *Le probleme des Freres du Seigneur,* París, 1928. En mayor o menor medida, las obras católicas posteriores le son tributarias en sus argumentos.

2

¿Aparece Jesús en fuentes históricas distintas de las cristianas?

Las referencias históricas sobre Jesús son relativamente abundantes. Aparte de los cuatro Evangelios canónicos —Mateo, Marcos, Lucas y Juan—, el Nuevo Testamento contiene otros veintitrés escritos en los que se recogen datos diversos sobre la vida y la enseñanza de Jesús. A estas fuentes se añaden distintos escritos apócrifos de valor desigual y referencias patrísticas datables todavía en el siglo I. Sin embargo, precisamente por la extracción de esas fuentes —cristianas y heréticas— resulta de interés preguntarse si hay más fuentes históricas que

mencionen a Jesús y, sobre todo, si esas fuentes son distintas de las cristianas. Realmente Jesús es un personaje del que tenemos noticia únicamente a partir de los escritos de sus seguidores — ortodoxos o desviados— o, por el contrario, ¿aparece Jesús en fuentes históricas distintas de las cristianas?

Las primeras referencias a Jesús que conocemos fuera del marco cultural y espiritual del cristianismo son las que encontramos en las fuentes clásicas. A pesar de ser limitadas, tienen una importancia considerable porque surgen de un contexto cultural previo al Occidente cristiano y porque —de manera un tanto injustificada— son ocasionalmente las únicas conocidas incluso por personas que se presentan como especialistas en la historia del cristianismo primitivo.

La primera de esas referencias la hallamos en Tácito. Nacido hacia el 56-57 d. J. C., Tácito desempeñó los cargos de pretor (88 d. J. C.) y cónsul (97 d. J. C.), aunque su importancia radica fundamentalmente en haber sido el autor de dos de las grandes obras históricas de la Antigüedad clásica: los *Anales y* las *Historias.* Fallecido posiblemente durante el reinado de Adriano (117-138 d. J. C.), sus referencias históricas son muy cercanas cronológicamente en buen número de casos.

Tácito menciona de manera concreta el cristianismo en *Anales XV,* 44, una obra escrita hacia el 115-117. El texto señala que los cristianos eran originarios de Judea, que su fundador había sido un tal Cristo —resulta más dudoso saber si Tácito consideró la mencionada palabra como título o como nombre propio—, ejecutado por Pilato y que durante el principado de Nerón sus seguidores ya estaban afincados en Roma, donde no eran precisamente populares.

La segunda mención a Jesús en las fuentes clásicas la encontramos en Suetonio. Aún joven durante el reinado de Domiciano (81-96 d. J. C.), Suetonio ejerció la función de tribuno durante el de Trajano (98-117 d. J. C.) y la de secretario *ab epistulis* en el de Adriano (117-138), cargo del que fue privado por su mala conducta. En su *Vida de los Doce Césares* (Claudio XXV), Suetonio menciona una medida del emperador Claudio encaminada

a expulsar de Roma a unos judíos que causaban tumultos a causa de un tal «Cresto». Los datos coinciden con lo consignado en algunas fuentes cristianas que se refieren a una temprana presencia de cristianos en Roma y al hecho de que un porcentaje muy elevado eran judíos en aquellos primeros años. Por añadidura, el pasaje parece concordar con lo relatado en Hechos 18, 2, y podría referirse a una expulsión que, según Orosio (VII, 6, 15), tuvo lugar en el noveno año del reinado de Claudio (49 d. J. C.). En cualquier caso, no pudo ser posterior al año 52.

Una tercera referencia en la historia clásica la hallamos en Plinio el Joven (61-114 d. J. C.). Gobernador de Bitinia bajo Trajano, Plinio menciona a los cristianos en el décimo libro de sus cartas (X, 96, 97). Por sus referencias, sabemos que consideraban Dios a Cristo y que se dirigían a él con himnos y oraciones. Gente pacífica, pese a los maltratos recibidos en ocasiones por parte de las autoridades romanas, no dejaron de contar con abandonos en sus filas.

A mitad de camino entre el mundo clásico y el judío nos encontramos con la figura de Flavio Josefo. Nacido en Jerusalén el año primero del reinado de Calígula (37-38 d. J. C.), y perteneciente a una distinguida familia sacerdotal cuyos antepasados —según la información que nos suministra Josefo— se remontaban hasta el período de Juan Hircano, este historiador fue protagonista destacado de la revuelta judía contra Roma que se inició en el año 66 d. J. C. Fue autor, entre otras obras, de la *Guerra de los judíos* y de las *Antigüedades de los judíos.* En ambas obras encontramos referencias relacionadas con Jesús. La primera se halla en Ant. XVIII 63, 64 y su texto en la versión griega es como sigue:

> Vivió por esa época Jesús, un hombre sabio, si es que se le puede llamar hombre. Porque fue hacedor de hechos portentosos, maestro de hombres que aceptan con gusto la verdad. Atrajo a muchos judíos y a muchos de origen griego. Era el Mesías. Cuando Pilato, tras escuchar la acusación que contra él formularon los principales de entre nosotros, lo condenó a ser crucificado, aquellos que lo habían amado al principio no dejaron de hacerlo. Porque al tercer día se les manifestó vivo de nuevo, habiendo profetizado los divinos profetas estas y otras maravillas acerca de él. Y hasta el día de hoy no ha desaparecido la tribu de los cristianos *(Ant.* XVIII, 63-64).

El segundo texto en *Antigüedades* XX, 200-203 afirma:

> El joven Anano […] pertenecía a la escuela de los saduceos que son, como ya he explicado, ciertamente los más desprovistos de piedad de entre los judíos a la hora de aplicar justicia. Poseído de un carácter así, Anano consideró que tenía una oportunidad favorable porque Festo había muerto y Albino se encontraba aún de camino. De manera que convenció a los jueces del Sanhedrín y condujo ante ellos a uno llamado Santiago, hermano de Jesús el llamado Mesías y a algunos otros. Los acusó de haber transgredido la Ley y ordenó que fueran lapidados. Los habitantes de la ciudad, que eran considerados de mayor moderación y que eran estrictos en la observancia de la Ley, se ofendieron por aquello. Por lo tanto enviaron un mensaje secreto al rey Agripa, dado que Anano no se había comportado correctamente en su primera actuación, instándole a que le ordenara desistir de similares acciones ulteriores. Algunos de ellos incluso fueron a ver a Albino, que venía de Alejandría, y le informaron de que Anano no tenía autoridad para convocar el Sanhedrín sin su consentimiento. Convencido por estas palabras, Albino, lleno de ira, escribió a Anano amenazándolo con vengarse de él. El rey Agripa, a causa de la acción de Anano, lo depuso del Sumo Sacerdocio que había ostentado durante tres meses y lo reemplazó por Jesús, el hijo de Damneo.

Ninguno de los dos pasajes de las *Antigüedades* relativos al objeto de nuestro estudio es aceptado de manera generalizada como auténtico, aunque es muy común aceptar la autenticidad del segundo texto y rechazar la del primero en todo o en parte. El hecho de que Josefo hablara en *Ant.* XX de Santiago como «hermano de Jesús llamado Mesías» —una referencia tan magra y neutral que no podría haber surgido de un interpolador cristiano— hace pensar que había hecho mención de Jesús previamente. Esa referencia anterior acerca de Jesús sería la de *Ant.* XVIII 3, 3. La autenticidad de este pasaje no fue cuestionada prácticamente hasta el siglo XIX, ya que, sin excepción, todos los manuscritos que nos han llegado lo contienen. Tanto la limitación de Jesús a una mera condición humana como la ausencia de otros apelativos hace prácticamente imposible que su origen sea el de un interpolador cristiano. Además la expresión tiene paralelos en el mismo Josefo *(Ant. XVIII* 2, 7; X 11, 2). Seguramente también es auténtico el relato de la muerte de Jesús, en el que se menciona la responsabilidad de los saduceos en la misma y se descarga la culpa sobre Pilato, algo que ningún evangelista (no digamos cristianos posteriores) estaría dispuesto a afirmar de forma tan tajante, pero que sería lógico en un fariseo como Josefo y más si no simpatizaba

con los cristianos y se sentía inclinado a presentarlos bajo una luz desfavorable ante un público romano.

Otros aspectos del texto apuntan asimismo a un origen josefino: la referencia a los saduceos como «los primeros entre nosotros»; la descripción de los cristianos como «tribu» (algo no necesariamente peyorativo) (*Comp. con Guerra* III, 8, 3; VII, 8, 6); etc. Resulta, por lo tanto, muy posible que Josefo incluyera en las *Antigüedades* una referencia a Jesús como un «hombre sabio», cuya muerte, instada por los saduceos, fue ejecutada por Pilato, y cuyos seguidores seguían existiendo hasta la fecha en que Josefo escribía. Más dudosas resultan la clara afirmación de que Jesús «era el Mesías» (Cristo); las palabras «si es que puede llamársele hombre»; la referencia como «maestro de gentes que aceptan la verdad con placer» también auténtica en su origen, si bien en la misma podría haberse deslizado un error textual al confundir (intencionadamente o no) el copista la palabra TAAEZE con TALEZE; y la mención de la resurrección de Jesús.

En resumen, podemos señalar que el retrato acerca de Jesús que Josefo reflejó originalmente pudo ser muy similar al que señalamos a continuación: Jesús era un hombre sabio, que atrajo en pos de sí a mucha gente, si bien la misma estaba guiada más por un gusto hacia lo novedoso (o espectacular) que por una disposición profunda hacia la verdad. Se decía que era el Mesías y, presumiblemente por ello, los miembros de la clase sacerdotal decidieron acabar con él entregándolo con esta finalidad a Pilato, que lo crucificó. Pese a todo, sus seguidores, llamados cristianos a causa de las pretensiones mesiánicas de su maestro, dijeron que se les había aparecido. En el año 62, un hermano de Jesús, llamado Santiago, fue ejecutado además por Anano si bien, en esta ocasión, la muerte no contó con el apoyo de los ocupantes sino que tuvo lugar aprovechando un vacío de poder romano en la región. Tampoco esta muerte había conseguido acabar con el movimiento.

Aparte de los textos mencionados, tenemos que hacer referencia a la existencia del Josefo eslavo y de la versión árabe del mismo. Esta última,

recogida por un tal Agapio en el s. X, coincide en buena medida con la lectura que de Josefo hemos realizado en las páginas anteriores, sin embargo, su autenticidad resulta problemática. Su traducción al castellano dice así:

> En este tiempo existió un hombre sabio de nombre Jesús. Su conducta era buena y era considerado virtuoso. Muchos judíos y gente de otras naciones se convirtieron en discípulos suyos. Los que se habían convertido en sus discípulos no lo abandonaron. Relataron que se les había aparecido tres días después de su crucifixión y que estaba vivo; según esto, fue quizás el Mesías del que los profetas habían contado maravillas.

En cuanto a la versión eslava, se trata de un conjunto de interpolaciones no sólo relativas a Jesús sino también a los primeros cristianos.

Con todo, posiblemente la colección más interesante de textos relacionados con Jesús se halle en las fuentes rabínicas. Este conjunto de fuentes reviste un enorme interés porque procede de los adversarios espirituales de Jesús y del cristianismo, porque resulta especialmente negativo en su actitud hacia el personaje y, de manera muy sugestiva, porque estas fuentes vienen a confirmar buen número de los datos suministrados acerca de él por los autores cristianos.

Así, en el Talmud se afirma que Jesús realizó milagros. Ciertamente, insiste en que eran fruto de la hechicería (Sanh. 107; Sota 47b; J. Hag. II, 2) pero no los niega ni los relativiza. De la misma manera, se reconoce la respuesta favorable que obtuvo en ciertos sectores del pueblo judío —un dato proporcionado también por Josefo— al señalar que sedujo a Israel (Sanh. 43 a).

Este último reviste una enorme relevancia porque se relaciona con la causa de la muerte de Jesús. En las últimas décadas, por razones históricas fáciles de explicar, ha existido una tendencia muy acusada a distanciar a los judíos de la ejecución de Jesús. Si con ello se pretende decir que no todos los judíos de su época tuvieron responsabilidad en la misma y que los actuales no deben cargar con la culpa, semejante tendencia historiográfica es indiscutiblemente correcta. Si, por el contrario, lo que se

pretende señalar es que la condena y muerte de Jesús fue un asunto meramente romano, entonces se falta a la verdad histórica. Los Evangelios señalan que en el inicio del proceso que culminaría con la crucifixión de Jesús hubo una acción de una parte de las autoridades judías que le consideraban un extraviador. El dato es efectivamente repetido por el Talmud que incluso atribuye toda la responsabilidad de la ejecución en exclusiva a esas autoridades y que señala que lo colgaron —una referencia a la cruz— la víspera de Pascua (Sanh. 43 a).

Aún de mayor interés son los datos que nos proporcionan las fuentes rabínicas sobre la enseñanza y las pretensiones de Jesús. En armonía con distintos pasajes de los Evangelios, el Talmud nos dice que Jesús se proclamó Dios e incluso se señala que anunció que volvería por segunda vez (Yalkut Shimeoni 725). Ambas doctrinas —la de la conciencia de divinidad de Cristo y la de su Parusía— han sido atacadas desde el siglo XIX como creaciones de los primeros cristianos desprovistas de conexión con la predicación original de Jesús. Curiosamente, son los mismos adversarios rabínicos de Jesús los que confirman en estos textos las afirmaciones de los Evangelios en contra de la denominada «Alta crítica».

De enorme interés son también las referencias a la interpretación de la Torah que sustentaba Jesús. En las últimas décadas, en un intento por salvar la distancia entre el judaísmo y Jesús, se ha insistido en que la relativización de la Torah no se debía a Jesús sino a Pablo y a los primeros cristianos. De nuevo, la suposición es desmentida por los textos rabínicos. De hecho, se acusa específicamente a Jesús de relativizar el valor de la Torah, lo que, presuntamente, le habría convertido en un falso maestro y le habría convertido en acreedor a la última pena. Este enfrentamiento entre la interpretación de la Torah propia de Jesús y la de los fariseos explica, por ejemplo, que algún pasaje del Talmud llegue incluso a representarlo en el otro mundo condenado a permanecer entre excrementos en ebullición (Guit. 56b-57a). Con todo, debe señalarse que este juicio denigratorio no es unánime y así, por ejemplo, se cita con aprecio alguna de las enseñanzas de Jesús (Av. Zar. 16b-17a; T. Julin II, 24).

El *Toledot Ieshu,* una obra judía anticristiana, cuya datación general es medieval pero que podría contener materiales de origen anterior, insiste en todos estos mismos aspectos denigratorios de la figura de Jesús, aunque no se niegan los rasgos esenciales presentados en los Evangelios sino que se interpretan bajo una luz distinta. Esta visión fue común al judaísmo hasta el s. XIX y así en las últimas décadas se ha ido asistiendo junto a un mantenimiento de la opinión tradicional a una reinterpretación de Jesús como hijo legítimo del judaísmo aunque negando su mesianidad (J. Klausner), su divinidad (H. Schonfield) o aligerando los aspectos más difíciles de conciliar con el judaísmo clásico (D. Flusser). De la misma manera, los últimos tiempos han sido testigos de la aparición de multitud de movimientos que, compuestos por judíos, han optado por reconocer a Jesús como Mesías y Dios sin renunciar por ello a las prácticas habituales del judaísmo (Jews for Jesus, Messianic Jews, etcétera).

Resumiendo, pues, puede señalarse que efectivamente contamos con fuentes históricas distintas de las cristianas para conocer la vida y la enseñanza de Jesús. Todas ellas eran hostiles —a lo sumo, indiferentes— pero, de manera muy interesante y sugestiva, corroboran la mayoría de los datos de que disponemos gracias al Nuevo Testamento y a otras fuentes cristianas. Su judaísmo, su pertenencia a la estirpe de David, su autoconciencia de mesianidad y divinidad, la realización de milagros, su influencia sobre cierto sector del pueblo judío, su afirmación de que vendría por segunda vez, su ejecución a instancias de algunas autoridades judías pero por orden del gobernador romano Pilato, la afirmación de que había resucitado y la supervivencia de sus discípulos hasta el punto de alcanzar muy pronto la capital del imperio son tan sólo algunos de los datos que nos proporcionan —no con agrado, todo hay que decirlo— las diferentes fuentes no-cristianas. En ese sentido cabe decir, simplemente a título comparativo, que, por el número de noticias, por su cercanía en el tiempo al personaje y por la pluralidad de orígenes, Jesús es uno de los personajes que mejor conocemos de la Antigüedad.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Las referencias a Jesús fuera del Nuevo Testamento no han recibido, por regla general, toda la atención que merecen. La causa de ese comportamiento se encuentra no pocas veces en la mera ignorancia de las fuentes semíticas acerca del cristianismo primitivo a pesar de su abundancia e importancia. Por supuesto, tal conducta carece de excusa a partir de estudios come los de H. Laible, *Jesús Christus im Talmud,* Leipzig, 1900, y R. T. Herford, *Christianity in Talmud and Midrash,* Londres, 1905. Me he referido a estas fuentes rabínicas con cierta extensión en *El judeocristianismo palestino en el siglo I: de Pentecostés a jamnia,* Madrid, 1995, y las he traducido en parte en *El Talmud,* Madrid, 2001.

De menor interés pero generando verdaderos ríos de tinta ha sido la aproximación a los textos de Flavio Josefo referidos a Jesús. Entre ellos cabe destacar sin pretender ser exhaustivo las obras de W. E. Barnes, *The Testimony of Josephus to Jesus Christ,* 1920 (a favor de la autenticidad de las referencias flavianas sobre Jesús); C. G. Bretschneider, *Capita theologiae Iudaeorum dogmaticae e Flauii Iosephi scriptis collecta,* 1812, pp. 59-66 (a favor); B. Brüne, «Zeugnis des Josephus über Christus», en *Tsh St Kr,* 92, 1919, pp. 139-147 (a favor, aunque un autor cristiano eliminó parte de lo contenido en el texto); F. F. Bruce, ¿*Son fidedignos los documentos del Nuevo Testamento?,* Miami, 1972, pp. 99 ss (a favor pero sosteniendo que un copista cristiano eliminó parte del contenido original); F. C. Burkitt, «Josephus and Christ», en *Th T,* 47, 1913, pp. 135-144 (a favor); A. von Harnack, *Der jüdische Geschichtsschreiber Josephus and Jesus Christus,* 1913, cols. 1037-1068 (a favor); R. Laqueur, *Der Jüdische Historiker Josephus,* Giessen, 1920, pp. 274-278 (el testimonio flaviano procede de la mano de Josefo pero en una edición posterior de las Antigüedades); L. Van Liempt, «De testimonio flaviano», en *Mnemosyne,* 55, 1927, pp. 109-116 (a favor); R. H. J. Shutt, *Studies in Josephus,* 1961, p. 121; C. K. Barret, *The New Testament Background,* Nueva York, 1989, pp. 275 ss (el texto aparece en todos los manuscritos de las *Antigüedades,*

aunque seguramente presenta omisiones realizadas por copistas cristianos. Originalmente se asemejaría a las referencias josefianas a Juan el Bautista); S. G. F. Brandon, *Jesus and the Zealots,* Manchester, 1967, pp. 121, 359368 (a favor de la autenticidad pero con interpolaciones); ídem, *The Trial of Jesus of Nazareth,* Londres, 1968, pp. 52-55; 151-152; L. H. Feldman, Josephus, IX, Cambridge y Londres, 1965, p. 49 (auténtico pero interpolado); R. Gótz, «Die urprüngliche Fassung der Stelle Josephus Antiquit. XVIII 3, 3 and ihr Verháltnis zu Tacitus Annal. XV, 44», en *ZNW,* 1913, pp. 286-297 (el texto sólo tiene algunas partes auténticas que, además, son mínimas y, en su conjunto, fue reelaborado profundamente por un copista cristiano); J. Klausner, *Jesús de Nazaret,* Buenos Aires, 1971, pp. 53 ss (no hay base para suponer que todo el pasaje es espurio pero ya estaba interpolado en la época de Eusebio de Cesarea); T W. Manson, *Studies in the Gospel and Epistles,* Manchester, 1962, pp. 18-19; H. St. J. Thackeray, *O. c.,* p. 148 (el pasaje procede de Josefo o un secretario pero el censor o copista cristiano realizó en él pequeñas omisiones o alteraciones que cambiaron el sentido del mismo); G. Vermés, *Jesús el judío,* Barcelona, 1977, p. 85 (es improbable la interpolación por un autor cristiano posterior); P. Winter, *On the trial of Jesus,* Berlín, 1961, pp. 27, 165, n. 25 (sostiene la tesis de la interpolación); E. Scharer, «Josephus» en *Realenzyclopiidie für die protestantische Theologie and Kirche, IX,* 1901, pp. 377-386 (es falso); W. Bauer, *New Testament Apocrypha, I,* 1963, pp. 436-437 (es falso); H.
Conzelmann, «Jesus Christus», en *RGG,* III, 1959, cols. 619653 y 662
(pretende, lo que es más que discutible, que el pasaje refleja el kerigma de Lucas); F. Hahn. W. Lohff y G. Bornkamm, *Die Frage nach dem historischen Jesus,* 1966, pp. 17-40 (es falso); E. Meyer, *Ursprung und Anfiige des Christentums,* I, SttutgartBerlín, 1921, pp. 206-211 (es falso).

Finalmente, los textos recogidos en autores clásicos como Tácito, Suetonio o Plinio gozan de una aceptación prácticamente generalizada.

3

¿Cómo surgió la creencia en la reencarnación?

La creencia en la reencarnación constituye una categoría religiosa ajena a la tradición occidental en la que penetró de manera muy minoritaria a través de la iniciación en rituales mistéricos procedentes de la India. Sin embargo, durante la última década se ha convertido en una tesis de cierta popularidad gracias a la expansión de movimientos ocultistas como la New Age. No resulta extraño que personas de la más diversa extracción confiesen su fe en esta doctrina e incluso han llegado a popularizarse distintos métodos encaminados a rastrear nuestras supuestas vivencias en vidas anteriores. Sin embargo, ¿cómo surgió la creencia en la reencarnación?

Durante la segunda mitad del segundo milenio a. J. C., la India experimentó un conjunto de convulsiones de extraordinaria importancia. Sus agentes fueron los invasores arios que transformarían de tal manera el subcontinente que éste ya no podría ser comprendido en los milenios venideros sin hacer referencia a ellos. Procedentes de una zona situada en las estepas del sur de Rusia, entraron en el país por el noroeste y, en primer lugar, se hicieron con el dominio del Panjab. La suya fue una penetración bélica y agresiva aunque su superioridad militar —utilizaban, por ejemplo, carros de dos ruedas tirados por caballos— les permitió, pese a su inferioridad numérica, vencer a los aborígenes, unos pobladores de la India a los que los arios se refirieron despectivamente como «oscuros de piel» y «desnarigados» (chatos). Fue así cómo, según el Rigveda (7, 18), un rey ario llamado Sudas llegó a hacerse con el dominio de esas tierras y se convirtió en el primer *samraj o* rey supremo de la historia de la India.

Los arios eran rubios, de piel blanca y ojos claros y no sólo despreciaban a sus derrotados adversarios de piel oscura sino que además consideraban que mezclarse con ellos implicaba una abominación de carácter extraordinario. Partiendo de esa base, impusieron en la India un

régimen basado en la *varna o* color, aunque desde la llegada de los portugueses a la India, en Occidente el mismo haya sido dominado sistema de castas. De esta manera, la sociedad quedó dividida en cuatro castas superiores correspondientes a los conquistadores arios y otras inferiores relacionadas con los vencidos. Aquel que quebrantaba la separación racial manteniendo relaciones sexuales con alguien de casta diferente era arrojado del sistema y se convertía en lo que se denomina actualmente «paria» o «intocable». La misma suerte corría, por supuesto, su posible descendencia.

Establecidos sobre la base de una monarquía ganadera (los bueyes eran la unidad monetaria) y militar, los arios fueron expandiéndose progresivamente por la India y asimilando el cultivo de la cebada, los cereales y, finalmente, el arroz. Si bien estas tareas las realizaban las poblaciones sometidas y no los arios, que se dedicaban a la guerra y al juego.

La religión de los arios era la propia de una aristocracia militar nómada que se nutre de los despojos de los vencidos. Su dios más popular era Indra, rey de los dioses y vencedor de dragones que vencía a los demonios valiéndose de una maza *(vajra)* ocasionalmente identificada con el rayo. Amante de la lucha, de la comida, de la bebida y del sexo, a él está dedicada casi la cuarta parte de los himnos del *Rigveda* (unos doscientos cincuenta). De importancia algo menor era Agni, dios del fuego; Mitra, dios de los tratados, y Varuna, dios del juramento. A éstos a su vez seguían: Surya, dios del sol; Vayu, dios del viento; Parjanya, dios de la lluvia, y un abultado etcétera.

La relación entre los arios y los dioses consistía fundamentalmente en establecer un nexo en virtud del cual los primeros ofrecían sacrificios, y los segundos, a cambio de ellos, les otorgaban la victoria en las batallas y la prosperidad material. Lejos de contar, por lo tanto, con un componente ético, la religión aria buscaba asegurar un intercambio de dones que, en ambos casos, revestían características meramente materiales. Partiendo de esa base, no resulta extraño que los arios acabaran concediendo una

notable importancia a los rituales mágicos que, supuestamente, aseguraban la concesión por parte de los dioses de los deseos de sus adoradores.

De hecho, el ascetismo ario —a diferencia del que encontramos en otras religiones— se produjo en la India no como consecuencia de la búsqueda de la perfección ética sino como un medio para obtener una mayor capacidad de influencia sobre las distintas divinidades. Este panorama iba a experimentar un cambio de enorme importancia al llegar el denominado período védico tardío.

Hacia el año 1000 a. J. C., el centro político de los arios comenzó a desplazarse hacia Oriente en un deseo de conquistar nuevas tierras. En el *Mahabharata,* una de las dos grandes epopeyas indias, aparecen noticias relativas a una batalla entre los kaurava, originarios del noroeste, y el Deccán y los pandava, de origen oriental, que concluyó con la victoria de los segundos. El episodio, acontecido entre el 1000 y el 800 a. J. C., tiene bastantes posibilidades de recoger un hecho histórico. Con todo, la mayor fuente de inquietud para los arios no fue tanto el enfrentamiento militar — su superioridad técnica aún seguía incuestionada— como el sometimiento de las poblaciones oprimidas.

De las fuentes védicas se deduce que el expolio a que se veían sometidos los campesinos era continuo y que esta conducta provocaba repetidas sublevaciones. La situación llegó a ser tan inestable que el tratado de política de Kautalya narra, por ejemplo, que sólo se nombraba como recaudadores de impuestos a personas a las que se apreciaba escasamente, ya que no era inusual que el pueblo volcara sobre ellos su cólera y su desesperación.

Para esa época, el sistema social de castas ya había quedado sólidamente afianzado. En su punto máximo se hallaban los sacerdotes o *brahmanes,* seguidos por los guerreros o *ksatriya,* los campesinos o *vaisya* y, finalmente, los *sudra.* Estos últimos constituían la mayor parte de la población y estaban formados por no-arios o por arios que habían perdido su puesto entre las castas superiores.

Al mismo tiempo, en la religión de los arios se introdujo un elemento llamado a tener una importancia enormemente trascendental, ya que prácticamente definiría el futuro del hinduismo y además marcaría la estratificación social del país durante milenios. Nos referimos a la creencia en la reencarnación. Ésta plantea serios desafíos desde un punto de vista lógico, ya que presupone un número prácticamente constante de seres humanos (algo insostenible en períodos de expansión demográfica como el actual) y además nos enfrenta con el hecho de que no es posible recordar las vidas anteriores, con lo que resulta difícil, por no decir imposible, enmendar el pasado mal. Sin embargo, la reencarnación fue aceptada con relativa rapidez —en las *Upanishads* (800-600 a. J. C.), prácticamente toda la reflexión teológica gira en torno a ella— en la medida en que proporcionaba un extraordinario instrumento de estabilidad social en una época caracterizada precisamente por los disturbios. En virtud de la creencia en la ley del *karma,* que obliga a reencarnarse a los seres humanos para ir purgando sus actos incorrectos de vidas anteriores, pasaron a verse legitimados espiritualmente la opresión implantada por los arios, la injusticia extendida sobre la aplastante mayoría de la población y, muy especialmente, el sistema de discriminación racial encarnado en las castas. El encuadramiento en una u otra casta —y las consecuencias directas de tal hecho— no debía interpretarse, por lo tanto, como una derivación de un entramado de relaciones sociales, sino del resultado de previas existencias. Si el campesino sufría bajo la explotación del señor ario no había que contemplar tal hecho como una arbitrariedad del dominador, sino más bien como una consecuencia de las maldades cometidas en otra vida por el dominado. Tal creencia, que reportaba obvios beneficios a los explotadores, servía asimismo de consuelo a los explotados. La experiencia cotidiana les indicaba hasta qué punto resultaba imposible emanciparse de su dura servidumbre, pero la creencia en la reencarnación les impulsaba a creer en la posibilidad de subir o descender aún más en la vida siguiente.

No resulta extraño que esta visión desplazara el centro de atención religiosa vinculado a la casta sacerdotal hacia la preocupación por

asegurarse una situación menos sombría en futuras vidas y, sobre todo, hacia liberarse finalmente *(moksha)* del terrible ciclo de las reencarnaciones *(samsara).* Esta liberación nunca fue concebida como la concesión de un reposo y un goce en otro mundo similar al que se describe en religiones como el judaísmo o el cristianismo. Por el contrario, implica la disolución del ser en el *nirvana.* En gran medida, la tarea espiritual de las *Upanishads* consistió precisamente en mostrar vías diferentes —y en buena medida contradictorias— de escapar de tan terrible rueda de vidas y alcanzar ese estado final.

La posibilidad de llegar a esa liberación se vio popularizada, si se nos permite la expresión, gracias a obras como la *Baghavad Gita* y quedó ya firmemente asentada en la cultura india. En el resto de Extremo Oriente la creencia en la reencarnación vino de la mano del budismo que, al expandirse hacia el este, llevó consigo tan peculiar doctrina. Su paso a Occidente fue mucho menos popular y extenso. Ciertamente, la creencia en la reencarnación se daba en algunos cultos mistéricos —de donde la tomaron, por ejemplo, Pitágoras o Platón—, pero, en general, las grandes culturas de la Antigüedad, como Mesopotamia, Egipto, Grecia y Roma, fueron en bloque ajenas a la misma si es que no abiertamente hostiles. Lo mismo puede decirse del judaísmo —que sólo comenzó a admitirla de manera marginal durante la Baja Edad Media— del cristianismo y del islam. En realidad, hubo que esperar a la teosofía de madame Blavatsky —de lejana influencia hindú— y al movimiento espiritista de Allan Kardec, ambos nacidos en el siglo XIX, para que la creencia prendiera, si bien minoritariamente, en Occidente. En la actualidad, gracias al movimiento de la New Age, los creyentes occidentales en la reencarnación son legión y disfrutan pensando que en vidas pasadas fueron Napoleón, Miguel Ángel o Cleopatra. Seguramente no sospechan que la creencia que profesan con tanto entusiasmo ha sido durante casi cuatro milenios la columna vertebral de un estado ario y asiático similar al *apartheid* sudafricano.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

En los últimos años la bibliografía sobre la reencarnación se ha caracterizado fundamentalmente por una profusión de títulos encaminados no a estudiar el tema sino a ofrecer a un gran público lo que desea escuchar. De acuerdo con ellos, efectivamente, en una vida anterior pudo ser Cleopatra o Napoleón y al término de la presente no sólo no será objeto de ningún juicio por sus actos sino que además regresará a esta tierra presumiblemente en mejores condiciones que las actuales. Sin duda, una perspectiva semejante puede resultar sugestiva para ciertas personas pero dista mucho de ser rigurosa o seria.

La aparición de la creencia la he estudiado en *Buda: vida, leyenda y enseñanzas,* Barcelona, 1994. Asimismo he analizado su planteamiento en un texto tan relevante como la Baghavad Gita en *Los textos que cambiaron la Historia,* Barcelona, 1998. He abordado también de manera novelada el enfrentamiento entre esa visión trascendente y otras en *El aprendiz de cabalista,* Madrid, 2003.

Sobre la creencia en la reencarnación y su entrada en el ámbito occidental —donde nunca disfrutó de mucho predicamento— puede consultarse J. Bidez, *Eros ou Platon et l'Orient,* Bruselas, 1945; R. S. Bluck, «The Phaedrus and Reincarnation», en *American Journal of Philology,* 79, 1958, pp. 154-164, e ídem, «Plato, Pindar and Metempsicosis», en *ibídem, pp.* 405-414 y L. Rougier, *L'origine astronomique de la croyance pythagoricienne et l''immortalité céleste des ames,* El Cairo, 1935.

4

¿Cómo se originó la Cábala?

El origen de la Cábala, una forma específica de interpretar las Escrituras que permite hallar un significado esotérico e incluso alterar la realidad mediante el uso de la magia, es ubicado por algunos autores en un pasado tan remoto que podría identificarse con la entrega de la Torah a Moisés en el Sinaí. De acuerdo con esta tesis, ya en los primeros tiempos de la

Historia de Israel, a la interpretación exotérica o externa de la Torah se habría sumado otra esotérica u oculta. Para otros, sin embargo, la Cábala es un aporte posterior a la cultura judía. En realidad, ¿cómo se originó la Cábala?

Buen número de los seguidores de la Cábala e incluso de sus aficionados han mostrado un enorme interés por situar sus orígenes en tiempos caracterizados por una considerable antigüedad. Para ellos, la referencia a los sabios citados por Daniel (12, 10) sería un ejemplo de esa sabiduría cabalística de la misma manera que un texto como el contenido en el libro apócrifo de IV Esdras (14, 5-6), donde se dice que Moisés recibió una serie de preceptos de los que unos debían «declarar» y otros «ocultar». Sin embargo, la verdad es que ninguno de los dos ejemplos citados menciona la Cábala y todavía menos su contenido ulterior. El pasaje de Daniel habla simplemente de cómo los sabios sabrán enfrentarse con dificultades al final de los tiempos y el texto de IV Esdras sólo pretende dotar de legitimidad su propio contenido que, desde luego, no era cabalístico. De hecho, no hay nada en la Biblia o en los textos apócrifos y seudoepigráficos de los últimos siglos antes del cristianismo que tenga nada que ver con la Cábala, ya sea ésta especulativa o práctica.

Para encontrarnos con algunos aspectos paralelos como la utilización del Tetragrámaton —y de otros nombres de Dios— con fines mágicos tenemos que esperar a la práctica de las comunidades judías de Babilonia donde estos comportamientos penetraron por influencia caldea y eso difícilmente antes del siglo N d. de C., es decir, cuando los primeros estratos del Talmud ya estaban más que asentados. El Talmud ya había dado entrada a buen número de ideas orientales —persas y babilónicas— ajenas a la Biblia pero con un enorme poder de sugestión. Entre ellas se hallaba la referencia al valor mágico de las letras del alfabeto —algo ausente de la

Biblia— y una angelología muy sofisticada que choca con la enormemente sencilla de las Escrituras. De hecho —dicho sea de paso—, la angelología

cristiana siempre ha sido más simple que la judía precisamente porque sigue la línea contenida en la Biblia y no la trazada en el Talmud.

Ese mismo origen babilónico que estamos señalando posiblemente subyace también en algunos conceptos como el Adán Kadmon o las *kelipot* que posteriormente serían absorbidos por la Cábala y las mismas raíces talmúdicas se hallan en figuras como las del Metatron o creador del mundo que el Talmud (Sanh 38b) llega a identificar con el mismo Dios. A pesar de todo, el caldo de cultivo que semejantes conceptos —extrabíblicos y extrajudíos pero absorbidos por el judaísmo talmúdico— crearon no era, sin embargo, todavía lo que actualmente conocemos por Cábala.

El hecho de que todo el proceso se produjera en Oriente y a partir de fuentes extrabíblicas de carácter no pocas veces gnóstico e incluso mágico explica más que sobradamente por qué semejantes conceptos eran desconocidos en un Occidente donde las comunidades judías mostraban, por otra parte, un notable apego al Talmud. De hecho, la primera llegada de semejantes ideas —que generosamente podríamos denominar precabalísticas— no se produjo hasta mediados del siglo IX cuando Aarón b.
Samuel llegó a Italia procedente de Babilonia. Aarón b. Samuel distaba mucho de haber desarrollado un corpus cabalístico pero en sus enseñanzas ya aparecían algunos de los elementos posteriores del mismo. De hecho, la denominada Cábala alemana —que derivaba según propia confesión de Aarón b. Samuel— no aparecería hasta finales del siglo XII pero, curiosamente, había sido precedida por dos aportes españoles de enorme importancia.

El primero se debió a Shlomo ben Yehudah Ibn Gabirol también conocido como Avicebrón (c. 1021-c. 1058). El malagueño Gabirol era un personaje absolutamente genial que podía repentizar poesía en árabe con dieciséis años, escribir gramáticas de hebreo en la pubertad y redactar obras de filosofía y teología en la primera juventud. Buen conocedor de la filosofía de Platón —aunque a través de traducciones al árabe—, Gabirol

dio un enorme impulso a la Cábala mística posterior a través de su *Fuente de la vida (Mekor Hayim)* que fue conocida por los filósofos cristianos medievales a través de su traducción latina *(Fons vitae)* y que generalmente fue considerada una obra cristiana hasta que Tomás de Aquino se dedicó a atacarla.

El segundo gran aporte pre-cabalista fue el de Mosheh ben Maimón, más conocido como Maimónides o Rambam (11351204). Filósofo, matemático y físico nacido en Córdoba, Maimónides se vio obligado a abandonar la ciudad por la presión islámica y acabó sus días en El Cairo tras un triste paso por la tierra de Israel. Al igual que Gabirol, Maimónides conocía muy bien la filosofía griega —en especial la aristotélica— y supo incorporar elementos de la misma al judaísmo abriendo camino a la Cábala posterior. De hecho, su idea sobre la ausencia de atributos en Dios pesaría mucho en la configuración cabalística de Dios como *En-Sof.*

Tanto Maimónides como Gabirol fueron perseguidos y exiliados —en los dos casos por el islam— y quizá haya que buscar en esa circunstancia un especial interés por entender filosóficamente un mundo hostil y una habilidad notable para la especulación. En ambos autores percibimos además —y éste es uno de los factores que diferencia enormemente la Cábala especulativa de sus raíces mágicas babilónicas— un interés notable por el vivir de manera adecuada en este mundo. Maimónides, de hecho, fue un erudito de la Torah que marcaría con su obra *Mishneh Torah* el devenir de las generaciones judías venideras.

La obra de Maimónides —que no era propiamente un cabalista— transcurrió en paralelo a la de Azriel (1160-1238), que sí lo era y que se convirtió merecidamente en el centro de un pequeño núcleo de cabalistas con sede en Gerona. En Azriel ya encontramos casi cuajada la Cábala especulativa que después desarrollarían discípulos suyos como Isaac ben Sheshet y Nahmanides. Sin embargo, aún no nos encontramos con un producto plenamente concluido de ese saber cabalista. De hecho, ese producto no sería otro que el *Zohar* que nacería en tierras de Castilla.

Escrito en torno a los años 1280 y 1286 por Moisés de León, el *Zohar* —o libro del Resplandor— es una obra pseudo-epigráfica. Su autor era consciente de hasta qué punto sus ideas podían chocar con el judaísmo ortodoxo y presentó la obra como redactada por Simón Bar Yojai, un rabino del siglo II d. J. C. No hace falta decir que el análisis lingüístico del texto y las fuentes que se pueden desvelar convierten semejante pretensión en inadmisible pero, con todo, el *Zohar* iba a cosechar un éxito extraordinario hasta el punto de que puede considerarse casi como la primera obra cabalística de categoría y, desde luego, como base fundamental de la Cábala posterior. A partir del *Zohar* podemos decir que la Cábala existe, con anterioridad a este libro o no hay Cábala o sus formulaciones son todavía parciales e imperfectas.

El *Zohar,* escrito en un arameo ciertamente peculiar, presenta una cosmología en cuya cima se encuentra Dios incognoscible e inmutable, *Ein Sof,* infinito. Sólo sus emanaciones presentadas como esferas *(sefirot)* permiten que el poder divino se irradie para crear el cosmos y también para que podamos conocerlo. El entendimiento de esas *sefirot* permite, por lo tanto, comprender el cosmos y la vida pero, a la vez, arroja una luz especial sobre la Historia de Israel y la obediencia a la Torah. De hecho, el cumplimiento del menor mandamiento adquiere una trascendencia cósmica y permite que el mundo, aún sin saberlo, avance hacia su redención final. De manera no poco sugestiva, el ser humano obra bien, ya no sólo para obtener su salvación, sino para colaborar en la causa de Dios en el cosmos.

Como puede imaginarse, esta visión cabalística ya cuajada no tardó en encontrar detractores que, cosa lógica, surgieron de entre los rabinos principales de la época. Para ellos, aquella interpretación cabalística excedía otros aportes previos de origen oriental —ciertamente era así— y entraba en peligrosas interpretaciones sobre la relación entre Dios y Sus criaturas. No les faltaba razón si examinamos la cuestión en términos objetivos pero la Cábala iba a abrirse camino por una serie de razones de considerable importancia. En primer lugar, aunque la Cábala no había

formado parte de las Escrituras, procuraba empero no oponerse a ellas en cuestiones éticas como el cumplimiento del sábado, la práctica de la circuncisión o la obediencia al resto de la Torah tal y como aparece interpretada en el Talmud. En otras palabras, uno se podía someter a la práctica talmúdica y, a la vez, aceptar las enseñanzas de la Cábala.

En segundo lugar, la Cábala tenía la pretensión de aportar una interpretación del mundo que concediera consuelo en medio de enormes dificultades. Que Gabirol y Maimónides —ambos exiliados— fueran dos de sus precursores no resulta extraño sino, hasta cierto punto, lógico. Finalmente, la Cábala —en su vertiente práctica y no especulativa— supuestamente contaba con resortes mágicos para alterar una realidad difícil y hostil. Que esto no fue así en la práctica resulta fuera de toda duda pero no es menos cierto que proporcionó esperanza a generaciones enteras de judíos —como los expulsados de España en 1492— en tiempos de especial dificultad.

No fue mal resultado en términos históricos para un proceso que comenzó con la aceptación de fórmulas mágicas de origen babilónico aceptadas en el período talmúdico, que continuó con la aceptación de algunas enseñanzas orientales de carácter esotérico, que se enriqueció —tras su llegada a Occidente en el siglo IX— con los aportes indirectos de carácter filosófico de Gabirol y Maimónides y que, finalmente, tras intentos en Provenza y Cataluña, terminó de cuajar en los siglos XII y XIII en Castilla para desde allí proyectarse a toda Europa especialmente a partir del siglo XV.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La bibliografía sobre la Cábala no es escasa, pero se ha visto anegada en los últimos tiempos por una serie de títulos de ínfima calidad que proceden de ese dislate espiritual conocido como *New Age o* Nueva Era.

El tema de los orígenes de la Cábala centrado en el *Sefer Bahir y los* cabalistas de Provenza y Gerona ha sido tratado magníficamente por Gershom Scholem en *Origins of the Kabbalah,* Princeton, 1990. Scholem

pasa por alto el papel de Gabirol y de Maimónides en la prehistoria de la Cábala y otorga una importancia excesiva a los denominados cabalistas de Provenza, pero aun así su libro es excelente.

Aún mejor si cabe es del mismo autor *Las grandes tendencias de la mística judía,* Madrid, 2000. El tratamiento de los orígenes del *Zohar* como falsificación histórica de enorme éxito permanece casi insuperado y también son notables los capítulos sobre la Cábala luriánica y el jasidismo.

He abordado el tema de la vida de Shlomo ibn Gabirol y del influjo de la Cábala en los judíos enfrentados con enormes dificultades vitales en dos libros que no son estudios sino obras de ficción. *El poeta que huyó de AlAndalus,* Madrid, 2002, es una novela sobre Ibn Gabirol, joven precisamente en la fase anterior a su cultivo de la filosofía pero indispensable para entender el contexto que le volcó sobre esa tarea.

El aprendiz de cabalista, Madrid, 2003 —que, dicho sea de paso, es mi última novela publicada— recoge aparte de una síntesis de los temas esenciales de la Cábala la manera en que ésta proporcionó a los judíos expulsados de España en 1492 una clave para entender su desdicha y un instrumento para abordar su superación. *El aprendiz…* es una obra mágica y, precisamente por ello, el lector sacará sus propias conclusiones de maneras diametralmente opuestas.

5
¿Fueron las Cruzadas fruto de un simple interés material?

Durante décadas distintos historiadores, especialmente de orientación marxista, han insistido en presentar las Cruzadas como un fruto de factores materiales exclusivamente. Sólo la codicia y el deseo de obtener tierras habrían movido a los cruzados a abandonar Europa occidental para dirigirse a Tierra Santa. Ciertamente, esa interpretación ha tenido fortuna —siquiera porque puede utilizarse también como arma ideológica— y ha terminado convirtiéndose en una arraigada explicación del fenómeno. Sin embargo, a la luz de las fuentes históricas de la época, ¿fueron las cruzadas fruto de un simple interés material?

La historiografía marxista —y aquella que sin serlo está muy influida en sus planteamientos por ésta— ha insistido durante décadas en el carácter meramente material de las Cruzadas. De acuerdo, por ejemplo, a la *Historia de las Cruzadas* de Mijaíl Zaborov, los cruzados sólo se desplazaron a Oriente Próximo movidos por el deseo de obtener beneficios económicos que, fundamentalmente, se tradujeran en la posesión de tierras y en el aumento de bienestar material. En otras palabras, la cruzada no pasaba de ser una emigración violenta movida por causas meramente crematísticas. El elemento espiritual simplemente proporcionaba la cobertura, bastante ridícula por otra parte, para semejante aventura de saqueo y pillaje. El punto de vista de Zaborov —tan repetido posteriormente— resultaba especialmente sugestivo en la medida en que permitía desacreditar una empresa de carácter confesamente espiritual y, a la vez, dar un ejemplo de cómo ese tipo de fenómenos podía explicarse recurriendo únicamente a argumentos economicistas. Sin embargo, como tantas explicaciones de este tipo, a

pesar de lo socorrido e instrumental de su formulación, no resiste un análisis mínimamente sólido de la documentación con que contamos.

En primer lugar, lo que se desprende de las fuentes de la época es que marchar a la cruzada no implicaba un aliciente económico sino más bien un enorme sacrificio monetario que sólo se podía emprender convencido de que la recompensa sería más sólida que un pedazo de terreno o una bolsa de monedas.

Al respecto, los documentos no pueden ser más claros. Un caballero alemán que era convocado a servir al emperador en aquellos años en un lugar tan cercano como Alemania gastaba tan sólo en el viaje y atuendo el equivalente a dos años de sus ingresos. Para un francés, viajar a Tierra Santa implicaba unos gastos que llegaban a quintuplicar sus rentas anuales. Por lo tanto, como primera medida, necesitaba endeudarse fuertemente para acudir a la cruzada. En no pocos casos incluso perdieron todo lo que tenían para sumarse a la empresa. No deja de ser curioso que Enrique IV de Alemania se refiriera en una carta a Godofredo de Bouillon y Balduino de Bolonia, ambos caudillos de la primera cruzada, como personas que «atrapadas por la esperanza de una herencia eterna y por el amor, se prepararon para ir a luchar por Dios a Jerusalén y vendieron y dejaron todas sus posesiones». Su caso, desde luego, no fue excepcional. De hecho, el papa y los obispos reunidos en el Concilio de Clermont redactaron una legislación que imponía la pena de excomunión a aquellos que se aprovecharan de estas circunstancias para despojar a los caballeros cruzados de sus propiedades valiéndose de intereses usurarios o de hipotecas elevadas. El listado de caballeros que se endeudaron extraordinariamente para ir, por ejemplo, a la primera cruzada es enorme y demuestra que ésa era la tendencia general.

Tampoco faltaron los apoyos eclesiales en términos económicos. Por ejemplo, el obispo de Lieja obtuvo fondos para ayudar al arruinado Godofredo de Bouillon despojando los relicarios de su catedral y arrancando las joyas de las iglesias de su diócesis. Quizá se podría interpretar todo esto como una inversión arriesgada —¡y tanto!— que se

compensaría con las tierras que los cruzados conquistaran en Oriente. Sin embargo, ese análisis tampoco resiste la confrontación con los documentos. Es cierto que durante la primera cruzada un número notablemente exiguo de caballeros optó por permanecer en las tierras arrebatadas a los musulmanes. No obstante, salvo estas excepciones, la aplastante mayoría de los cruzados regresó a Europa. Tras producirse, en el curso de la primera cruzada, la toma de Jerusalén y la victoria sobre un ejército egipcio el 12 de agosto de 1099 la práctica totalidad retornó a sus hogares sin bienes y con deudas pero, al parecer, con un profundo sentimiento de orgullo por la hazaña que habían llevado a cabo. De hecho, para defender los Santos Lugares resultó necesario articular la existencia de órdenes militares como los caballeros hospitalarios, primero, y los templarios después.

No fue mejor la situación económica en las siguientes Cruzadas. De nuevo, el factor espiritual resultó decisivo y, precisamente, para costear los enormes gastos de una empresa que recaía sobre los peregrinos —así se consideraban sus participantes, ya que el término «cruzados» es posterior —, los monarcas recurrieron a impuestos especiales o a préstamos concedidos a la corona. Vez tras vez, la posibilidad de quedarse en Tierra Santa —si es que alguien la contemplaba— se reveló carente de fundamento pero eso no desanimó a los siguientes participantes a lo largo de nada menos que dos siglos.

Ciertamente, no deberíamos tener una imagen excesivamente idealizada de las Cruzadas y tampoco podemos negar que su modelo de espiritualidad en muchas ocasiones causa más escalofrío a nuestra sensibilidad contemporánea que entusiasmo. A pesar de todo, existe un dato que no puede negarse siquiera porque aparece corroborado en millares de documentos. Prescindiendo de la mayor o menor categoría humana y religiosa de los participantes, su impulso era fundamentalmente espiritual. Movidos por el deseo de garantizar el libre acceso de los peregrinos a los Santos Lugares y de ganar el cielo, abandonaron todo lo que tenían y se lanzaron a una aventura en la que no pocos no sólo se

arruinaron sino que incluso encontraron la muerte, un ejemplo, dicho sea de paso, que no disuadió a otros de seguirlo a lo largo de dos siglos. No se trató, por lo tanto, de un movimiento material disfrazado de espiritualidad sino de un colosal impulso de raíces espirituales que no tuvo inconveniente, pese a sus enormes defectos, en afrontar considerables riesgos y pérdidas materiales.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Las historias de las Cruzadas no guiadas por prejuicios ideológicos (Runciman, Riley-Smith, Grousset, etc.) hacen referencia a los elementos espirituales de la empresa prescindiendo de los énfasis característicos de cualquiera de ellas. En realidad, hay que atribuir a la «historiografía» marxista el descarrilar la investigación histórica para perderla por los andurriales de la lucha ideológica.

La reacción —debida a medievalistas de peso— frente a esos planteamientos carentes de base documental ha cuajado en libros como el de Régine Pernoud, *Los hombres de las Cruzadas,* El Escorial, 1987 y, sobre todo, el de Jonathan Riley-Smith, *The First Crusade and the Idea of Crusading,* Filadelfia, 1986. La citada obra de Riley-Smith constituye un magnífico estudio de cómo se produjo una evolución en la teología medieval que pasó de haber aceptado la idea de guerra justa a la aceptación de la legitimidad de una agresión preventiva —y reivindicativa— como la cruzada. Al mismo tiempo, Riley-Smith ha sabido mostrar hasta qué punto la primera cruzada fue una empresa predominantemente espiritual que no sólo no fue emprendida por afán de lucro sino que además implicaba cuantiosos gastos a los que la abrazaban a sabiendas, entre otras cosas, de que no permanecerían en Tierra Santa sino que deberían volver a sus respectivos países.

Una reivindicación reciente, interesante y, quizás, un tanto excesiva del fenómeno de las Cruzadas, pero que tiene el innegable mérito de devolverle su contenido eminentemente espiritual, se halla en la obra de

Luis María Sandoval, *Nueve siglos de Cruzadas: crítica y apología,* Madrid, 2001.

6 ¿Existió Drácula?

En el año 1897 se publicó una novela titulada *Drácula* cuyo autor era un angloirlandés llamado Abraham —Bram— Stoker. La obra, referida a las tenebrosas peripecias de un noble rumano que practicaba el vampirismo, obtuvo un extraordinario éxito a pesar de no ser la primera vez que semejante tema era abordado literariamente. La autenticidad con que Stoker había trazado a los personajes y, sobre todo, el verismo que revestían los escenarios provocó que no pocos se formularan una pregunta: ¿había existido el conde Drácula?

Como muchos sospecharon desde el primer momento, el personaje de Drácula, un noble rumano que extraía la sangre de sus víctimas y se mantenía en vida en virtud de un terrible pacto con el Maligno, tenía un punto de contacto con la realidad. A decir verdad, su verdadera historia no era menos prodigiosa que la del protagonista de la novela de Stoker. El Drácula histórico se llamaba Vlad Draculea y había nacido en 1431 en Schlässburg. Era el segundo vástago de Vlad Dracul, gobernador de Valaquia, un cargo no especialmente envidiable a causa de la presión despiadada que los turcos ejercían sobre los territorios de Europa oriental. Al año siguiente del nacimiento de Vlad, por citar un ejemplo bien significativo, los turcos invadieron Transilvania. Por añadidura, no era el islam la única amenaza que pesaba sobre Valaquia. A la sazón, Hungría albergaba el propósito de crear un imperio en el centro de Europa que se extendiera hasta los Balcanes. Dentro de sus planes de expansión se hallaba el dominio de Valaquia y así, en 1448, Vlad Dracul fue asesinado por agentes húngaros. Su hijo, Vlad Draculea, tuvo que poner tierra por medio para evitar sufrir el mismo destino que su padre.

Quizás otro personaje hubiera intentado seguir vivo en medio del revuelto panorama de la época y mantenerse a distancia de la lucha por el

poder. Sin embargo, Draculea era un sujeto ambicioso y no dudó en aliarse con los mismos turcos para recuperar los dominios de su padre. En 1452, cuando las tropas otomanas se hallaban en un período de verdadero auge, Draculea regresó a Valaquia con la intención de controlarla. Sin duda, semejante alianza era discutible pero no mal escogida porque al año siguiente los soldados turcos conquistaban Constantinopla poniendo fin al Imperio bizantino. Dotados ahora de un entusiasmo imparable, en 1455 ocuparon todo el sur de Serbia y en 1456 iniciaron el asedio de Belgrado. En apariencia nada podía contener el empuje islámico y, de no ser por la feroz resistencia de la ciudad, los turcos se hubieran podido precipitar sobre el centro de Europa con relativa facilidad.

El revés sufrido por las fuerzas turcas fue aprovechado por Draculea para asegurarse el dominio de Valaquia sin que, por añadidura, Hungría pudiera oponerse a sus propósitos. En un alarde de fuerza se permitió incluso exigir el pago de derechos de paso hacia las ciudades alemanas. No cabe duda de que no sólo se había asentado en el poder sino que, al menos de momento, resultaba inviable oponerse a sus planes. Draculea, por añadidura, no estaba dispuesto a limitarse a las antiguas posesiones paternas. En 1457 invadió Transilvania —la tierra ligada a él en los relatos de vampiros— empleando una política de terror sistemático. No sólo es que en sus avances sus tropas no respetaban a mujeres o niños sino que además no tardó en hacerse trágicamente famoso por el empleo masivo del empalamiento, circunstancia de la que derivó su sobrenombre de «Tepes», es decir, «empalador». Los relatos de diversas fuentes que lo presentan —al parecer correctamente— desayunando frente a hileras de enemigos que agonizaban empalados no son, sin embargo, la descripción de un enfermo de sadismo sino la fría constancia de que el personaje había llegado a la conclusión —como Lenin, como Stalin, como Mao…— de que sus propósitos sólo podrían triunfar mediante la aplicación sistemática del terror. Al respecto, no deja de resultar revelador que su palabra preferida en aquella época fuera «utilidad». Draculea era consciente de que no podía permitirse quintas columnas con los turcos a un lado y Hungría

deseando volver a dominar Valaquia al otro. Por eso fue tajante en sus acciones. Por ejemplo, cuando los gitanos se mostraron reticentes a servir en el ejército, Draculea ordenó asar a tres de ellos y obligó a los demás a que se los comieran. Tras algunos episodios de ese tipo, los gitanos sirvieron en las filas de Tepes sin la menor queja.

Los métodos represivos de Draculea no se dirigieron empero únicamente a extirpar cualquier disidencia política sino que también pretendieron preservar la seguridad pública y las buenas costumbres. Que la práctica de la delincuencia pasó a ser excepcional es algo que no discutirían ni sus peores enemigos y algunas anécdotas permiten comprender cómo lo consiguió. Se cuenta, por ejemplo, que un comerciante florentino denunció ante Draculea el robo de ciento sesenta ducados. Tepes le aseguró que el dinero aparecería y, efectivamente, al día siguiente se lo entregó al mercader. El florentino procedió a contarlo y descubrió entonces que en la bolsa que se le había dado había un ducado de más. Inmediatamente procedió a devolverlo a Draculea, que le dijo: «Ve en paz, comerciante, y quédate con el ducado de más. Si no me lo hubieras devuelto, habría ordenado que te empalaran por ladrón».

Por lo que se refiere a la moralidad sexual, baste recordar que Draculea condenaba a muerte a las adúlteras, a las viudas consideradas impúdicas y a las solteras que no conservaban la virginidad. Tan sólo en 1462, Tepes ejecutó a más de veinticinco mil personas entre las que se encontraban algunas cortesanas que le habían tentado con sus encantos y a las que ordenó descuartizar.

La combinación de terror con el espíritu patriótico e incluso con cierto aprecio hacia los resultados de su política dotaron a Draculea de una capacidad de acción realmente excepcional. A inicios de la década de los sesenta del siglo xv, Vlad Tepes podía permitirse desarrollar una lucha de guerrillas contra los turcos que los mantuvo en jaque de una manera prácticamente desconocida hasta entonces.

Como ha sucedido en no pocas ocasiones a lo largo de la historia, el éxito constituyó la antesala del desastre. El rey de Hungría comenzó a

temer a aquel vasallo formal que cada vez era más fuerte y poderoso. En 1462, Vlad fue secuestrado por agentes húngaros y encarcelado. Pasó los años siguientes en distintas prisiones de Buda y Visegrad donde mataba el tiempo empalando ratones y pájaros a los que, quizá, identificaba con los enemigos de los que deseaba vengarse. De aquella situación le sacaron sus enemigos por antonomasia, los turcos. En 1475 se habían convertido una vez más en una amenaza angustiosa y el rey de Hungría tuvo que reconocer aunque fuera a regañadientes que Vlad era el único que había demostrado la habilidad suficiente para frenarlos en el campo de batalla. Lo puso en libertad restaurándole en sus antiguas posesiones y debe reconocerse que su regreso al poder obligó a los turcos a adoptar medidas expeditivas frente a alguien a quien sabían extraordinariamente competente. Rehuyendo enfrentarse militarmente con Tepes, los turcos enviaron entre 1476 y 1477 a un comando al mando de Basarab Laiota, cuya única e importante misión era la de acabar con la vida de Vlad Draculea. Tardaron meses pero consiguieron cumplir con el cometido que se les había encomendado.

Las circunstancias reales de la muerte de Tepes no están establecidas con precisión y las fuentes apuntan tanto a la muerte en combate como a un asesinato a traición perpetrado por la espalda. Su cadáver fue depositado en Snagov, un convento cercano a Bucarest, y con él también quedaron sepultadas las esperanzas de vencer a los turcos. De hecho, a partir de entonces consolidaron su influencia en todos los territorios surcados por el Danubio creando una problemática cuyas amargas consecuencias arrastra el continente europeo hasta el día de hoy.

Por lo que se refiere a Draculea, los cronistas e historiadores se dividirían en los siglos siguientes. Algunos ciertamente lo considerarían un terrible ejemplo del gobierno por el terror, pero la mayoría abogarían por la tesis de verlo como un héroe de la resistencia rumana contra los no menos terribles turcos. Bram Stoker optaría por prolongar su existencia mediante el recurso literario de convertirlo en vampiro, un tipo de ser demoníaco cuyas pavorosas hazañas contaban con numerosos testimonios

en los Balcanes. Naturalmente, esa circunstancia nos lleva a preguntarnos si existen los vampiros, pero eso, como diría Kipling, ya es otra historia.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La bibliografía sobre vampiros es notablemente extensa y debe decirse en honor a la verdad que en no pocas ocasiones destaca por su rigor y seriedad. De entre las obras generales que abordan los más diversos aspectos deben señalarse las de J. Gordon Melton, *The Vampire Book,* Detroit, 1994; M. Dunn Mascetti, *Vampire. The Complete Guide to the World of the Undead,* Londres, 1992, y M. Bunson, *The Vampire Encyclopedia,* Nueva York, 1993.

Más centrados en cuestiones históricas son los libros de C. Leatherdale, *Drácula,* Wellingborough, 1987 *y The Origins of Drácula,* Londres, 1987.

Finalmente, ya de autor español, cabe destacar un muy interesante estudio sobre la figura del vampiro en ciertos ámbitos literarios debido a Antonio Ballesteros, *Vampire Chronicle. Historia natural del vampiro en la literatura anglosajona,* Zaragoza, 2000.

7

¿Cuál fue la verdadera dolencia de Enrique IV el Impotente?

La figura de Enrique IV ha sido objeto de duras críticas a lo largo de los siglos. No sólo demostró escasa habilidad para ocuparse de las tareas regias sino que además las habladurías populares insistieron en que no podía mantener relaciones sexuales normales y que incluso su hija Juana no era sino una bastarda nacida de los amoríos de la reina con el favorito Beltrán de la Cueva. Pero ¿era Enrique IV realmente un enfermo? En caso afirmativo, ¿cuál era su verdadera dolencia?

Enrique IV de Castilla fue hijo único de Juan II y de la reina María, hija de Fernando de Aragón. Al parecer los horóscopos insistieron en lo feliz que resultaría el reinado de Enrique IV, lo que constituye un ejemplo más del

carácter absoluto de seudo-ciencia de que adolece la astrología. Alonso de Palencia llegó a insinuar que Enrique IV había sido hijo adulterino pero la verdad es que el parecido con su padre —comenzando por los rasgos físicos — es tan acentuado que hay que tomar la declaración del clérigo por una mentira destinada a denigrar a un personaje odiado. Débil y fácil de sugestionar, Enrique fue controlado con facilidad por Juan Pacheco, un personaje puesto a su lado por don Alvaro de Luna con la intención de fiscalizar sus acciones. Pacheco era homosexual y arrastró al niño a practicar su misma conducta. Ya a los doce años se apreciaron en Enrique signos de impotencia. Cuatro años después el príncipe fue casado con doña Blanca de Navarra pero no llegó a consumar el matrimonio, tal y como pudo deducirse de la ausencia total de manchas de sangre en la sábana conyugal.

El matrimonio duró trece años y, al parecer, los reyes vivieron juntos durante tres, pero sin consumar las nupcias. Sin embargo, la impotencia de Enrique no era total. Por aquella misma época mantuvo relaciones íntimas con diferentes mujeres de Segovia que dieron testimonio de que la cópula con ellas había sido normal. La realidad de esa situación explica que no tardara en correrse la voz de que el monarca estaba hechizado. Hoy, sin embargo, tendemos más bien a creer que lo que padecía entonces Enrique era una impotencia psíquica que estaba limitada por esa época a su esposa —quizá porque concebía las relaciones con ella como una obligación y no como un placer— y que no afectaba, por lo menos no siempre, a su trato con otras mujeres. Fuera como fuese, la tesis de la hechicería resultó convincente durante un tiempo y cuando se solicitó la anulación del matrimonio con doña Blanca existía una obvia esperanza de que la situación cambiara con un nuevo enlace. La elegida para nueva esposa fue en este caso doña Juana, hermana del rey de Portugal. Si aquel matrimonio llegó a consumarse es discutible y más cuando, como paso previo, Enrique IV declaró abolida la norma castellana que exigía exhibir la sábana donde habían yacido los esposos para mostrar la sangre de la virginidad. Sabido es también que hubo sospechas sobre la legitimidad de Juana, la hija

nacida a la reina tiempo después. Sin embargo, ese tema se escapa del objeto de este enigma.

A partir del nacimiento de la princesa Juana, el rey se fue distanciando de la reina e incluso las relaciones —fueran reales o puro exhibicionismo— que mantenía con Beatriz de Sandoval y Guiomar, sus dos amantes más famosas, se fueron espaciando hasta el punto de desaparecer. Las noticias que nos suministran las fuentes referentes a ese período del reinado nos muestran a un hombre que gustaba cada vez más de aislarse para dedicarse a la caza, que se apartó totalmente de las relaciones con mujeres y que se entregó sin apenas rebozo a la práctica de la homosexualidad. Sabemos así por distintos cronistas que aparte de su relación inicial con Pacheco, Enrique IV mantuvo trato homosexual con distintas personas. Una de ellas fue Gómez de Cáceres, que aprovechó la torpeza del rey para escalar puestos en la corte a pesar de su carencia total de méritos. Algo similar podría haber sucedido con Francisco Valdés, pero éste acabó huyendo de la corte, ya que no deseaba entregarse a los apetitos del monarca. Pagó Valdés cara su resistencia porque por orden regia fue recluido en una prisión a donde iba a visitarle el rey con cierta frecuencia para reprocharle, según Palencia, «su dureza de corazón y su ingrata esquivez». Un destino similar fue el sufrido por Miguel de Lucas, futuro condestable, que tampoco se sometió a los deseos del rey por sus creencias religiosas y se vio obligado a escapar al reino de Valencia. Más afortunado fue Enrique IV con Alonso de Herrera —al que capturaron una noche pensando que era el rey, dado que yacía en su cama—, quizá con el mismo Beltrán de la Cueva y con algunos de los moros que aparecían por la corte castellana.

A todo lo anteriormente descrito, Enrique IV añadía un gusto por lo extravagante —incluso lo monstruoso— y una tendencia patológica a inducir a sus esposas a cometer adulterio. Semejante combinación de dolencias explica sobradamente el reinado errático de Enrique IV, su debilidad y, finalmente, su fracaso en una época de enorme relevancia. Sin

embargo, ¿a qué dolencia —o dolencias— obedecían estos comportamientos?

El diagnóstico de Marañón —posiblemente el que mejor ha estudiado las enfermedades de Enrique IV— señala a una displasia eunucoide ligada a la acromegalia y a la homosexualidad. En otras palabras, Enrique IV no fue totalmente impotente. Padecía una debilidad sexual que se tradujo no pocas veces en impotencia pero que, en otros casos, quizá le permitió mantener relaciones sexuales completas. Esa falta de secreción sexual provoca en no pocas ocasiones una actividad de la hipófisis que se traduce en la acromegalia que podía apreciarse en Enrique y que reunía manifestaciones como la estatura elevada, la longitud extraordinaria de las piernas, la dimensión exageradamente grande de las manos y de los pies y el encorvamiento con el que caminaba. A esa debilidad sexual se sumó —posiblemente en la niñez, con seguridad tras su segundo matrimonio— un tipo de inclinación homosexual bastante frecuente precisamente en varones hiposexuados. Que la misma nació en la pubertad parece fuera de duda, ya que, como señalaría Marañón: «En ella, por razones orgánicas y psicológicas bien conocidas, se puede invertir el instinto sexual, aun en muchachos de apariencia y tendencia normales». Hoy sabemos que semejante acción tenía motivaciones no sólo perversas sino también políticas. De hecho, también hubo personas que intentaron inclinar hacia la homosexualidad a don Alfonso, el hermano de la futura Isabel la Católica, pero la mayor fortaleza de carácter de este príncipe impidió que lograran sus objetivos. La especial homosexualidad de Enrique IV fue también la causa, según Marañón, de su gusto por lo extraño y de su repugnante comportamiento de inducción al adulterio de sus esposas, una conducta nada inhabitual en algunos sujetos hiposexuados u homosexuales. El cuadro de dolencias de Enrique IV ciertamente alteró su vida y con ella la historia de España. Incapaz de tener un heredero, débil ante la nobleza, complaciente y dadivoso para con sus amantes, su reinado implicó un parón en la evolución del reino precisamente durante una época crucial. Sin embargo, tuvo una ventaja indirecta. Al fin y a la postre,

el reino fue heredado por su hermanastra, la futura Isabel la Católica. Difícilmente habría podido concebirse mejor destino para Castilla y para España.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Las fuentes históricas con que contamos para reconstruir la trayectoria vital de Enrique IV de Castilla no son escasas. Las descripciones de su reinado y de algunas personas que nos han llegado a través de las crónicas de Enríquez del Castillo, de Hernando del Pulgar, de Mosén Diego de Valera o de Alonso de Palencia, continúan siendo de un valor extraordinario y sorprenden al lector actual por su interés y amenidad.

De estudios posteriores hay dos que destacan de manera muy especial. El de Luis Suárez Fernández, *Enrique IV,* Madrid, 2002, constituye prácticamente una *summa* no sólo del personaje sino de una época que fue verdaderamente crucial. Con todo, nuestras preferencias se inclinan por el conocidísimo ensayo del doctor Gregorio Marañón titulado *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.* El autor de estas líneas confiesa que siempre encuentra —y ya desde hace años— un singular deleite en releer los escritos de Marañón y que, por regla general, suele estar de acuerdo con las razones expuestas de manera sobria, convincente, ponderada y rigurosa por el famoso doctor. Su ensayo dedicado a Enrique IV es esencial para acercarse al tema de las dolencias del monarca y, desde nuestro punto de vista, permanece insuperado.

8

¿Acertó Nostradamus en sus profecías?

La figura de Nostradamus es mencionada con cierta periodicidad como un ejemplo de una capacidad extraordinaria para predecir el futuro próximo y lejano. Maestro y guía de videntes, a él se han dedicado libros, artículos e incluso una película. También resulta común que se indique que su libro más conocido, las *Centurias,* contiene vaticinios de una rara exactitud referidos al futuro, pero ¿acertó Nostradamus en sus profecías?

Michel de Notredame nació en Saint-Rémy de Provenza poco después del mediodía del 24 de diciembre (calendario nuevo) de 1503. Su padre era notario y tenía un buen pasar, lo que le permitió costear los estudios de su hijo en la Universidad de Montpellier. A los veintidós años, Michel se graduó como médico —aunque no podría ejercer hasta los veintiséis— y tomó el nombre de Nostradamus, que era una forma latinizada de su apellido. Desde entonces llevaría en la cabeza el birrete de cuatro puntas con el que suele representársele y que, lejos de conectarle con un conocimiento oculto como se escucha frecuentemente, era tan sólo una identificación de su profesión médica. Hacia 1529, Nostradamus trabó amistad con el erudito paduano Escaligero, que lo convirtió en ayudante suyo. Poco tiempo estuvieron juntos porque Nostradamus —que por esa época se casó y tuvo hijos— se interesaba enormemente por la astrología y al paduano le horrorizaba esta seudociencia hasta el punto de que había desenmascarado a algunos astrólogos como el famoso Girolamo Cardan. Éste había predicho, por ejemplo, que Eduardo VI de Inglaterra viviría cincuenta y cinco años, tres meses y diecisiete días… aunque su vida sólo se extendería durante quince años.

Poco después de la ruptura con Escaligero, la peste acabó con la vida de la esposa e hijos de Nostradamus y éste marchó a Salon de Provenza, donde conoció a una viuda rica llamada Anna Ponce Gemelle con la que contrajo matrimonio y de la que tendría tres hijos y tres hijas. El nacimiento de su primer hijo, César, en 1555 coincidió con la publicación de su primer libro, un recetario de mermeladas y cosméticos. Fue aquel año, desde luego, especialmente fecundo porque en él se publicó también la primera edición de sus famosas *Centurias* que incluían tan sólo las numeradas de la una a la tres y cincuenta y tres cuartetas de la centuria cuarta.

A los cuatro meses de aparecida la obra, Catalina de Médicis, reina de Francia, escribió a Claudio de Saboya, gobernador de Provenza y amigo de Nostradamus, para que lo invitara a París. Sin duda, se trataba de un gran

honor porque a la sazón en la capital de Francia operaban no menos de treinta mil alquimistas, astrólogos y adivinos. Nostradamus —a diferencia de los citados charlatanes— era hombre de cultura y causó buena impresión en la reina, que incluso llegó a darle algo de dinero. La experiencia pareció tan sugestiva a Nostradamus que decidió seguir escribiendo centurias. En paralelo, la cercanía de la soberana fue aprovechada por el supuesto adivino para labrarse una reputación de eficacia mántica que le reportaría suculentos beneficios.

Si salió bien del empeño se debió no a sus dotes adivinatorias sino al esnobismo de los cortesanos que, lamentablemente, cuenta con paralelos en todas las épocas. Por añadidura, Nostradamus —que había descubierto las delicias de vivir de la credulidad ajena— procuraba dar respuestas ambiguas en sus consultas que, de hecho, no le comprometían en nada. Por ejemplo, en 1562 el obispo de Orange solicitó ayuda de Nostradamus para recuperar una serie de objetos sagrados robados de la catedral. La respuesta de Nostradamus —un auténtico clásico— constituye un paradigma de su manera de enfrentarse con estas situaciones:

> Señores, no tengáis miedo de ningún tipo, porque dentro de poco todo será hallado, y en caso de no ser así, tened la seguridad de que se acerca un desdichado destino (para los ladrones)…

En otras palabras, tanto si se recuperaba lo sustraído como si no, Nostradamus habría acertado, y en cuanto al futuro de los ladrones, ¿qué menos que esperar que Dios los castigara siquiera en la otra vida?

Otro ejemplo de la realidad sobre las dotes adivinatorias de Nostradamus se encuentra en la correspondencia que mantuvo con un acaudalado mercader y minero de Augsburgo llamado Hans Rosenberger. El germánico negociante se había rodeado de astrólogos para que le aconsejaran en sus empresas y así obtener pingües beneficios. Asesorar le asesoraron y además —como no podía ser menos— le cobraron generosamente por sus consejos. No sorprenderá por ello a ninguna persona sensata que en 1559 Rosenberger se hallara en bancarrota.

Cualquier ser con un mínimo de sentido común habría achacado su desdicha a la propia credulidad y, sin dudarlo, a la desvergüenza de los astrólogos que como mucho podían adivinar sólo la mejor forma de desplumar al prójimo. Sin embargo, el atribulado empresario mantuvo la fe en la astrología y decidió que Nostradamus le daría mejor resultado. Un agente suyo llamado Tubbe se dedicó a suplicar al vidente francés que le realizara un horóscopo y, finalmente, a inicios de 1560 logró ver satisfechos sus deseos. Bueno, sólo a medias. El 16 de marzo, Tubbe comunicaba compungido a Nostradamus que el horóscopo que había redactado era «imposible de descifrar». El francés no se dignó responder a tan impertinente observación, por lo que Tubbe le dirigió una nueva carta en la que le rogaba que le comunicara cómo deseaba cobrar, si en monedas o con una copa de plata sobredorada. Esta vez la misiva tuvo efecto. Nostradamus dijo que deseaba cobrar y cuanto antes mejor, de tal manera que el 1 de diciembre de 1560 Tubbe le escribió a su vez informándole de que el pago estaba en camino. No obstante, seguían existiendo algunos problemas, el menor de los cuales no era precisamente el que las predicciones del vidente resultaran incomprensibles. El 11 de marzo de 1561 fue el propio Rosenberger el que se dirigió al astrólogo para obtener una aclaración sobre el contenido de un horóscopo que no le había resultado precisamente barato. El empresario alemán felicitó calurosamente a Nostradamus por sus dotes de adivino, aunque señalando un inconveniente:

> Desgraciadamente, habéis mezclado el pasado, el presente y el futuro en vuestras predicciones, y me estoy encontrando con muchos problemas a la hora de entenderlo. En relación con los cálculos de 1561 a 1573 que estáis preparando, ¿podríais hacer el favor de componerlos con claridad sin mezclar los períodos de esa manera?

El infeliz Rosenberger —que, al parecer, mantenía intacta su fe en la adivinación a pesar de tantos golpes— no llegaría a ver remediadas sus cuitas. Las siguientes misivas del astrólogo fueron, más que abstrusas, incomprensibles y —ni que decir tiene— en ellas no encontramos una previsión acertada ni por casualidad. Sólo la última carta de esta colección,

fechada el 13 de diciembre de 1565, puede considerarse una excepción. En ella —de manera sorprendente— Nostradamus anunciaba algunas cosas con claridad. Señalaba así que las guerras de religión iban a empezar de nuevo —algo que todos los europeos se temían a la sazón— que se había visto un meteoro en Arlés, Lyon y Del-finado (cada año caen decenas de miles) y que debía ser interpretado como presagio de mala suerte. Nostradamus (¿puede extrañarnos a estas alturas?) no concretaba en qué consistiría esa mala suerte. A lo mejor era la suya propia porque seis meses después el astrólogo se murió.

Como ya irá suponiendo el lector, la calidad de Nostradamus como astrólogo y vidente no era precisamente para provocar delirios de entusiasmo. La documentación que poseemos nos presenta a un personaje dado a obtener dinero por esos medios entregando a cambio oráculos oscuros, ambiguos y, sobre todo, fallidos. Que así aumentó su caudal no admite duda, que lo único que consiguieron sus clientes fue, como mínimo, perder dinero tampoco se puede discutir. A pesar de todo, Nostradamus se ha hecho popular no por sus poco conocidos dictámenes astrológicos sino por las *Centurias,* un libro que, según sus fieles, contiene profecías evidentes y cumplidas sobre el porvenir. Ante tan llamativa afirmación tan sólo nos queda señalar los ejemplos y permitir que los lectores saquen sus propias conclusiones.

El primer ejemplo que suele mencionarse se encuentra en 1-35 y se interpreta habitualmente como una profecía de la muerte de Enrique II. Se trata, sin duda, de la cuarteta más célebre de Nostradamus y la que vez tras vez se aduce para justificar su fama. El texto dice así:

> El joven león vencerá al viejo en el campo de batalla en combate singular. En jaula de oro le quebrará los ojos, dos flotas una, después de morir, muerte cruel.

En el verano de 1559, la corte francesa celebró por las calles de París el matrimonio entre Isabel, la hija de Enrique II, con Felipe II de España, y el de Margarita, la hermana de Enrique, con el duque de Saboya. En la calle

de San Antonio iba a celebrarse una justa en la que intervendría el 1 de julio el propio rey francés. Iba a enfrentarse con Gabriel de Lorges, conde de Montgomery. En una primera embestida, el monarca no logró descabalgar a su adversario, de manera que se propuso conseguirlo al segundo intento. Sin embargo, el resultado fue muy distinto de lo esperado. La lanza de Montgomery se partió al enfrentarse los dos caballeros y uno de sus pedazos entró en el yelmo del rey, perforándole el cráneo por encima del ojo derecho e hiriéndole el cerebro. Durante los diez días siguientes, Enrique II se vio sumido en un delirio que, al fin y a la postre, desembocó en la muerte. En apariencia, la profecía se habría cumplido. En apariencia…

De entrada hay que señalar que Nostradamus no esperaba ni de lejos un fallecimiento tan cercano del monarca. En una carta que le dirigió el 14 de marzo de 1558, el astrólogo presagió que el rey no sólo sería «invencible» sino que además disfrutaría de «victoria y dicha». Antes de dos años, el rey, burlando las lúcidas previsiones de Nostradamus, era vencido y moría. Por desgracia para los partidarios del astrólogo, tampoco lo señalado en la cuarteta encaja con la muerte del rey. Enrique II no murió en una batalla (sino en un torneo), sus ojos no fueron quebrados (la lanza le pasó por encima del ojo derecho), y, para colmo de males, seguimos sin saber cuáles son las flotas a las que se refiere el texto. Como ya señaló en 1863, E Buget en su *Etude sur Nostradamus et ses Commentateurs* «No hay, hasta donde yo puedo ver, una sola palabra de esta cuarteta que resulte aplicable al desdichado final de este príncipe (Enrique II).»

Como es muy posible que sospeche ya el lector, si ésta es la «profecía» cumplida de manera más clara, las demás aún resultan más desalentadoras. Por ejemplo, en 8-1 se habla de Pau, Nay y Loron, tres ciudades aún existentes cerca de la frontera de Francia cota España. Los forofos del astrólogo insisten en que es una referencia a Napoleón Bonaparte (a Paunayloron, en todo caso…).

Asimismo, en 2-24 y 4-68 se menciona el Hister, uno de los nombres que se da en los mapas latinos al Bajo Danubio. De hecho, en el segundo

caso, el río es citado al lado del Rin. Pues bien, los nostradamistas insisten en ver en la cita una referencia a Adolf Hitler… famoso río centroeuropeo como sabemos todos…

Como es fácil comprender, con interpretaciones tan retorcidas y alambicadas no resulta extraño que los distintos exégetas no se pongan de acuerdo entre sí. Los nazis, por ejemplo, utilizaron las *Centurias* durante la segunda guerra mundial porque en ellas, supuestamente, se anunciaba la victoria de Alemania en el conflicto. Se trata de una posibilidad que dado el escandaloso índice de errores de Nostradamus no debería rechazarse de entrada, desde luego. Por otro lado, Fontbrune, quizás el más famoso nostradamista moderno, incluso se permitió señalar en un libro —que en los primeros dieciocho meses y sólo en Francia vendió setecientos mil ejemplares— que el fin del mundo sería en 1999. En honor a la verdad, hay que indicar que Fontbrune se había permitido enmendar la plana a su mentor, ya que éste en una carta a su hijo César le indicaba que sus vaticinios se extendían «desde hoy al año 3797», circunstancia esta que nos permite respirar tranquilos (¿o no?).

Por sorprendente que pueda resultar para muchos, las pruebas documentales son tajantes. No existe el menor indicio de que Nostradamus pronunciara jamás una sola profecía —en las *Centurias o* fuera de ellas— que se cumpliera. Por no acertar, ni siquiera acertó sobre sí mismo. En un almanaque, especialmente concebido con ese fin, el vidente y astrólogo señaló como fecha de su muerte el mes de noviembre de 1567. Murió diecisiete meses antes…

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La mayor parte de la bibliografía sobre Nostradamus carece de valor y no pasa de ser una muestra de charlatanería y falta de rigor. Para el que desee estudiar al personaje en las fuentes originales resultará de especial ayuda el libro de J. Dupébe, *Nostradamus. Lettres inédites,* Ginebra, 1983. Un análisis desmitificador pero muy bien documentado puede hallarse en James Randi, *The Mask of Nostradamus,* Buffalo, 1993.

9
¿Fue Enrique VIII el fundador del protestantismo inglés?

Durante siglos el enfrentamiento entre Reforma y Contrarreforma ha recurrido a diversos argumentos encaminados a desprestigiar al adversario acusándolo no sólo de endeblez teológica sino también de degeneración moral. Este tipo de disputa alcanzó alguno de sus puntos álgidos al hacer referencia, por ejemplo, a la corrupción sexual del papa Alejandro VI o a la incontinencia lujuriosa de Enrique VIII. De hecho, en teoría, este monarca inglés habría dado lugar al protestantismo tan sólo por su deseo de divorciarse de Catalina de Aragón, pero ¿realmente fue Enrique VIII el fundador del protestantismo inglés?

El enfrentamiento entre la Reforma protestante y la Contrarreforma católica fue, muy posiblemente, el primer conflicto de la Historia en el que la propaganda desempeñó un papel de primer orden. Buena parte de la propaganda anticatólica, por otra parte, contaba con décadas de antigüedad y había surgido no de autores protestantes sino de eruditos como Erasmo de Rotterdam o los hermanos Valdés, que no habían dudado en fustigar los vicios del clero, de la curia e incluso del papa de turno. La corrupción de las órdenes religiosas —que, por ejemplo, en España había sido objeto de atención predilecta por parte de Isabel la Católica o el cardenal Cisneros—, la intervención descarada de papas y cardenales en asuntos meramente temporales o la ignorancia y mala vida del conjunto del pueblo se convirtieron en fáciles argumentos a favor del protestantismo.

La reacción católica fue buscar equivalentes en el otro lado y así se hizo referencia al matrimonio de Lutero, un fraile agustino, con Catalina de Bora, una antigua monja, un hecho que podía escandalizar a los católicos pero que a los protestantes les parecía una conquista y no una muestra de

debilidad moral. Con este escenario de fondo, la existencia de un monarca que se hubiera enemistado con la Santa Sede porque ésta no había accedido a anular su matrimonio con Catalina de Aragón, tía del emperador Carlos V, podía ser esgrimida como una magnífica arma propagandística que mostraba, supuestamente, el carácter sexualmente libertino de los reformadores. El argumento no deja de provocar hoy cierta sonrisa porque, en tiempos muy diferentes, generalmente las acusaciones contra el protestantismo suelen girar más sobre su puritanismo que sobre su libertinismo, pero la Historia tiene esas paradojas. No obstante, el tema que deseamos abordar es el de si Enrique VIII fue realmente el fundador del protestantismo inglés.

Desde luego y para no faltar a la verdad histórica, resulta obligatorio señalar que sus antecedentes fueron los de un católico intransigente. Proclamado «Defensor fidei» por el papa en agradecimiento por un libro escrito contra Lutero, Enrique VIII persiguió ferozmente a los protestantes a los que sometió sin ningún reparo a la tortura y a la muerte, un cometido — suele olvidarse— en el que le ayudó Tomás Moro. Haciendo un breve paréntesis debemos señalar que, por una de esas paradojas que tantas veces plantea la historia, la figura de Moro goza hoy de una estima extraordinaria. Desde luego, no fue ésa la visión que durante siglos tuvo la Iglesia católica de él. En ese distanciamiento influyó no tanto el hecho de que dirigiera personalmente algunas de las sesiones de interrogatorio bajo tormento sino, fundamentalmente, el que su obra *Utopía* —que estuvo en el Índice de libros prohibidos por la Santa Sede— preconizaba no sólo el socialismo sino también la eutanasia. Que fuera canonizado al cabo de varios siglos a pesar de morir como mártir es tan sólo una muestra de cómo el personaje no ha gozado de la misma estima en todas las épocas. Y ahora volvamos a Enrique VIII.

En 1527, el monarca inglés solicitó del papa la anulación de su matrimonio movido por razones de Estado —sólo tenía una hija y otros cinco hijos varones habían nacido muertos—, amorosas —estaba enamorado de Ana Bolena— y, posiblemente, de conciencia. La negativa

papal —no exenta de motivaciones políticas porque no deseaba malquistarse con el poderoso emperador Carlos V, sobrino de Catalina de Aragón— no detuvo a Enrique VIII, que incluso en abril de 1532 comenzó a percibir las rentas de los beneficios eclesiásticos y que coronó el 1 de junio de 1533 a Ana Bolena.

En julio de 1534, el papa excomulgó al monarca inglés y a su segunda esposa. Si pensaba que de esa manera iba a someter a Enrique, se equivocó. Mediante tres actas votadas por el Parlamento, el rey consumó el cisma y en el verano de 1535 decapitó a John Fisher y a Tomás Moro, que se habían negado a plegarse a sus órdenes. Sin embargo, cismático o no, Enrique VIII no estaba dispuesto a convertirse en protestante. En 1536, los Diez Artículos de Fe incluían la adhesión a las ceremonias católicas, el culto a las imágenes, la invocación a los santos, las oraciones por los difuntos y la doctrina de la transustanciación. Por si fuera poco, al año siguiente Enrique VIII ordenó redactar una profesión de fe en que se afirmaban de manera puntillosa los siete sacramentos católicos. Entre 1538 y 1539, Enrique VIII obligó además al Parlamento a aprobar distintos documentos que castigaban con la hoguera la negación de la transustanciación, que vedaba a los laicos la comunión bajo las dos especies, que prohibía el matrimonio a sacerdotes y antiguos monjes y que mantenía la confesión auricular. A esto se añadió la insistencia en mantener la devoción hacia la Virgen y los santos y en prohibir la lectura privada de la Biblia. Como colofón lógico, los protestantes ingleses fueron encarcelados, torturados y ejecutados, y en no escaso número huyeron al continente. Por lo que se refiere a los católicos, se mantuvo una situación de tolerancia asentada sobre todo en la identidad doctrinal pero con ribetes de inestabilidad, derivados de la situación cismática creada por Enrique VIII y de sus variables intereses políticos.

La muerte de Enrique VIII fue, por el contrario, la que proporcionó a los protestantes la oportunidad de iniciar la Reforma en Inglaterra. Precisamente al anularse la legislación de Enrique VIII sobre herejes pudieron regresar del continente no pocos protestantes exiliados. El

impulso para esta reforma procedía de Eduardo VI, el rey niño sucesor de Enrique VIII, y de sus dos protectores: Somerset, partidario de un luteranismo moderado o melanchtoniano, y Warwick, de tendencia calvinista.

Sólo en 1552, un largo lustro después del fallecimiento de Enrique VIII, se procedió a la aprobación de una confesión de fe que, a diferencia de las impulsadas por el difunto rey, era de contenido protestante. Con todo, la situación distaba mucho de haber quedado zanjada. En 1553 murió el piadoso Eduardo VI y le sucedió su hermana, la católica María. Las esperanzas de que la tolerancia eduardiana se mantuviera durante el reinado de María no tardaron en desvanecerse. El 3 de enero de 1555, el Parlamento, que se mostró tan dócil con María como con su padre, votó el regreso a la obediencia a Roma y el final del cisma. Los bienes de la Iglesia católica siguieron, no obstante, secularizados como había sucedido históricamente ya antes y volvería a acontecer después, por ejemplo, con las desamortizaciones liberales.

El cambio religioso tuvo, desde luego, siniestras consecuencias. María, pronto apodada «la Sanguinaria», ejecutó a 273 protestantes mientras los exiliados se elevaban a centenares. Quizás una política más tolerante habría conservado a buena parte de la población en el seno del catolicismo, pero las hogueras de María obtuvieron el efecto contrario. Cuando el 17 de noviembre de 1558 expiró, la mayoría de los ingleses respiró con alivio y los protestantes reanudaron su proyecto reformador. Con todo, la tolerancia de Isabel, sucesora de María e hija de Enrique VIII, fue tan considerable que hasta 1570 el papa no la excomulgó. Con ello sólo consiguió afianzarla en el trono y convertir la Reforma en irreversible.

A pesar de todo, la Iglesia anglicana no había surgido de un choque frontal con Roma sino que, previamente, se había producido un cisma de claro contenido dogmático católico. Esa circunstancia contribuye a explicar el carácter templado del protestantismo inglés, un protestantismo que, contra lo que suele creerse, nada tuvo que ver con un rey como Enrique VIII que lo persiguió con decisión e incluso saña.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La evolución religiosa de Inglaterra del catolicismo al protestantismo pasando por un cisma filocatólico han sido objeto de distintos estudios de notable calidad. Una visión general del período en buena medida insuperada se halla en P. Smith, *The Age of Reformation,* Nueva York, 1955. Para una introducción sencilla y, a la vez, rigurosa resulta recomendable S. Nelly, *El anglicanismo,* Madrid, 1986.

El estudio de M. M. Knappen, *Tudor Puritanism,* Chicago y Londres, 1959, es un gran clásico y, desde luego, resulta indispensable para comprender lo que sucedió espiritualmente en Inglaterra y que, desde luego, no fue jamás la fundación de una nueva religión por obra y gracia de un monarca lujurioso. También de interés —y más relacionado con la historia social— es el libro de C. Hill, *Society and Puritanism in Pre-Revolutionary Englanca* Londres, 1966; puede complementarse con el de C. H. y K. George, *The Protestant Mind of the English Reformation 15701640,* Princeton, 1961.

Finalmente, un análisis excelente de los factores espirituales que determinaron la Reforma en Inglaterra con un conocimiento realmente extraordinario y profundo de las fuentes se halla en J. I. Packer, *A Quest for Godliness. The Puritan Vision of the Christian Life,* Wheaton, 1990.

10

¿Por qué fracasó la Armada invencible?

A finales de mayo de 1588, una impresionante flota abandonaba el Tajo con rumbo a Inglaterra. Su finalidad era invadir el reino gobernado por Isabel Tudor y, tras derrocar a la hija de Enrique VIII, reimplantar el catolicismo. En apariencia, la empresa no podía fracasar pero al cabo de unos meses se convirtió en un sonoro desastre. Las causas fueron identificadas por Felipe II con «los elementos» adversos mientras que los ingleses las atribuyeron a su flota supuestamente dotada de una mayor pericia que la ostentada por la española. Tampoco han faltado los que han

buscado un elemento sobrenatural que ha ido de la acción de las brujas inglesas a la intervención directa de Dios castigando la posible soberbia española o protegiendo la Reforma. Sin embargo, por encima de consideraciones trascendentes, ¿por qué fracasó la Armada invencible?

A finales de mayo de 1588, una armada española de impresionantes dimensiones descendía por el Tajo. Dos días fueron necesarios para que la flota —que contaba con más de ciento treinta navíos entre los que se hallaban sesenta y cinco galeones— se agrupara en alta mar. El propósito de aquella extraordinaria agrupación que llevaba a bordo treinta mil hombres era atravesar el canal de la Mancha y reunirse en la costa de Flandes con un ejército mandado por el duque de Parma. Una vez realizada la conjunción de ambos ejércitos, la flota se dirigiría hacia el estuario del Támesis con la intención de realizar un desembarco y marchar hacia Londres. De esa manera, las tropas españolas procederían a derrocar a la reina Isabel I Tudor para, acto seguido, reinstaurar el catolicismo. Así, no sólo se asestaría un golpe enorme al protestantismo sino que además Felipe II vería favorecida su situación en los Países Bajos, donde una guerra que, aparentemente, iba a durar poco estaba drenando peligrosamente los recursos españoles.

Para el verano de 1588, Inglaterra y España llevaban en un estado de guerra no declarada casi cuatro años. En 1584, precisamente, el duque de Parma, al servicio de Felipe II, había causado una enorme pérdida a los rebeldes holandeses al conseguir que unos agentes a su servicio asesinaran al príncipe de Orange. Por un breve tiempo, pareció que la causa de los flamencos estaba perdida y que el protestantismo podría ser extirpado de los Países Bajos. Sin embargo, justo en esos momentos, Isabel de Inglaterra decidió ayudar a los holandeses con tropas y dinero. La acción de Isabel implicó un notable sacrificio en la medida en que sus recursos eran muy escasos, pero a la soberana no se le escapaba que un triunfo católico en Flandes significaría su práctico aislamiento, aislamiento aún más angustioso, dada la pena de excomunión que contra ella había fulminado el papa al fracasar los intentos de casarla con un príncipe francés o con el

propio Felipe II, trayendo así a Inglaterra nuevamente a la obediencia a Roma. La ayuda inglesa —a pesar de sus deficiencias— resultó providencial para los flamencos y a este motivo de encono se sumó que en 1587 Isabel ordenara ejecutar a María Estuardo, reina escocesa de la que pendía la posibilidad de una restauración del catolicismo en Inglaterra y sobre la que giraba una conjura católica que pretendía asesinar a la soberana inglesa. A todo lo anterior se unían las acciones de los corsarios ingleses —especialmente Francis Drake— que en 1586 lograron que no llegara a España ni una sola pieza de plata de las minas de México o Perú precisamente en una época en que las finanzas de Felipe II necesitaban desesperadamente los metales de las Indias.

La posibilidad de que la invasión tuviera éxito no se le escapaba a nadie. De hecho, el papa Sixto V ofreció a Felipe II la suma de un millón de ducados de oro como ayuda para la expedición y, por otra parte, resultaba obvio que el poder inglés era muy menguado si se comparaba con el español. A la sazón, las nunca bien establecidas finanzas de Inglaterra pasaban uno de sus peores momentos y, de hecho, aunque las noticias de la expedición española no tardaron en llegar, no se tomaron medidas frente a ella, fundamentalmente porque no había fondos. Por si fuera poco, en los cinco años anteriores no se había gastado ni un penique en mejorar las defensas costeras. Sin embargo, la realidad no era tan sencilla y, desde luego, no se le ocultaba ni a Felipe II ni a sus principales mandos.

Hacia finales de junio, unas cuatro semanas después de que la Armada hubiera dejado el Tajo, el duque de Medina Sidonia, que estaba al mando de la expedición y que acababa de sufrir la primera de las tormentas con que se enfrentaría en los siguientes meses, viéndose obligado a buscar refugio en La Coruña, escribió a Felipe II señalándole que muy pocos de los embarcados tenían el conocimiento o la capacidad suficientes para llevar a cabo los deberes que se les habían encomendado. En su opinión, ni siquiera cuando el duque de Parma se sumara a sus hombres tendrían posibilidades de consumar la empresa. Semejante punto de vista era el que había sostenido el mismo duque de Parma desde hacía varios meses.

En marzo, por ejemplo, había comunicado a Felipe II que no podría reunir los treinta mil hombres que le pedía el rey y que incluso si así fuera se quedaría con escasas fuerzas para atender la guerra de Flandes. Dos semanas más tarde, Parma volvió a escribir al rey para indicarle que la empresa se llevaría a cabo ahora con mayor dificultad. No sólo eso. En las primeras semanas de 1588, el duque de Parma había propuesto entablar negociaciones de paz con Isabel I, una posibilidad que la reina había acogido con entusiasmo, dados los gastos que la guerra significaba para su reino y que hubiera podido acabar en una solución del conflicto entre ambos permitiendo a Felipe II ahogar la revuelta flamenca. Sin embargo, el monarca español no estaba dispuesto a dejarse desanimar —como no se había desanimado cuando en febrero de 1588 murió el marqués de Santa Cruz, jefe de la expedición, y hubo que sustituirlo deprisa y corriendo por el duque de Medina Sidonia— ni por el pesimismo de sus mandos ni tampoco por las noticias sobre el agua corrompida, la carne podrida y la extensión de la enfermedad entre las tropas. Ni siquiera cuando el embajador ante la Santa Sede le informó de que el papa «amaba el dinero» y no pensaba entregar un solo céntimo antes de que las tropas desembarcaran en Inglaterra, dudó de que la expedición debía continuar su misión. A fin de cuentas, el cardenal Allen había asegurado a España que los católicos ingleses —a los que Isabel, deseosa de reinar sobre todos los ciudadanos y evitar un conflicto religioso como el que Felipe II padecía en Flandes, había concedido una amplia libertad religiosa inexistente para los disidentes en el mundo católico— se sublevarían como un solo hombre para ayudar a derrocar a la reina. Así, en contra de los deseos de Medina Sidonia, Felipe II ordenó que la flota prosiguiera su camino.

El 22 de julio, la armada española se encontró con otra tormenta, esta vez en el golfo de Vizcaya. El 27, la formación comenzó a descomponerse por acción del mar y al amanecer del 28 se habían perdido cuarenta navíos. Durante veinticuatro horas no se tuvo noticia de ellos pero, finalmente, uno consiguió llegar al lugar donde se encontraba el grueso de la flota para indicar dónde se hallaban los restantes barcos. Por desgracia

para Medina Sidonia, ese grupo de embarcaciones fue avistado por Thomas Fleming, el capitán del barco inglés *Golden Hind,* que inmediatamente se dirigió a Plymouth para dar la voz de alarma. Allí llegaría el viernes 29 de julio encontrándose con Francis Drake que, a la sazón, jugaba a los bolos. La leyenda contaría que Drake habría dicho que había tiempo para acabar la partida y luego batir a los españoles. No es seguro, pero de lo que cabe poca duda es de que para la flota española fue una desgracia el que la descubrieran tan pronto. Mientras las naves de Medina Sidonia bordeaban la costa de Cornualles, pasaban Falmouth y se encaminaban hacia Fowey, los faros ingleses daban la voz de alarma.

Para la flota inglesa, la llegada de los españoles significó una desagradable sorpresa. Habían especulado con la idea de atacar la Armada mientras se hallaba fondeada en La Coruña —una idea defendida por el propio Drake— y ahora los navíos de Medina Sidonia estaban a la vista de la costa cuando distaban mucho de poder considerarse acabados los preparativos de defensa. Ahora, lo quisieran o no, los navíos ingleses no tenían otro remedio que enfrentarse con los españoles e intentar abortar el desembarco. El domingo 31 de julio, hacia las nueve de la mañana, mientras la Armada avanzaba por el canal de la Mancha en formación de combate, un barco inglés llamado *Disdain* navegó hasta su altura y realizó un único disparo. En el lenguaje de la época, aquel gesto equivalía al lanzamiento de un guante previo al inicio del combate. Aquel día, la flota española —la vencedora de Lepanto— iba a descubrir que en tan sólo unos años su táctica se había quedado atrasada.

La Armada española se desplazaba en forma de V invertida. Ese tipo de formación no sólo permitía enfrentarse con ataques lanzados desde ambos flancos sino que además, situando los galeones en las alas, facilitaba entablar combate con las naves enemigas que, finalmente, eran abordadas por los infantes españoles, a la sazón los mejores de Europa. Esa forma de combate naval había dado magníficos resultados en el pasado y de manera muy especial en Lepanto, pero durante los años siguientes los españoles no habían reparado en los avances de la guerra naval. Sus cañones tenían

un calibre inferior al de los ingleses, sus proyectiles eran de peor calidad, sus naves —aunque impresionantes— eran más lentas en la maniobra y, sobre todo, su formación implicaba un tipo de maniobra que, en realidad, repetía en el mar la disposición de las fuerzas de tierra. Para sorpresa suya, los barcos ingleses se acercaban en una formación nunca vista, es decir, en una sola fila, lo que llevó a pensar que debía existir otra fila que podía aparecer en cualquier momento. Para colmo, a diferencia de los turcos de Lepanto, los ingleses no se acercaban hasta los barcos enemigos buscando el combate casco contra casco sino que disparaban y, a continuación, se retiraban evitando precisamente que se produjera el abordaje. El enfrentamiento resultó desconcertante pero no se puede decir que fuera adverso para los españoles. De hecho, cuando concluyó, la Armada estaba intacta y prácticamente no había recibido ningún daño de importancia. Al final de la jornada, dos navíos españoles se verían fuera de combate pero la razón fue una colisión entre ellos.

Al amanecer del día siguiente, la flota española había llegado hasta Berry Head, el extremo suroriental de la bahía de Tor. A esas alturas, lord Howard, el almirante inglés, contaba con refuerzos considerables y hubiera podido atacar a la Armada pero sir Francis Drake, al que se había conferido el honor de llevar la luz que indicaba a los otros barcos la ruta que debían seguir, se lo impidió. Drake, corsario más que otra cosa, había previsto la posibilidad de capturar una presa y se había apartado de la flota inglesa sin encender una luz que habría puesto sobre aviso a su potencial captura. El resultado fue que el resto de la flota se mantuvo inmóvil y tan sólo el buque insignia de lord Howard y un par de barcos más persiguieron a los españoles. Drake efectivamente capturó el barco español pero la flota inglesa no se reagrupó antes del mediodía y ni siquiera entonces llegó a hacerlo correctamente. Esa circunstancia fue captada por la flota española y Medina Sidonia decidió junto con la mayoría de sus mandos aprovecharla para asestar un golpe de consideración a los ingleses. Para llevar a cabo el ataque resultaba esencial la participación de las galeazas que estaban al mando de Hugo de Moncada, el hijo del virrey de Cataluña. Sin embargo,

Moncada no estaba dispuesto a colaborar. Tan sólo unas horas antes Medina
Sidonia le había negado permiso para atacar a unos barcos ingleses y ahora Moncada decidió que respondería a lo que consideraba una ofensa con la pasividad. Ni siquiera el ofrecimiento de Medina Sidonia de entregarle una posesión que le produciría tres mil ducados al año le hizo cambiar de opinión. Se trató, no puede dudarse, de un acto de desobediencia deliberada y de no haber muerto Moncada unos días después seguramente hubiera sido juzgado, pero, en cualquier caso, el mal ya estaba hecho. Cuando, finalmente, se produjo la batalla, los ingleses se habían recuperado.

Poco después del amanecer del 2 de agosto de 1588, lord Howard dirigió su flota hacia la costa de Portland Bill en un intento de desbordar el flanco español que daba sobre tierra, pero Medina Sidonia lo captó impidiéndolo. Durante las doce horas que duró la lucha, los españoles hicieron esfuerzos denodados por abordar a los barcos enemigos y en alguna ocasión estuvieron a punto de conseguirlo. No lo lograron, pero tampoco pudo la flota inglesa, a pesar de los intentos de Drake, causar daños a la española. Cuando concluyó la batalla, la Armada se reagrupaba con relativa facilidad, no había perdido un solo barco y continuaba su rumbo para encontrarse con el duque de Parma y, ulteriormente, desembarcar en Inglaterra. A decir verdad, esta última parte de la operación era la que seguía mostrándose angustiosamente insegura. La noche antes de la batalla de Portland Bill, el duque de Medina Sidonia había despachado otro mensajero hasta el duque de Parma y para cuando se produjo el combate ya eran dos los correos españoles que se habían entrevistado con él. Las noticias no eran, desde luego, alentadoras porque el duque de Parma no tenía a su disposición ni las embarcaciones ni las tropas necesarias.

Sin embargo, los ingleses carecían de esta información y, para colmo de males, al hecho de no haber causado daño alguno a la Armada se sumaba el agotamiento de sus reservas de pólvora y proyectiles y el pesimismo

acerca de la táctica utilizada hasta entonces. Mientras sus navíos se rearmaban, lord Howard convocó un consejo de guerra para decidir la manera en que proseguiría la lucha contra la Armada. Finalmente se decidió dividir las fuerzas inglesas en cuatro escuadrones —mandados por lord Howard, Drake, Hawkins y Frobisher— que atacarían a las fuerzas españolas para romper su formación y así impedir su avance hacia el este. La nueva batalla duró cinco horas —desde el amanecer hasta las diez de la mañana— y los ataques ingleses tuvieron el efecto de empujar a la flota española con un rumbo norte-este —un hecho que muchos han interpretado como una hábil maniobra, ya que hubiera significado desviar a la flota enemiga contra una de las zonas más peligrosas de la costa—, pero Medina Sidonia captó rápidamente el peligro y evitó el desastre. Ciertamente, la Armada no había sufrido daños pero se vio desplazada al este del punto donde Medina Sidonia esperaba noticias del duque de Parma y, finalmente, el mando español decidió seguir hacia el este hasta encontrarlo. Ya eran cinco los días que ambas flotas llevaban combatiendo y con sólo un par de barcos españoles fuera de combate y ninguno hundido, la moral de los ingleses estaba comenzando a desmoronarse.

Medina Sidonia se dirigió entonces hacia Calais con la idea de encontrarse posteriormente con el duque de Parma a siete leguas, en Dunkerque y desde allí atacar Inglaterra. Sin embargo, Medina Sidonia seguía abrigando dudas y volvió a enviar a un mensajero al duque de Parma con la misión de informarle de que si no podía acudir con tropas, por lo menos enviara las lanchas de desembarco.

El descanso en Calais significó un verdadero respiro para la flota española. Francia, a pesar de ser una potencia católica, mantuvo en relación con la expedición de la Armada una actitud relativamente similar a la adoptada con ocasión de Lepanto.

No obstante, en este caso la población tenía muy presente los siglos de lucha contra Inglaterra y simpatizaba con los españoles. El gobernador de Calais —antigua plaza inglesa en suelo francés— no tuvo ningún reparo en permitir que la flota española fondeara y se surtiera de lo necesario. El

domingo 7 de agosto llegó a Calais uno de los mensajeros enviados por Medina Sidonia al encuentro del duque de Parma. Las noticias no por malas resultaban inesperadas. El duque de Parma no estaba en Dunkerque, donde además brillaban por su ausencia los barcos, las municiones y las tropas esperadas. La situación era preocupante y Medina Sidonia decidió enviar en busca del anhelado duque a don Jorge Manrique, inspector general de la Armada.

Advertido por el sobrino del gobernador de Calais de que la Armada se hallaba anclada en una zona de corrientes peligrosas y de que sería conveniente que buscara un abrigo más adecuado, Medina Sidonia volvió a poner en movimiento la flota. La decisión la tomó precisamente cuando los navíos ingleses, ya dotados de refuerzos y aprovisionamientos, llegaban a las cercanías de Calais con un plan especialmente concebido para dañar a la hasta entonces invulnerable Armada. Iba a dar comienzo la denominada batalla de Gravelinas, la más importante de toda la campaña.

Durante el domingo, la moral de las fuerzas españolas había comenzado a descender de tal manera que Medina Sidonia hizo correr el rumor de que las tropas del duque de Parma se reunirían con la Armada al día siguiente. Para colmo de males, en torno a la medianoche se descubrió un grupo de ocho naves en llamas que se dirigían hacia la flota. No se trataba sino de las conocidas embarcaciones incendiarias que podían causar un tremendo daño a una flota y que los ingleses habían enviado contra la Armada. La reacción de Medina Sidonia fue rápida y tendría que haber bastado para contener las embarcaciones. Sin embargo, cuando la primera de las embarcaciones estalló al ser interceptada, los españoles pensaron que había sido aparejada por Federico Giambelli, un italiano especializado en este tipo de ingenios, y emprendieron la retirada. Lo cierto, no obstante, es que Giambelli se había pasado a los ingleses pero no tenía nada que ver con aquel lance y, de hecho, se encontraba construyendo una defensa en el Támesis que se vino abajo con la primera subida del río. Para remate, un episodio que podría haber concluido con un éxito de la Armada tuvo fatales consecuencias para ésta. Ni uno de sus

barcos resultó dañado, pero la retirada la alejó del supuesto lugar de encuentro para no regresar nunca a él. De hecho, para algunos historiadores, a partir de ese momento la campaña cambió totalmente de signo. Posiblemente, este juicio es excesivo pero no cabe duda de que cuando amaneció la Armada se hallaba en una delicada situación. Con la escuadra inglesa en su persecución y desprovista de capacidad para maniobrar sin arriesgarse a encallar en las playas de Dunkerque, Medina Sidonia tan sólo podía intentar que el choque fuera lo menos dañino posible. Una vez más, el duque —que no contaba con experiencia como marino— dio muestras de una capacidad inesperada. No sólo hizo frente a los audaces ataques de Drake sino que además resistió con una tenacidad extraordinaria que permitió a la Armada reagruparse. Con todo, quizá su mayor logro consistió en evitar lanzarse al ataque de los ingleses descolocando así una formación que se hubiera convertido en una presa fácil. Aunque no le faltaron presiones de otros capitanes que insistían en que aquel comportamiento era una muestra de cobardía, Medina Sidonia lo mantuvo minimizando extraordinariamente las pérdidas españolas.

La denominada batalla de Gravelinas iba a ser la más relevante de la campaña y, tal como narrarían algunos de los españoles que participaron en ella, las luchas artilleras que se presenciaron en el curso de la misma superaron considerablemente el horror de Lepanto. Fue lógico que así sucediera porque, al fin y a la postre, Lepanto había sido la última gran batalla naval en la que sobre las aguas se había reproducido el conjunto de movimientos típicos del ejército de tierra. Lo que sucedió en Gravelinas el lunes 8 de agosto fue muy distinto. Mientras los ingleses hacían gala de una potencia artillera muy superior, incluso incomparable, los españoles evitaron la disgregación de la flota y combatieron con una dureza extraordinaria, el tipo de resistencia feroz que los había hecho terriblemente famosos en todo el mundo. Estas circunstancias explican que cuando concluyó la batalla, la Armada sólo hubiera perdido tres galeones, lo que elevaba sus pérdidas a seis navíos. Mayores fueron las pérdidas humanas, alcanzando los seiscientos muertos, los ochocientos

heridos y un número difícil de determinar de prisioneros. Los ingleses perdieron unos sesenta hombres y ningún barco. La fuerza de la Armada seguía en gran medida intacta pero sin municiones y sin pertrechos —como, por otro lado, les sucedía a los ingleses, que no pudieron perseguirla— la posibilidad de continuar la campaña estaba gravemente comprometida.

Por si fuera poco, el martes 9 de agosto, la Armada tuvo que sufrir una tormenta que la colocó en la situación más peligrosa desde que había zarpado de Lisboa, ya que la fue empujando hacia una zona situada al norte de Dunkerque conocida como los bancos de Zelanda. Mientras contemplaban cómo los barcos ingleses se retiraban, las naves españolas tuvieron que soportar impotentes un viento que las lanzaba contra la costa amenazándolas con el naufragio. La situación llegó a ser tan desesperada que Medina Sidonia y sus oficiales recibieron la absolución a la espera de que sus naves se estrellaran. Entonces sucedió el milagro. De manera inesperada, el viento viró hacia el suroeste y los barcos pudieron maniobrar alejándose de la costa. Posiblemente, el desastre no sucedió tan sólo por unos minutos.

Aquella misma tarde, Medina Sidonia celebró consejo de guerra con sus capitanes para decidir cuál debía ser el nuevo rumbo de la flota. Se llegó así al acuerdo de regresar al canal de la Mancha si el tiempo lo permitía pero, si tal eventualidad se revelaba imposible, las naves pondrían rumbo a casa bordeando Escocia.

No se cruzaría ya un solo disparo entre las flotas española e inglesa y la expedición podía darse por fracasada, pero en el resto de Europa la impresión de lo sucedido era bien distinta. En Francia, por ejemplo, se difundió el rumor de que los españoles habían dado una buena paliza a los ingleses en Gravelinas y los panfletos que ordenó imprimir el embajador de la reina Isabel en París desmintiendo esa versión de los hechos no sirvieron para causar una impresión contraria. El único que no pareció dispuesto a creer en la victoria española fue el papa, que se negó a

desembolsar siquiera una porción simbólica del dinero que había prometido a Felipe II y que jamás le entregaría.

Durante las semanas siguientes, la situación de la Armada no haría sino empeorar. Apenas dejada atrás la flota inglesa, los españoles arrojaron al mar todos los caballos y mulas, ya que no disponían de agua y Medina Sidonia ajustició a un capitán como ejemplo para las tripulaciones. Durante los cinco primeros días de travesía hacia el norte, la lluvia fue tan fuerte que era imposible ver los barcos cercanos. No era eso lo peor. El número de enfermos, que crecía cada día, superaba los tres mil hombres, el agua se corrompió en varios barcos y el frío reveló la falta de equipo. Para colmo, no tardó en quedar de manifiesto que buen número de las embarcaciones no estaban diseñadas para navegar por el mar del Norte. A 3 de septiembre, el número de barcos perdidos se elevaba ya a diecisiete y a mediados de mes la cifra podía alcanzar las dos decenas. Entonces se produjo un desastre sin precedentes.

Las instrucciones de Medina Sidonia habían sido las de navegar mar adentro para evitar no sólo nuevos enfrentamientos con la flota inglesa sino también la posibilidad de naufragios en las costas. De esa manera, se bordearon las islas Shetland, el norte de Escocia y a continuación Irlanda. Fue precisamente entonces cuando algo más de cuarenta naves se vieron arrojadas por el mal tiempo contra la costa occidental de Irlanda. De ellas se perdieron veintiséis a la vez que morían seis mil hombres. De manera un tanto ingenua habían esperado no pocos españoles que los católicos irlandeses se sublevarían contra los ingleses para ayudarlos o que, al menos, les brindarían apoyo. La realidad fue que los irlandeses realizaron, por su cuenta o por orden de los ingleses, escalofriantes matanzas de españoles. Hubo excepciones como la representada por el capitán Christopher Carlisle, yerno de sir Francis Walsingham, el secretario de la reina Isabel, que se portó noblemente con los prisioneros, solicitó que se les tratara con humanidad y, finalmente, temiendo que fueran ejecutados, les proporcionó dinero y ropa enviándolos acto seguido a Escocia. También se produjeron fugas novelescas como la del capitán De Cuéllar. Sin

embargo, en términos generales, el destino de los españoles en Irlanda fue aciago muriendo allí seis séptimas partes de los que perdieron la vida en la campaña. No fue mejor en Escocia. Allí también esperaban obtener la ayuda y solidaridad del católico rey Jacobo. No recibieron ni un penique. Mientras tanto, más de la mitad de la flota llegaba a España. Era la hora de aclarar responsabilidades.

En términos objetivos, el comportamiento de Isabel I y Felipe II con sus tropas fue bien diferente. Mientras que Isabel se desentendió de su suerte posterior a la batalla alegando dificultades financieras —una excusa tan sólo a medias convincente—, el monarca español manifestó una enorme preocupación por los soldados. Sin embargo, no pocos de éstos se sintieron abrumados por la culpa. Miguel de Oquendo, que demostró un valor extraordinario durante la expedición, se negó a ver a sus familiares en San Sebastián, se volvió cara a la pared y murió de pena. Juan de Recalde, que aún tuvo un papel más destacado, falleció nada más llegar a puerto. Sin embargo, Felipe II no culpó a nadie —desde luego no a Medina Sidonia o al duque de Parma— y aunque mantuvo en prisión durante quince meses a Diego Flores de Valdés, asesor naval del jefe de la escuadra, finalmente lo puso en libertad sin cargos.

Fue en realidad la opinión pública la que estableció responsabilidades culpando del desastre al mal tiempo y a un Medina Sidonia inexperto e incluso cobarde. La tesis del mal tiempo pareció hallar una confirmación directa cuando en 1596 una nueva flota española partió hacia Irlanda para sublevar a los católicos contra Inglaterra y fue deshecha por la tempestad antes de salir de aguas españolas y, al año siguiente, otra escuadra que debía apoderarse de Falmouth y establecerse en Cornualles fue destrozada por el mal tiempo. La verdad, sin embargo, como hemos visto, es que el tiempo sólo tuvo una parte muy reducida en la incapacidad de la Armada para desembarcar en Inglaterra. Ciertamente, las condiciones climatológicas causaron un daño enorme a la flota pero ya cuando regresaba a España y bordeaba la costa occidental de Irlanda.

Menos culpa tuvo Medina Sidonia del desastre. A decir verdad, si algo llama la atención de su comportamiento no es la impericia sino lo dignamente que estuvo a la altura de las circunstancias. La misma batalla de Gravelinas podía haber resultado un verdadero desastre si hubiera perdido los nervios y cedido a las presiones de sus subordinados. Ciertamente era pesimista pero, si hemos de ser sinceros, hay que reconocer que no le faltaban razones.

Papel más importante que todos los aspectos citados anteriormente tuvo, sin duda, la inferioridad técnica de los españoles. Fiados en sus éxitos terrestres y en la jornada de Lepanto, se habían quedado atrás en lo que a empleo de artillería, disposición de fuerzas y formas de ataque se refiere. Lo realmente sorprendente no es que no ganaran batallas como la de Gravelinas sino que ésta no concluyera en un verdadero desastre. Dada su superioridad técnica —y también la de su servicio de inteligencia—, lo extraño verdaderamente es que los ingleses no ocasionaran mayores daños a los españoles, y tal hecho hay que atribuirlo a factores como la extraordinaria valentía de los combatientes de la Armada y a la competencia de Medina Sidonia.

Aunque el duque de Parma tuvo un papel mucho menos airoso en la campaña —y se apresuró a defenderse para no convertirse en el chivo expiatorio de la derrota—, tampoco puede acusársele de ser el responsable del desastre. En repetidas ocasiones avisó a Felipe II de la imposibilidad de la empresa y, al fin y a la postre, no se le puede achacar que no lograra lo irrealizable.

En realidad, las responsabilidades del fracaso de la campaña deben hallarse en lugares más elevados y más concretamente en el propio Felipe II. A diferencia de otras campañas de su reinado, la empresa contra Inglaterra no se sustentaba en intereses reales de España sino más bien en los de la religión católica tal y como él personalmente los entendía. En 1588, Isabel I estaba bien desengañada de su intervención en los Países Bajos y más que bien dispuesta a llegar a la paz con España. Semejante solución hubiera convenido a los intereses españoles e incluso hubiera

liberado recursos para acabar con el foco rebelde en Flandes. Sin embargo, Felipe II consideraba que era más importante derrocar a Isabel I y así recuperar las Islas Británicas para el catolicismo. Con una Escocia gobernada por el católico Jacobo y una Inglaterra sometida de nuevo a Roma, sería cuestión de tiempo que el catolicismo volviera a imperar en Irlanda. ¿Cómo abandonar semejante plan para favorecer a cambio los intereses de España? Vista la cuestión desde esa perspectiva, el papa Sixto V, en teoría al menos, tenía que ver con placer semejante empresa e incluso bendecirla. Aquí Felipe II cometió un nuevo y craso error. El denominado «pontífice de hierro» era considerablemente corrupto y avaricioso hasta el punto de no dudar en vender oficios eclesiásticos para conseguir fondos y, de hecho, su comportamiento era tan aborrecido que, años después, nada más conocerse la noticia de su muerte, el pueblo de Roma destrozó su estatua. Aunque prometió un millón de ducados de oro a Felipe II si emprendía la campaña contra Inglaterra, lo cierto es que no llegó a desembolsar una blanca.

Tampoco fue mejor la disposición del resto de los países católicos. Francia no quiso ayudar a España y lo mismo sucedió con Escocia e incluso con la población irlandesa. De esa manera, se repetía en versión aún más grave lo sucedido años atrás con Lepanto. España ponía nuevamente a disposición de la Iglesia católica los hombres, el dinero y los recursos, pero en esta ocasión ni siquiera recibió un apoyo real de la Santa Sede que, por añadidura, vio con agrado la derrota de un monarca como el español al que consideraba excesivamente peligroso.

Fue la convicción católica de Felipe II la que le hizo iniciar la empresa en contra de los intereses nacionales de España —algo muy distinto de lo sucedido en Lepanto— y también la que le impidió ver que, sin el apoyo de Parma, la misma era irrealizable. En todo momento —y así lo revela la correspondencia— pensó que cualquier tipo de deficiencia, por grave que fuera, sería suplida por la Providencia, no teniendo en cuenta, como señalaría medio siglo después Oliver Cromwell, que en las batallas hay que «elevar oraciones al Señor y mantener seca la pólvora».

No faltaron voces entonces y después que clamaron en España contra esa manera de concebir la religión que ni siquiera compartía la Santa Sede. En los cuadernos de cortes de la época se halla el testimonio de quienes se preguntaban si el hecho de que Castilla se empobreciera haría buenas a naciones malas como Inglaterra o clamaban que «si los herejes se querían condenar, que se condenasen».

El desastre de 1588 costó a España sesenta navíos, veinte mil hombres —incluyendo cinco de sus doce comandantes más veteranos— y junto con enormes gastos materiales, un notable daño en su prestigio en una época especialmente difícil. El principal responsable de semejante calamidad no fueron los elementos, ni la pericia militar inglesa, ni siquiera la incompetencia —falsa, por otra parte— de Medina Sidonia. Lo fue un monarca imbuido de un peculiar sentimiento religioso que, ausente en las demás potencias de la época sin excluir a la Santa Sede, acabaría provocando el colapso del Imperio español.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Los estudios sobre la Armada invencible estuvieron teñidos durante mucho tiempo —y es comprensible que así fuera— de un tono exculpatorio o apologético. Por parte española se intentaba minimizar el papel militar de los ingleses para insistir en la inclemencia de los elementos; por el contrario, los autores ingleses enfatizaban los logros de su flota frente a una expedición realmente impresionante y no era extraño que silenciaran el inmenso papel que tuvieron los temporales en el desastre español. Ambas posiciones me parecen superadas historiográficamente.

De entre las obras recomendadas debe señalarse la de C. F. Duro, *La Armada Invencible,* Madrid, 1884, que, a pesar del paso del tiempo, sigue siendo útil. Más cercanas en el tiempo y de interés son las de G. Mattingley, *The Defeat of the Spanish Armada,* Londres, 1959, y de W. Graham, *The Spanish Armada,* Londres, 1972. Una aproximación relativamente breve pero muy incisiva y centrada en aspectos

fundamentalmente militares se encuentra en R. Milne-Tyte, *Armada!,* Londres, 1988.

11

¿Cuál es el origen ideológico de la Constitución de Estados Unidos?

El origen y las influencias de la Constitución de Estados Unidos constituye uno de los temas más apasionantes de la historia contemporánea. Siendo la primera constitución democrática de la historia y conteniendo en su seno una peculiar doctrina de la división de poderes, las teorías sobre su específica formación son diversas, conectándola con inspiraciones tan diversas como el gobierno de algunas tribus de pieles rojas o el sistema parlamentario inglés, pero, en realidad, ¿cuál es el origen ideológico de la Constitución de Estados Unidos?

La Constitución de Estados Unidos es un documento de unas características realmente excepcionales. De entrada, es el primer texto que consagra un sistema de gobierno de carácter democrático en una época en que tal empeño era interpretado por la aplastante mayoría de los habitantes del orbe como una peligrosa manifestación de desvarío mental.

Por añadidura, el sistema democrático contemplado en sus páginas era bien diferente de otras construcciones políticas anteriores, en especial en lo referido al principio de división de poderes —un sistema de *checks and balances o* frenos y contrapesos— que ha servido históricamente para evitar la aniquilación del sistema, tal y como ha ocurrido repetidas veces con otras constituciones aplicadas al sur del río Grande o en Europa.

El origen del sistema americano se ha intentado buscar en el gobierno de los indios de las cinco naciones por los que, al parecer, Benjamin Franklin sentía una enorme simpatía y en los principios de la Ilustración europea, que en algunas de sus formulaciones, como la de Rousseau, se manifestaba favorable a ciertas formas de democracia.

Ninguna de las teorías resulta satisfactoria, ya que el gobierno de las cinco naciones no era sino un sistema asambleario en virtud del cual las tribus resolvían algunas cuestiones muy al estilo de los consejos de guerreros que hemos visto tantas veces en las películas del oeste. La Ilustración, por otro lado, mayoritariamente fue favorable al Despotismo ilustrado de María Teresa de Austria, Catalina de Rusia o Federico II de Prusia, y cuando, excepcionalmente, abogó por la democracia, perfiló ésta desde una perspectiva muy diferente a la que encontramos en la Constitución de Estados Unidos.

En realidad, la Constitución de Estados Unidos es el fruto de un largo proceso histórico iniciado en Inglaterra con la Reforma del siglo XVI.
Mientras el continente europeo se desgarraba en el conflicto entre Reforma y Contrarreforma, la Inglaterra de Enrique VIII optó por un comportamiento cuando menos peculiar. Como tuvimos ocasión de ver en un enigma anterior, el monarca inglés provocó un cisma con Roma, pero, a la vez, se manifestó ferozmente antiprotestante persiguiendo a los partidarios de la Reforma y manteniendo un sistema dogmático sustancialmente católico. Sólo la llegada al trono de su hijo Eduardo permitiría que en Inglaterra se iniciara una reforma muy similar a la que estaba experimentando el continente. Es cierto que la reina María Tudor — conocida por sus súbditos como «la Sanguinaria» por la persecución desencadenada contra los protestantes— intentaría desandar ese camino, pero su hermana Isabel, una vez en el trono, consolidó la orientación protestante del reino especialmente tras ser excomulgada por el papa.

Con todo, la manera tan peculiar en que el proceso había sido vivido en Inglaterra tuvo notables consecuencias. Mientras que un sector considerable de la Iglesia anglicana se sentía a gusto con una forma de protestantismo muy suave que, históricamente, se consolidaría como la confesión protestante más cercana a Roma, otro muy relevante abogaba por profundizar esa reforma amoldando la realidad eclesial existente a los modelos contenidos en el Nuevo Testamento. Los partidarios de esta postura recibieron diversos nombres: puritanos, porque perseguían un

ideal de pureza bíblica; presbiterianos, porque sus iglesias se gobernaban mediante presbíteros elegidos en lugar de siguiendo un sistema episcopal como el católicorromano o el anglicano; y también calvinistas, porque su teología estaba inspirada vehementemente en las obras del reformador francés Juan Calvino. Este último aspecto tuvo enormes consecuencias en muchas áreas —entre ellas las de un enorme desarrollo económico y social en Inglaterra— pero nos interesa especialmente su influjo en la política.

Como señalaría el estadista inglés sir James Stephen, el calvinismo político se resumía en cuatro puntos: 1. La voluntad popular era una fuente legítima de poder de los gobernantes. 2. Ese poder podía ser delegado en representantes mediante un sistema electivo. 3. En el sistema eclesial, clérigos y laicos debían disfrutar de una autoridad igual aunque coordinada. 4. Entre la Iglesia y el Estado no debía existir ni alianza ni mutua dependencia. Sin duda, se trataba de principios que, actualmente, son de reconocimiento prácticamente general en Occidente pero que en el siglo XVI distaban mucho de ser aceptables.

Durante el siglo XVII, los puritanos optaron fundamentalmente por dos vías. No pocos decidieron emigrar a Holanda —donde los calvinistas habían establecido un peculiar sistema de libertades que proporcionaba refugio a judíos y seguidores de diversas fes— o incluso a las colonias de América del Norte. De hecho, los famosos y citados Padres Peregrinos del barco *Mayflower* no eran sino un grupo de puritanos. Por el contrario, los que permanecieron en Inglaterra formaron el núcleo esencial del partido parlamentario —en ocasiones hasta republicano— que fue a la guerra contra Carlos I, lo derrotó y, a través de diversos avatares, resultó esencial para la consolidación de un sistema representativo en Inglaterra.

La llegada de los puritanos a lo que después sería Estados Unidos fue un acontecimiento de enorme importancia para el futuro desarrollo de la Constitución. Puritanos fueron entre otros: John Endicott, primer gobernador de Massachusetts; John Winthrop, el segundo gobernador de la citada colonia; Thomas Hooker, fundador de Connecticut; John Davenport, fundador de New Haven; y Roger Williams, fundador de Rhode

Island. Incluso un cuáquero como William Penn, fundador de Pennsylvania y de la ciudad de Filadelfia, tuvo influencia puritana, ya que se había educado con maestros de esta corriente teológica. Desde luego, la influencia educativa fue esencial, ya que no en vano Harvard —como posteriormente Yale y Princeton— fue fundada en 1636 por los puritanos.

Cuando estalló la revolución americana a finales del siglo XVIII, el peso de los puritanos en las colonias inglesas de América del Norte era enorme. De los aproximadamente 3 millones de americanos que vivían a la sazón en aquel territorio, 900 000 eran puritanos de origen escocés, 600 000 eran puritanos ingleses y otros 500 000 eran calvinistas de extracción holandesa, alemana o francesa. Por si fuera poco, los anglicanos que vivían en las colonias eran en buena parte de simpatías calvinistas, ya que se regían por los Treinta y Nueve Artículos, un documento doctrinal con esta orientación. Así, dos terceras partes al menos de los habitantes de los futuros Estados Unidos eran calvinistas y el otro tercio en su mayoría se identificaba con grupos de disidentes como los cuáqueros o los bautistas. La presencia, por el contrario, de católicos era casi testimonial y los metodistas aún no habían hecho acto de presencia con la fuerza que tendrían después en Estados Unidos.

El panorama resultaba tan obvio que en Inglaterra se denominó a la guerra de independencia de Estados Unidos «la rebelión presbiteriana» y el propio rey Jorge III afirmó: «Atribuyo toda la culpa de estos extraordinarios acontecimientos a los presbiterianos». Por lo que se refiere al primer ministro inglés Horace Walpole, resumió los sucesos ante el Parlamento afirmando: «La prima América se ha ido con un pretendiente presbiteriano». No se equivocaban y, por citar un ejemplo significativo, cuando Cornwallis fue obligado a retirarse para, posteriormente, capitular en Yorktown, todos los coroneles del ejército americano salvo uno eran presbíteros de Iglesias presbiterianas. Por lo que se refiere a los soldados y oficiales de la totalidad del ejército, algo más de la mitad también pertenecían a esta corriente religiosa.

Implicaciones políticas del pensamiento puritano

Sin embargo, el influjo de los puritanos resultó especialmente decisivo en la redacción de la Constitución. Ciertamente, los cuatro principios del calvinismo político arriba señalados fueron esenciales a la hora de darle forma, pero a ellos se unió otro absolutamente esencial que, por sí solo, sirve para explicar el desarrollo tan diferente seguido por la democracia en el mundo anglosajón y en el resto de Occidente.

La Biblia —y al respecto las confesiones surgidas de la Reforma fueron muy insistentes— enseña que el género humano es una especie profundamente afectada en el área moral como consecuencia de la caída de Adán. Por supuesto, los seres humanos pueden hacer buenos actos y realizar acciones que muestran que, aunque empañadas, llevan en sí la imagen y semejanza de Dios. Sin embargo, la tendencia al mal es innegable y hay que guardarse de ella cuidadosamente. Por ello, el poder político debe dividirse para evitar que se concentre en unas manos —lo que siempre derivará en corrupción y tiranía— y tiene que ser controlado. Esta visión pesimista — ¿o simplemente realista?— de la naturaleza humana ya había llevado en el siglo XVI a los puritanos a concebir una forma de gobierno eclesial que, a diferencia del episcopalismo católico o anglicano, dividía el poder eclesial en varias instancias que se frenaban y contrapesaban entre sí evitando la corrupción.

Esa misma línea fue la seguida a finales del siglo XVIII para redactar la Constitución americana. De hecho, el primer texto independentista norteamericano no fue, como generalmente se piensa, la declaración de independencia redactada por Thomas Jefferson sino la obra de la que el futuro presidente norteamericano la copió. Ésta no fue otra que la Declaración de Mecklenburg, un texto suscrito por presbiterianos de origen escocés e irlandés, en Carolina del Norte el 20 de mayo de 1775.

La Declaración de Mecklenburg contenía todos los puntos que un año después desarrollaría Jefferson, desde la soberanía nacional a la lucha contra la tiranía pasando por el carácter electivo del poder político y la división de poderes. Por añadidura, fue aprobada por una asamblea de

veintisiete diputados —todos ellos puritanos— de los que un tercio eran presbíteros de la Iglesia presbiteriana incluyendo a su presidente y secretario. La deuda de Jefferson con la Declaración de Mecklenburg ya fue señalada por su biógrafo Tucker pero además cuenta con una clara base textual y es que el texto inicial de Jefferson —que ha llegado hasta nosotros — presenta notables enmiendas y éstas se corresponden puntualmente con la declaración de los presbiterianos.

El carácter puritano de la Constitución —reconocida magníficamente, por ejemplo, por el español Emilio Castelar— iba a tener una trascendencia innegable. Mientras que el optimismo antropológico de Rousseau derivaba en el terror de 1792 y, al fin y a la postre, en la dictadura napoleónica, y el no menos optimista socialismo propugnaba un paraíso cuya antesala era la dictadura del proletariado, los puritanos habían trasladado desde sus iglesias a la totalidad de la nación un sistema de gobierno que podía basarse en conceptos desagradables para la autoestima humana pero que, traducidos a la práctica, resultaron de una eficacia y solidez incomparables. Si a este aspecto sumamos además la práctica de algunas cualidades como el trabajo, el impulso empresarial, el énfasis en la educación o la fe en un destino futuro que se concibe como totalmente en manos de un Dios soberano, justo y bueno contaremos con muchas de las claves para explicar no sólo la evolución histórica de Estados Unidos sino también sus diferencias con los demás países del continente.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La bibliografía relativa a los verdaderos orígenes de la Constitución de Estados Unidos es abundante aunque, de manera paradójica, no muy conocida. Un estudio enormemente interesante sobre sus orígenes en el pensamiento colonial del siglo XVII puede hallarse en P. Miller, *The New England Mind. The 17th Century,* Harvard, 1967.

La relación entre el pensamiento reformado y la democracia puede examinarse en R. B. Perry, *Puritanism and Democracy,* Nueva York, 1944, y, de manera más específica, en D. F. Kelly, *The Emergence of Liberty in the Modern World. The Influence of Calvin on Five Governments from the 16th Through 18th Centuries,* Phillipsburg, 1992, y J. J. Hernández Alonso, *Puritanismo y tolerancia en el período colonial americano,* Salamanca, 1999.

Los acercamientos desde una perspectiva teológica —directa o indirecta — resultan indispensables para analizar este tema. Pueden hallarse de forma más o menos concreta en J. A. Froude, *Calvinism,* Londres, 1871, y L. Boettner, *The Reformed Doctrine of Predestination,* Phillisburg, 1932.

Finalmente, debo hacer mención a un ensayo notable debido a J. Budziszewski, *The Revenge of Conscience. Politics and the Fall of*

Man, Dallas, 1999, en el que se retoman desde una perspectiva filosófica algunos de los aspectos más relevantes del análisis político de los puritanos.

12

¿Por qué fue creado el Ku Klux Klan?

La imagen de los miembros ensabanados del Ku Klux Klan, de sus cruces ardiendo y de sus tropelías es relativamente familiar para los aficionados al cine. Sin embargo, contra lo que pueda pensarse, el Ku Klux Klan fue en sus inicios una organización nacionalista cuya historia se enraizaba en el

devenir nacional de Estados Unidos durante la segunda mitad del s. XIX. Su éxito fue considerable y obliga a preguntarse: ¿por qué fue creado el Ku Klux Klan?

El Ku Klux Klan fue fundado en diciembre de 1865 en Pulaski, una localidad de Tennessee situada cerca de la frontera con Alabama. Sus seis fundadores eran personas de estudios que habían combatido como oficiales en el ejército confederado e, inicialmente, no pensaban ir más allá de crear un club sureño con resonancias peculiar y ridículamente esotéricas. Al principio, la violencia no formaba parte de sus actividades y su extensión territorial era escasa.

Ese mismo año, durante la primavera, se había producido la rendición del ejército confederado y el final de la guerra civil. El presidente Lincoln se había mostrado repetidas veces partidario de una política de mano tendida que reintegrara a los estados rebeldes en la Unión sin represalias ni ejecuciones, pero su asesinato el 14 de abril de 1865 frustró totalmente esa posibilidad. El partido republicano se preocupó de excluir de los censos electorales del sur a los votantes blancos y, a la vez, de entregar el voto a los negros. Dado que el mismo partido republicano estaba votando en contra de conceder el voto a los negros en algunos estados del norte, no sorprende que muchos sureños sospecharan que tenía segundas intenciones. No se equivocaron. Lo que vino a continuación no fue tanto una política de defensa de principios morales cuanto un sistema de corruptelas que formaba legislaturas estatales y gobiernos pasando por encima de los administrados y favoreciendo a especuladores procedentes del norte. Se trató de un clima que aparece personificado en los especuladores norteños de *Lo que el viento se llevó* de Margaret Mitchell o en los politicastros demagogos de *El nacimiento ele una nación* de Griffith.

En 1867, los radicales republicanos controlaban políticamente todos los estados sureños y, paradójicamente, esa situación se tradujo en el crecimiento del KKK. En abril de ese mismo año, un grupo de representantes del KKK se reunió en Maxwell House, Nashville, y procedió a redactar unos estatutos en los que se insistía en la defensa de la constitución de Estados Unidos y de los «débiles, inocentes, indefensos y oprimidos». El general confederado Nathan Bedford Forrest, que nunca

había sido derrotado en el campo de batalla, fue elegido Gran Brujo y se procedió a estructurar el KKK en ámbitos, dominios, provincias y conventículos.

Cuando en 1868 se implantaron los nuevos gobiernos estatales de la denominada «Reconstrucción», el peso del Klan en la vida sureña creció como la espuma. Un buen número de sus miembros eran antiguos soldados confederados que no dudaron en recurrir a la violencia para defender a los que consideraban «débiles y oprimidos», es decir, a los blancos sureños a los que la política republicana estaba privando de su posición social. Su actuación fue muy activa en los nueve estados que se extendían desde Tennessee y las dos Carolinas hasta Mississippi, Arkansas y Texas pero, por regla general, no afectó a las grandes ciudades, a las zonas costeras o a aquellas poblaciones donde los negros eran mayoría. Con la excepción de Florida, Tennessee y partes de Alabama y Mississippi, el Klan no actuó en zonas donde los negros fueran un porcentaje reducido de los habitantes.

Sin embargo, los hombres del Klan no se centraron únicamente en la realización de incursiones en las que se flagelaba, linchaba o castraba a negros o republicanos. En realidad, diseñaron toda una estrategia de recuperación del poder que, inicialmente, fue diversa según el estado. En Tennessee y Georgia, los antiguos confederados —denominados ahora conservadores— intentaron obtener el voto negro; en Carolina del Sur formaron un partido reformista de la unión que apeló a los republicanos y negros descontentos en un ensayo de lo que sería el populismo sureño del siglo XX. Sin embargo, los negros votaron masivamente en favor de los republicanos y en todos los estados donde fracasó la política populista e interracial de los demócratas, y a la vez tuvieron lugar victorias republicanas, el Klan experimentó un enorme crecimiento. Lo que se produjo a continuación fue una cadena de violencia en la que el Klan buscó destruir la base del peso político de los negros —a los que se atacó despiadadamente— cortando de paso la posibilidad de triunfo republicano. El hecho de que además el Klan pretendiera hacer respetar la

ley y el orden castigando a los negros que eran insolentes con los blancos o realizaban acercamientos a las mujeres blancas o atemorizando a los forasteros blancos que soliviantaban los ánimos de las gentes de color contribuyó a crear en torno suyo una aureola de prestigio entre los partidarios del nacionalismo sureño que había provocado la guerra civil o siquiera de la supremacía blanca.

En enero de 1869, Forrest anunció la disolución del Klan afirmando que el hecho de no poder ejercer un control centralizado sobre el mismo estaba dando lugar a abusos que no podían ser aceptados por la opinión pública. La desmovilización del Klan fue paulatina, pero a finales de 1872 había desaparecido por completo y para entonces su labor estaba en camino de concluir con éxito. Los demócratas —que apoyaban ardientemente la idea de la supremacía blanca igual que lo habían hecho antes de la guerra— volvieron paulatinamente al poder en todos los estados sureños. En 1869, controlaban Tennessee; en 1870, Virginia Occidental, Missouri y Carolina del Norte; y en 1871, Georgia.

En 1873, un año marcado por una crisis económica que llevó a millones a pensar más en cómo poder subsistir día a día que en el voto de los negros, el tribunal supremo de Estados Unidos falló, en un caso relacionado con los mataderos de Louisiana, que determinados derechos debían ser defendidos por los respectivos estados y no por el poder central. El punto de partida de la resolución nada tenía que ver con los derechos de los negros pero servía de base para sostener que las fuerzas armadas de la Unión que, hasta ese momento, habían defendido en cierta medida a la población de color y a los republicanos del sur no tenían competencia legal para ese cometido y, por lo tanto, tendrían que retirarse y dejar la garantía de determinados derechos en manos de cada estado. Al año siguiente, los demócratas se hacían con el gobierno en Alabama, Texas y Arkansas, y en 1877 todo el sur se hallaba controlado por los partidarios de privar a los negros de sus derechos.

Así, a doce años de la derrota en la guerra civil —una derrota que había significado el final de la esclavitud y el inicio de una era de esperanza en el

terreno de la igualdad de derechos civiles sin tener en cuenta la raza—, los antiguos confederados habían logrado consolidar para sus estados un sistema social en el que los negros se veían desprovistos de prácticamente todos sus derechos como ciudadanos. La victoria había sido fruto de una siniestra combinación de ilegalidad, radicalismo y corrupción republicanos sumada al nacionalismo, el rencor, la práctica de la violencia y el miedo de los blancos sureños. El KKK tuvo un enorme papel en la articulación de estos últimos aspectos que se mantendrían en pie sin su presencia durante casi un siglo entero.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El contexto de la «Reconstrucción» y, sobre todo, la manera en que se vio afectada por la muerte de Lincoln son temas que he analizado en *Lincoln,* Madrid, *2002,* una obra que fue premiada con el premio de biografía Las Luces del Año, *2002.*

De enorme interés para comprender cómo los confederados consiguieron convertir la derrota militar en una victoria política es el texto de S. Kennedy, *After Appomattox. How the South won the War,* Gainesville, *1995.*

Para la historia del Ku Klux Klan siguen resultando imprescindibles los libros de Stanley F. Horn, *Invisible Empire. The Story of the Ku Klux Klan, 1866-1871,* Montclair, *1969,* y de Allen W. Trelease, *White Terror. The Ku Klux Klan Conspiracy and Southern Reconstruction,* Baton Rouge y Londres, *1995.* Con todo, posiblemente la mejor manera de comprender la ideología y los impulsos psicológicos que forjaron el primer Klan sea leer la denominada *Reconstruction Trilogy* de Thomas Dixon, Jr., publicada entre *1902 y 1907 y* reeditada en *1994.* Una de las novelas de la trilogía de Dixon, titulada *The Clansman,* sirvió de base para la realización de la película *El nacimiento de una nación* de Griffith.

La resurrección del Klan ya a inicios del siglo xx ha sido tratada muy correctamente por Nancy MacLean, en *Behind the Mask of Chivalry. The Making of the Second Ku Klux Klan,* Nueva York y Oxford, 1994, y por David M. Chalmers, *Hooded Americanism. The History of the Ku Klux Klan,* Durham, 1987, que incluye una sección breve pero interesante sobre el primer Klan.

13

¿Cuáles fueron las razones del duelo en OK Corral?

Junto a Billy el Niño, Buffalo Bill o Kit Carson, la figura de Wyatt Earp constituye uno de los paradigmas del legendario Oeste. Su duelo a muerte

en OK Corral contra los Clanton es incluso uno de los episodios llevados más veces al cine. En apariencia, el tiroteo se redujo a un enfrentamiento entre la ley encarnada por Earp, sus hermanos y Doc Holliday y el delito encarnado en los «Cowboys» Clanton. Pero, en realidad, ¿cuáles fueron las razones del duelo en OK Corral?

Aunque la fama posterior convertiría a Wyatt Earp en un peligroso pistolero, parece ser que utilizaba las pistolas como un mero elemento disuasor hasta el punto de que algunos lo han considerado como un precursor del uso de «una fuerza menos que letal» en el trato con delincuentes. Había nacido el 19 de marzo de 1848 en Monmouth, Illinois, y recibido el nombre del capitán del ejército bajo el que había servido su padre. Cuando Wyatt tenía dos años de edad, la familia se trasladó a Iowa. En 1861, James y Virgil, los hermanos mayores de Earp, se alistaron en el ejército de la Unión, un paso al que quiso sumarse Wyatt y que su padre impidió. En 1864, la familia se trasladó a San Bernardino, California. Allí Wyatt se casó, aunque su esposa murió poco después de fiebre tifoidea. A partir de entonces, Wyatt realizó diversas ocupaciones que fueron de conductor de diligencias a cazador de búfalos. En 1876 se encontraba en Dodge City, donde colaboró en labores policiales.

En el otoño de 1879, Wyatt Earp se trasladó junto con sus hermanos Morgan y Virgil a la ciudad de Tombstone en Arizona. Hacía algún tiempo que se había descubierto plata y por aquella época la población era un hervidero de buscadores de metal precioso, prostitutas, jugadores y pistoleros. Los Earp invirtieron en la apertura de un local llamado el Oriental Saloon, y Wyatt no tardó en ofrecerse al servicio de la ley. Ésta se hallaba a cargo del sheriff John Behan. Aunque inicialmente las relaciones con Behan fueron buenas y Earp trabajó como ayudante suyo, no tardaron en agriarse. Behan mantenía como amante a la hija de unos inmigrantes judíos llamada Josephine Marcus. Nacida en Nueva York, Josephine se había desplazado al oeste antes de cumplir los dieciocho años y había tenido una irregular carrera en el escenario. Ahora había alcanzado una posición relativamente estable al lado del máximo representante de la ley.

Sin embargo, al poco de conocerse Wyatt y Josephine iniciaron una relación amorosa y la mujer decidió abandonar al sheriff. A este motivo de disensión siguió otro de no menor importancia. Hasta ese momento, los miembros del partido demócrata habían mantenido su control en la zona apoyándose en la alianza con distintas bandas de delincuentes conocidas bajo el nombre genérico de los «Cowboys» y entre los que destacaba la familia Clanton. Los Earp estaban más cerca del partido republicano e incluso en 1881 comenzó a circular el rumor —que se correspondía con la realidad— de que Wyatt Earp iba a presentarse a las elecciones a sheriff para desbancar a John Behan y a los demócratas. Los Cowboys —una oligarquía agraria que veía con malos ojos el cambio de las estructuras económicas de Tombstone— decidieron acabar con la situación por la vía rápida.

El 26 de octubre de 1881, Wyatt Earp, sus hermanos Virgil y Morgan y un dentista tuberculoso llamado «Doc» Holliday se enfrentaron a tiros con cinco de los Clanton. El duelo no tuvo lugar realmente en OK Corral sino en un callejón situado entre el mencionado sitio y el estudio de un fotógrafo. Nunca se ha establecido quién disparó primero, aunque parece que el tiroteo comenzó cuando los Earp intentaron detener a los Clanton por presuntas acciones delictivas. El intercambio de disparos no duró más de un minuto. Josephine Marcus, que se hallaba en casa, los oyó, se precipitó a la calle y, tras parar una carreta, se dirigió apresuradamente al lugar de los hechos. Las primeras imágenes que le llegaron hasta la retina le causaron una inmensa inquietud. No sólo el grupo de los Clanton estaba deshecho — cuatro yacían muertos y el quinto había huido— sino que Morgan y Virgil Earp estaban heridos y «Doc» Holliday presentaba el leve impacto de un disparo. Sólo cuando vio que Wyatt estaba indemne y que cruzaba la calle sonriendo para reunirse con ella, se acordó Josephine de que no se había arreglado y dijo: «¡Dios mío, he salido de casa sin sombrero!»

Aquel duelo fue sólo el principio. Hollyday y Wyatt Earp fueron arrestados, pero el juez de paz Wells Spicer se negó a enjuiciarlos alegando que Earp era ayudante de su hermano Virgil a la sazón *deputy marshall.* Dado que Spicer era republicano, no fueron pocos los que dudaron de la justicia de su resolución. En marzo de 1882, Virgil Earp fue objeto de una emboscada de la que salió mal herido y su hermano Morgan resultó asesinado en un atentado que pudo también costar la vida a Wyatt. Éste, convertido ahora en *deputy marshall,* desencadenó una persecución legal contra los asesinos, pero el sheriff Benham consideró llegado el momento de vengarse de quien le había quitado la mujer y había cometido la osadía de pensar en competir con él electoralmente. Así, los Earp —que ahora incluían a Josephine— se vieron obligados a huir de Tombstone. Afortunadamente para Wyatt y los suyos, el sheriff Benham era un cobarde y cuando tuvo ocasión de acabar con ellos en una persecución por el desierto prefirió dejarlos escapar por temor a resultar muerto en el enfrentamiento.

Aún le quedaba a Wyatt casi medio siglo de vida que compartió con Josephine Marcus. Durante aquellas décadas especuló en diversos negocios, aunque sólo consiguió enriquecerse hacia 1920 cuando invirtió en explotaciones petrolíferas. Para ese entonces su mujer —que se convertiría en celosa guardiana de su memoria— había comenzado la redacción de un libro de memorias titulado *I married Wyatt Earp* que sería la base de la ulterior leyenda de Earp y ambos contribuyeron a un guión cinematográfico en el que se narraban sus aventuras en el oeste.

Cuando Wyatt murió, Josephine dispuso que sus cenizas fueran depositadas en el cementerio judío de Calma, California. Josephine le siguió a la tumba algunos años después y, conforme a su voluntad, fue sepultada al lado de Wyatt convirtiéndose ambos en la principal atracción de la localidad. Nadie puede negar que era lógico que aquellos cuyo amor había provocado el duelo más famoso de la historia del oeste desearan también permanecer juntos toda la eternidad.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Tanto Wyatt Earp como Doc Holliday han sido objeto de los más variados tratamientos en el cine y en la novela. No hace falta decir que, en términos generales, y a pesar de su interés estético, las distintas versiones distan mucho de parecerse a la realidad histórica, con la excepción de la película *Tombstone* dirigida por George P. Cosmatos en 1993 y en la que Kurt Russell interpretaba a Earp y Val Kilmer a Holliday.

Aunque la obra de Josephine Marcus, *I Married Wyatt Earp,* 1976, es tendenciosa y, posiblemente, incurre en la fantasía, los datos que proporciona la convierten en una lectura indispensable para el que desee conocer a los personajes envueltos en el duelo en OK Corral.

De mayor valor documental es *The Real Wyatt Earp: A Documentary Biography,* 2000, editada por Steve Gatto y Neil B. Carmony.

Finalmente son de especial interés las biografías de Casey Tefertiller, Wyatt Earp: *The Life Behind the Legend,* 1999, y de Timothy W. Fattig, *Wyatt Earp: The Biography,* 2003. Esta última resulta verdaderamente exhaustiva —¡nada menos que 956 páginas!— y, sin duda, es la más completa de las aparecidas hasta la fecha.

14

¿Quién fue Jack el Destripador?

Entre el 31 de agosto y el 9 de noviembre de 1888 cinco mujeres fueron asesinadas en el barrio londinense de Whitechapell, en el East End. La forma terrible en que encontraron su final —sus gargantas y sus vientres habían sido abiertos— y su relación con el mundo de la prostitución provocaron las más diversas especulaciones desde el principio. A más de un siglo de distancia muchos siguen formulándose una pregunta: ¿quién fue Jack el Destripador?

El 31 de agosto de 1888 una infortunada de nombre Mary Ann Nichols encontraba una muerte horrenda a manos de un asesino que permanecería en el anonimato durante décadas. A su trágico destino se sumarían los asesinatos de Annie Chapman el 8 de septiembre; Elizabeth Stride y Catherine Eddowes, ambas el 30 de septiembre y Mary Jane (Marie) Kelly el 9 de noviembre. Sólo tras este último crimen, el asesino dejó de matar anunciándolo además en una nota que petulantemente hizo llegar a manos de la policía.

Todas las víctimas tenían características comunes. Ejercían la prostitución, fueron asesinadas mediante un corte profundo de izquierda a derecha en la garganta y padecieron su cruel suerte de noche y en la calle. Por añadidura, cuatro se conocían entre sí y cuatro fueron también las destripadas. Estas circunstancias llevaron a muchos a pensar en un asesinato de características sexuales, es decir, a atribuir su comisión a un psicópata sexual. En apariencia, se habría tratado de un enfermo que habría manifestado su aversión al sexo femenino asesinando a prostitutas y que, dada la facilidad con que había escapado de la persecución policial, quizá pertenecía a un estrato social elevado, lo que podía extenderse incluso a personas cercanas a la Casa Real británica.

La realidad fue mucho menos prosaica y no sería desvelada hasta las dos últimas décadas del siglo pasado. Las claves para desvelar el terrible secreto fueron el testimonio de un hijo del pintor Walter Sickert y la exhumación de documentos hasta entonces inéditos en Scotland Yard y el Ministerio del Interior que no pudieron ser publicados hasta 1992 y 1993. ¿Qué aportaban de nuevo estos datos? En primer lugar, confirmaban un rumor que había circulado durante décadas, el que apuntaba al hecho de que el príncipe Alberto Víctor, duque de Clarence, hijo del entonces príncipe de Gales —que luego sería Eduardo VII— y de la reina Victoria había sido amante de una católica llamada Annie Elizabeth con la que había contraído matrimonio en secreto y de la que tuvo una hija llamada Alice Margaret. En una época en que la monarquía victoriana sufría un

acoso considerable de republicanos y socialistas, y no pasaba por sus momentos de mayor popularidad, se temía que aquel matrimonio sacudiera hasta sus cimientos la estabilidad de la institución dinástica. Resultaba por tanto imperativo acabar con él y asimismo con los testigos que pudieran tener noticia del mismo.

Cuando la reina Victoria supo lo acontecido convocó, al borde de la histeria, al primer ministro, el marqués de Salisbury, y le exigió que solucionara el enredo. Salisbury ordenó a la policía metropolitana que procediera al secuestro del joven matrimonio y así en 1888 en el curso de una redada policial, Annie Elizabeth fue detenida y quizás hubiera sucedido lo mismo con la niña de no ser porque Marie Kelly, que había sido testigo de la boda y aún no se dedicaba a la prostitución, la tomó a su cuidado y corrió a refugiarse con ella en el East End. El duque de Clarence no volvió a reunirse con Annie Elizabet y murió en extrañas circunstancias en 1892. Por su parte, su infeliz esposa fue declarada loca y trasladada de manicomio en manicomio hasta que murió en 1920.

A pesar de todo, el secreto podía ser descubierto en cualquier momento. De hecho, Marie Kelly comenzó en 1888 a ejercer la prostitución como forma de escapar de la miseria. Si se hubiera mantenido callada posiblemente no le hubiera sucedido nada, pero tuvo la extravagante ocurrencia de contar el secreto a algunas compañeras y de idear un chantaje contra la familia real exigiendo dinero a cambio de no pasar la información a la prensa sensacionalista. Salisbury, masón de alto rango, decidió acudir a uno de sus compañeros de secta. Fue así como se puso en contacto con el doctor William Gull, médico de la reina y masón que ya había practicado algunos abortos para evitar problemas a la Casa Real. Con la ayuda de otro masón, Robert Anderson, el segundo jefe de la policía metropolitana, Gull consiguió los datos que necesitaba sobre las prostitutas que conocían el terrible secreto. Así, un equipo formado por cinco hombres perpetró los asesinatos de las chantajistas. Tan sólo Catherine Eldowes no tenía nada que ver con la extorsión, pero era amiga íntima de Marie Kelly y ocasionalmente utilizaba incluso su nombre. Esa

circunstancia le costó la vida, ya que el equipo asesino la equivocó con su objetivo. Finalmente, con el asesinato de Marie Kelly el colectivo «Jack el Destripador» alcanzó su último objetivo y se disolvió. Para entonces había causado cinco asesinatos siguiendo un ritual pulcramente masónico que incluía el degollamiento propio del juramento del aprendiz y el destripamiento relacionado con la iniciación en el grado de maestro. Ambos actos pretenden castigar en la masonería la revelación de secretos.

Sólo la hija del duque de Clarence lograría escapar. El pintor Sickert, amigo de su padre y testigo también del matrimonio secreto, la recogería, le daría una educación y, tras convertirla en su amante, se casaría con ella. El hijo de este matrimonio acabaría siendo a finales del siglo XX uno de los peldaños para ascender hasta el secreto oculto tras aquellos terribles crímenes.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La figura de Jack el destripador ha dado origen a una profusa producción literaria, histórica y cinematográfica. Como resulta fácil suponer, no todos los títulos destacan por su solidez. Con todo, puede indicarse que algunos de ellos tienen una notable calidad. Verdaderas enciclopedias son los libros de Maxim Jakubowski y Nathan Braund, *The Mammoth Book of Jack the Ripper,* 1999 (reúne varios ensayos sobre la identidad de Jack), Paul Begg, Martin Fido y Keith Skinner, *jack the Ripper A to Z,* 1994, y las dos obras de Stewart P. Evans y Keith Skinner, *The Ultimate Jack the Ripper Companion,* 2000 (muy interesante por las fuentes que reúne), y *The Ultimate Jack the Ripper Sourcebook: An Illustrated Enciclopedia,* 2001 (excelente material gráfico).

Entre las biografías destacan las de Patricia Cornwell, *Portrait of a Killer: Jack the Ripper — Case Closed,* 2002 (identifica al asesino con Walter Sickert), y Philip Sudgen, *The Complete History of Jack the Ripper,* 2002 (notable en el examen de las fuentes aunque no tanto en las conclusiones). Paul Gainey y Stewart Evans publicaron en 1998 *Jack the Ripper: First American Serial Killer.* En la obra se identifica al médico norteamericano

Tumblety con Jack. La tesis es ciertamente muy discutible y, a nuestro juicio, errónea pero está magníficamente defendida.

15

¿Quién escribió los «Protocolos de los sabios de Sión»?

En las últimas semanas se ha producido un revuelo considerable en el mundo árabe a consecuencia de una serie de TV egipcia en la que se sostenía la autenticidad de un documento denominado los *Protocolos de los sabios de Sión*. El citado texto, redactado a finales del siglo XIX, contendría presuntamente las líneas maestras de un plan de dominio mundial por parte de los judíos. Utilizado por los antisemitas de todo el mundo —sin excluir a los nazis o a los árabes de las últimas décadas—, los *Protocolos* constituyen un documento de enorme interés histórico y político. Sin embargo, ¿tienen realmente alguna relación con los judíos? ¿Quién escribió los *Protocolos de los sabios de Sión?*

El antisemitismo constituye una actitud mental y una conducta que se pierde en la noche de los tiempos. Manetón, el sacerdote e historiador judío del período helenístico, ya dedicó vitriólicas páginas a los primeros momentos de la historia de Israel y en sus pasos siguieron los antisemitas de la Antigüedad clásica —prácticamente todos los autores de renombre— desde Cicerón a Tácito pasando por Juvenal.

En términos generales, su antisemitismo, que presentó manifestaciones de enorme dureza en medio de una considerable tolerancia legal, era cultural más que racial. Durante la Edad Media, el antisemitismo estuvo relacionado con categorías de corte religioso —la resistencia de los judíos a convertirse al islam o al cristianismo— y social —el desempeño de determinados empleos por los judíos—. Solamente con la llegada de la Ilustración, el antisemitismo se fue tiñendo de tonos raciales que aparecen ya en escritos injuriosos —y falsos— de Voltaire y que volvemos a encontrar muy acentuados en Nietzsche o Wagner.

Aunque la figura del judío perverso y conspirador no se halla ausente de algunas de estas manifestaciones antisemitas y aunque, por ejemplo, Wagner y Nietzsche insistieron en tópicos como el del poder judío o el de su capacidad de corrupción moral —e incluso racial—, no llegaron a agotar hasta el final el tema de una de las acusaciones ya popularizadas en su tiempo, la de la conspiración judía mundial. Ambos autores no articularon —aunque no les faltó mucho para ello— la tesis de que todo el poder degenerador de los judíos en realidad obedecía a un plan destructivo de características universales, cuya finalidad era el dominio del orbe. Semejante papel le correspondería a un panfleto de origen ruso conocido generalmente como los *Protocolos de los sabios de Sión* en el que, supuestamente, se recogían las minutas de un congreso judío destinado a trazar las líneas de la conquista del poder mundial. El análisis de esa obra constituye el objeto del presente enigma; sin embargo, antes de entrar en el contenido y en las circunstancias en que la misma se forjó debemos detenernos siquiera momentáneamente en algunos de sus antecedentes ya que los *Protocolos de los sabios de Sión* no fueron, en buena medida, una obra innovadora.

Aunque, sin lugar a dudas, cuentan con el dudoso privilegio de constituir la obra más conocida y difundida sobre la supuesta conjura judía mundial, no son ni con mucho la única ni la primera. La idea de una conjura parcial —para envenenar las aguas, para empobrecer a la gente, para sacrificar niños, etc.— apareció periódicamente durante la Edad Media. Sin embargo, siempre se trataba de episodios aislados, regionales, desprovistos de un carácter universal. El cambio radical se produjo en 1797 cuando con la publicación de la *Mémoire pour servir a l'histoire du jacobinisme* quedó perfilada la tesis de una conspiración subversiva mundial. El autor de la obra, un clérigo llamado Barruel, pretendía que la orden de los Templarios, disuelta en el s. XIV, no había desaparecido sino que se había transformado en una sociedad secreta encaminada a derrocar a todas las monarquías. Cuatro siglos después, la misma se habría

hecho con el control de la masonería y, a través de la organización de los jacobinos, habría provocado la Revolución francesa.

Barruel afirmaba también que los masones eran, a su vez, una marioneta en manos de los iluminados bávaros que seguían a Adam Weishaupt. A menos que se acabara con estos grupos, afirmaba Barruel, pronto el mundo estaría en sus manos. Como suele ser habitual en todas las obras que desarrollan la teoría de la conspiración, no sólo los datos expuestos recogían tergiversaciones sino también absolutos disparates. Barruel pasaba por alto, entre otras cosas, que el grupo de Weishaupt ya no existía en 1786, que siempre estuvo enemistado con los masones y que éstos no sólo por regla general habían sido monárquicos y conservadores sino que además habían experimentado la persecución a manos de los revolucionarios, muriendo centenares de ellos en la guillotina. Con todo, Barruel, que había tomado sus ideas de un matemático escocés llamado John Robinson, apenas mencionaba a los judíos porque, ciertamente, éstos no habían tenido ningún papel de importancia durante la Revolución y porque además incluso habían sido víctimas de los excesos de ésta. Pese a sus evidentes deficiencias, la obra de Barruel despertó, sin embargo, la pasión de un oficial llamado J. B. Simonini que le escribió desde Florencia proporcionándole supuestas informaciones sobre el papel judío en la conspiración masónica. En una carta —que fue un fraude de Fouché para impulsar a Napoleón hacia una política antisemita—, el militar supuestamente felicitaba al clérigo por desenmascarar a las sectas que estaban «abriendo el camino para el Anticristo» y se permitía señalarle el papel preponderante de la «secta judaica». Según Simonini, los judíos, tomándole por uno de los suyos, le habían ofrecido hacerse masón y revelado sus arcanos. Así se había enterado de que el Viejo de la Montaña —el fundador de la secta islámica de los Asesinos que tanto agradaba a Nietzsche— y Manes eran judíos, que la masonería y los iluminados habían sido fundados por judíos y que en varios países —especialmente Italia y España—, los clérigos de importancia eran judíos ocultos. Su finalidad era imponer el judaísmo en todo el mundo, objetivo que sólo tenía como

obstáculo la Casa de Borbón a la que los judíos se habían propuesto derrocar. Ni que decir tiene que las afirmaciones de Simonini carecían de la más mínima base —por esa época tanto los masones como los iluminados si acaso habían tenido alguna actitud hacia los judíos era de rechazo—. Sin embargo, los dislates contenidos en la misma hicieron mella en la mente de Barruel, que, a juzgar por su obra, estaba bien predispuesto a creer este tipo de relatos.

De hecho, pese a que juzgó más prudente no publicarla, entre otras razones porque temía que provocara una matanza de judíos, distribuyó algunas copias en círculos influyentes. Finalmente, antes de morir en 1820, relató todo a un sacerdote llamado Grivel. Nacería así el mito, tan querido a tantos personajes posteriores, de la conjura judeomasónica, mito al que se incorporaron los datos suministrados por Simonini en su carta.

Con todo, inicialmente, la idea de una conspiración judeo-masónica iba a caer en el olvido y durante las primeras décadas del siglo XIX ni siquiera fue utilizada por los antisemitas. Con posterioridad, una obra de creación titulada *Biarritz* volvería a resucitarlo en Alemania. El autor de la novela se llamaba Hermann Goedsche y ya tenía un cierto pasado en relación con documentos de carácter sensacional. En el período inmediatamente posterior a la Revolución de 1848 había presentado unas cartas en virtud de las cuales se pretendía demostrar que el dirigente demócrata Benedic Waldeck había conspirado para derrocar al rey de Prusia.

El acontecimiento dio origen a una investigación cuyo resultado no pudo resultar más bochornoso: los documentos eran falsos y además Goedsche lo sabía. Éste se dedicó entonces a trabajar como periodista en el *Preussische Zeitung,* el periódico de los terratenientes conservadores, y a escribir novelas como *Biarritz.* Ésta se publicaba en 1868, una fecha en que la población alemana comenzaba a ser presa de renovados sentimientos antisemitas a causa de la emancipación —sólo parcial— de los judíos. En un capítulo del relato, que se presentaba como ficticio, se narraba una reunión de trece personajes, supuestamente celebrada durante la fiesta judía de los Tabernáculos, en el cementerio judío de

Praga. En el curso de la misma, los representantes de la conspiración judía narraban sus avances en el control del gobierno mundial, insistiendo especialmente en la necesidad de conseguir la emancipación política, el permiso para practicar las profesiones liberales o el dominio de la prensa. Al final, los judíos se despedían no sin antes señalar que en cien años el mundo yacería en su poder.

Como en el caso de la conjura judeomasónica, el episodio narrado en este capítulo de *Biarritz* iba a hacer fortuna. En 1872 se publicaba en San Petersburgo de forma separada señalándose que, pese al carácter imaginario del relato, existía una base real para el mismo. Cuatro años después en Moscú se editaba un folleto similar con el título de *En el cementerio judío de la Praga checa (Los judíos soberanos del mundo).*

Cuando en julio de 1881 *Le Contemporain* editó la obra, ésta fue presentada ya como un documento auténtico en el que las intervenciones de los distintos judíos se habían fusionado en un solo discurso. Además se le atribuyó un origen británico. Nacía así el panfleto antisemita conocido como el *Discurso del Rabino.* Con el tiempo la obra experimentaría algunas variaciones destinadas a convertirla en más verosímiles.

Así el rabino, anónimo inicialmente, recibió los nombres de Eichhorn y Reichhorn e incluso se le hizo asistir a un (inexistente) congreso celebrado en Lemberg en 1912.

Un año después de la publicación de *Biarritz,* Francia iba a ser el escenario donde aparecería una de las obras clásicas del antisemitismo contemporáneo. Se titulaba *Lejuif, le judaisme et la judaisation des peuples chrétiens y* su autor era Gougenot des Mousseaux. La obra partía de la base de que la cábala era una doctrina secreta transmitida a través de colectivos como la secta de los Asesinos, los templarios o los masones pero cuyos jerarcas principales eran judíos.

Además de semejante dislate —que pone de manifiesto una ignorancia absoluta de lo que es la cábala—, en la obra se afirmaba, igual que en la Edad Media, que los judíos eran culpables de crímenes rituales, que adoraban a Satanás —cuyos símbolos eran el falo y la serpiente— y que

sus ceremonias incluían orgías sexuales. Por supuesto, su meta era entregar el poder mundial al Anticristo para lo que fomentarían una cooperación internacional en virtud de la cual todos disfrutaran abundantemente de los bienes terrenales, circunstancias estas que, a juicio del católico Gougenot des Mousseaux, al parecer sólo podían ser diabólicas.

Pese a lo absurdo de la obra, no sólo disfrutaría de una amplia difusión sino que además inspiraría la aparición de panfletos similares generalmente nacidos de la pluma de sacerdotes. Tal fue el caso de *Les FrancMaa ons et les Juifi: Sixiéme Age de l'Eglise d'aprés l'Apocalypse* (1881) del abate Chabauty, canónigo honorario de Poitiers y Angulema, donde aparecen dos documentos falsos que se denominarían *Carta de los judíos de Arles* —de España, en algunas versiones— y *Contestación de los judíos de Constantinopla.*

Tanto la obra de Chabauty como la de Gougenot de Mousseaux serían objeto de un extenso plagio —a menos que podamos denominar de otra manera al hecho de copiar ampliamente secciones enteras sin citar la procedencia— por parte del antisemita francés Edouard Drumond, cuyo libro *La France juive* (1886), demostraría ser un poderoso acicate a la hora de convertir en Francia el antisemitismo en una fuerza política de primer orden.

El único país donde, por aquel entonces, el antisemitismo resultaba más acentuado que en Francia y Alemania, y donde, dicho sea de paso, se originaría el plan que culminaría en los *Protocolos,* era Rusia. Las condiciones de vida de los judíos bajo el gobierno de los zares se han calificado de auténticamente terribles, pero la cuestión es digna de considerables matizaciones, ya que no fueron pocos los que progresaron de manera considerable y llegaron a escalar socialmente puestos que les estaban vedados en países limítrofes al Imperio zarista. Sin embargo, tras el asesinato de Alejandro II y el acceso al trono de Alejandro III empeoraron en parte siquiera porque no eran pocos los judíos —generalmente jóvenes idealistas de familias acomodadas— que

participaron en grupos terroristas de carácter antizarista y, en parte, porque los revolucionarios recurrieron al antisemitismo en no pocas ocasiones como forma de obtener un ascendente sobre el pueblo. Así, a un antisemitismo instrumental de izquierdas —del que participaron no pocos judíos filorrevolucionarios— se sumó otro popular que abominaba de la subversión y que estallaba ocasionalmente en pogromos. Tal situación iba acompañada de la propaganda antisemita. Fue ésta una floración libresca pletórica de odio, mala fe e ignorancia, que se extendió desde el *Libro del Kahal* (1869) de Jacob Brafman, editado con ayuda oficial, y en el que se pretendía que los judíos tenían un plan para eliminar la competencia comercial en todas las ciudades, hasta los tres volúmenes de *El Talmud y los judíos* (1879-1880) de Lutostansky, obra en que el autor demostraba ignorar lo que era el Talmud y además introducía en Rusia el mito de la conjura judeomasónica.

No obstante, es posible que la obra de mayor influencia de este período fuera *La conquista del mundo por los judíos* (7.a ed., 1875) escrita por Osman-Bey, seudónimo de un estafador cuyo nombre era Millinger. El aventurero captó fácilmente la paranoia antisemita que existía en ciertos segmentos de la sociedad rusa y la aprovechó en beneficio propio. Su panfleto sostenía que existía una conjura judía mundial cuyo objetivo primario era derrocar la actual monarquía zarista. De hecho, sirviéndose de semejantes afirmaciones, el 3 de septiembre de 1881 salía de San Petersburgo con destino a París, provisto del dinero que le había entregado la policía política rusa, con la misión de investigar los planes conspirativos de la Alianza Israelita Universal que tenía su sede en esta última ciudad. Pasando por alto, como lo harían muchos otros, que este organismo sólo tiene fines filantrópicos, Millinger afirmó que se había hecho con documentos que lo relacionaban con grupos terroristas que deseaban derrocar el zarismo.

En 1886 se editaban en Berna sus *Enthüllungen über die Ermordung Alexanders II* (Revelaciones acerca del asesinato de Alejandro II). Con el nuevo panfleto quedaba completo el cuadro iniciado con *La conquista…* No

sólo se afirmaba la tesis del peligro judío sino que además se indicaba ya claramente el camino a seguir para alcanzar la «Edad de Oro». Primero, había que expulsar a los judíos basándose en «el principio de las nacionalidades y de las razas». Un buen lugar para enviarlos sería África. Pero tales acciones sólo podían contemplarse como medidas parciales. En realidad, sólo cabía una solución para acabar con el supuesto peligro judío: «La única manera de destruir la Alianza Israelita Universal es a través del exterminio total de la raza judía». El camino para la aparición de los *Protocolos* —y para realidades aún más trágicas— quedaba ya más que trazado. Del 26 de agosto al 7 de septiembre de 1903 se publicaba en el periódico de San Petersburgo *Znamya* (La Bandera) la primera edición de los *Protocolos,* bajo el título de *Programa para la conquista del Mundo por los judíos.* El panfleto encajaba como un guante en el medio, ya que el mismo estaba dirigido por P. A. Krushevan, un furibundo antisemita que había sido un personaje clave en el desencadenamiento del pogromo de Kishiniov. Krushevan afirmó que la obra —cuyo final aparecía algo abreviado— era la traducción de un documento original aparecido en Francia.

En 1905, el texto volvía a editarse en San Petersburgo en forma de folleto y con el título de *La raíz de nuestros problemas* a impulsos de G. V. Butmi, un amigo y socio de Krushevan. En enero de 1906, el panfleto era reeditado por la citada organización con el mismo título que le había dado Butmi e incluso bajo su nombre. Sin embargo, se le añadía un subtítulo que, en forma abreviada, haría fortuna: «Protocolos extraídos de los archivos secretos de la Cancillería Central de Sión (donde se halla la raíz del actual desorden de la sociedad en Europa en general y en Rusia en particular)».

Las ediciones mencionadas tenían una finalidad masivamente propagandística y consistieron en folletos económicos destinados a todos los segmentos sociales. Pero en 1905 los *Protocolos* aparecían incluidos en una obra de Serguei Nilus titulada *Lo grande en lo pequeño. El Anticristo considerado como una posibilidad política inminente.* El libro de Nilus ya

había sido editado en 1901 y 1903, pero sin los *Protocolos.* Eri esta nueva edición se incluyeron con la intención de influir de manera decisiva en el ánimo del zar Nicolás II.

La reedición de Nilus contaba con algunas circunstancias que, presumiblemente, deberían haberle proporcionado un éxito impresionante. Así, el metropolitano de Moscú llegó incluso a ordenar que en las 368 iglesias de la ciudad se leyera un sermón en el que se citaba esta versión de los *Protocolos.* Inicialmente, no resultó claro si prevalecería la versión de Butmi o la de Nilus. Finalmente, sería esta última reeditada con ligeras variantes y bajo el título de *Está cerca, a la puerta… Llega el Anticristo y el reino del Diablo en la Tierra* la que llegaría a consagrarse. El motivo de su éxito estaría claramente vinculado a haberse publicado una vez más en 1917, el año de la Revolución rusa.

El texto de Nilus está dividido en 24 supuestos protocolos en los que, realmente, se intenta demostrar la bondad del régimen autocrático —obviamente el zarista— y la perversidad de las reformas liberales. Como justificación última de semejante discurso político se aduce la existencia de un plan de dominio mundial desarrollado por los judíos.

Así, el panfleto deja claramente establecido el supuesto absurdo del sistema liberal, ya que la idea de libertad política no sólo resulta irreal sino que además sólo puede tener desastrosas consecuencias:

> La «libertad política» no es una realidad, sino una simple idea (1, 5).
>
> La idea de la libertad no puede realizarse porque nadie sabe hacer de ella el uso adecuado. Basta con permitir que el pueblo se gobierne durante un período breve de tiempo para que la administración se transforme al poco en desenfreno… los estados arden en llamas y toda su grandeza se viene abajo convertida en cenizas (1, 6).

La razón fundamental que aduce Nilus, por boca de los supuestos conspiradores judíos, es similar a la esgrimida por otros antidemócratas anteriores y posteriores. Es absurda la libertad, ya que la gente del pueblo no puede llegar a comprender lo que es la política:

> Los miembros de la plebe que han salido del pueblo, por más dotados que estén, al no comprender la alta política no pueden guiar a la masa sin despeñar a toda la nación en la ruina (1, 18).

Si la idea de libertad política podía ser relativamente tolerada, esto se debería a algunas condiciones previas. Primero, su sumisión al poder clerical; segundo, la exclusión de los enfrentamientos sociales y, tercero, la eliminación de la búsqueda de reformas. En resumen, puede ser aceptable si no afecta en absoluto el sistema autocrático:

> La libertad podría ser inofensiva y darse sin peligro para el bienestar de los pueblos en los estados si se basase en la fe en Dios y en la fraternidad de los seres humanos y se alejase de la idea de igualdad, que está en contradicción con las leyes de la Creación… (4, 3).

Sin embargo, la libertad no ha discurrido por los cauces deseados por Nilus y puestos en boca de los presuntos conspiradores judíos. El resultado ha sido por ello especialmente peligroso y ha degenerado en la mayor de las aberraciones posibles, la corrupción de la sangre:

> Después de haber instalado en el órgano estatal el «veneno del liberalismo», toda su condición política ha sufrido una metamorfosis; los estados han sido atacados por una dolencia mortal, «la corrupción de la sangre»; sólo hace falta esperar el final de su agonía. Del liberalismo han surgido los estados constitucionales que han sustituido a la autocracia, único gobierno útil a los no-judíos (10, 11-12).

Las afirmaciones relativas a lo nocivo de la libertad política tienen, lógicamente, en esta obra un reverso diáfano consistente en alabar las supuestas virtudes de la autocracia. Ésta —sea la política de los zares o la religiosa de los papas— constituye, según los *Protocolos,* el único valladar contra el peligro judío:

> La autocracia de los zares rusos fue nuestro único enemigo en todo el mundo junto con el papado (15, 5).

Precisamente por eso, el poder del autócrata debe tener para ser efectivo un tinte innegable de cinismo, de maquiavelismo, de pura hipocresía utilitarista:

> La política no tiene nada que ver con la moral.

Un soberano que se deja guiar por la moral no actúa políticamente y su poder descansa sobre frágiles apoyos.

> El que quiera reinar debe utilizar la astucia y la hipocresía (1, 12).

Sin embargo, tal actitud no debe causar malestar ni ser objeto de censura. Está más que justificada por el hecho de que la autocracia es la única forma sensata de gobierno y la única manera de crear y mantener en pie la civilización, algo que nunca puede emanar de las masas:

> Solamente una personalidad educada desde la juventud para la autocracia puede entender las palabras que forman el alfabeto político (1, 19).
>
> […] Sin despotismo absoluto no hay civilización; ésta no es obra de las masas sino sólo de su guía, sea quien fuere (1, 21).

Naturalmente, el modelo autocrático no se sustenta sólo sobre la figura del soberano sino sobre otros pilares del sistema. Los *Protocolos* contienen, por lo tanto, loas a estos estamentos concretos que se sitúan en labios de los supuestos conspiradores judíos. El primero de ellos es la nobleza:

> […] el triunfo más importante […] es acabar con los «privilegios», que son indispensables para la vida de la «nobleza no-judía» y la única protección que las naciones tienen frente a nosotros (1, 30).

Obviamente, la aristocracia es presentada en términos ideales y, dicho sea de paso, radicalmente falsos desde una perspectiva histórica. Así se afirma que es la protectora de las clases populares y que comparte sus mismos intereses:

> Bajo nuestra dirección fue «aniquilada la nobleza», que es la protectora natural y la madre nutricia del pueblo, y cuyos intereses están unidos inseparablemente del bienestar del pueblo […] La nobleza, que conforme a un derecho legal exigía la fuerza de trabajo de los trabajadores, estaba interesada en que los trabajadores estuvieran bien alimentados, sanos y fuertes (3, 6 y 8).

Obviamente, el otro estamento que debe colaborar —y al que se retrata de nuevo en términos excesivamente positivos— es el clero que en Rusia llegó a extremos de cesaropapismo extraordinarios:

> Controlado por su fe, el pueblo avanzaría bajo la tutela de su clero, pacífica y modestamente de la mano de sus pastores espirituales.

Frente al panorama idealizado de la autocracia, sustentada por la nobleza y el clero, Nilus opone el retrato de una supuesta conjura mundial tras la que se encuentran los judíos.

Estos, en teoría, se hallarían ya muy cerca de la conquista del poder:

> […] hoy estamos sólo a unos pocos pasos de nuestra meta. Sólo un tramo breve y el círculo «de la serpiente simbólica», el símbolo de nuestro pueblo se cerrará. Y una vez que se cierre el círculo, todos los estados de Europa quedarán apresados en él como dentro de un torno (3, 1).

Siguiendo un patrón multisecular, Nilus presenta como base del poder judío el dominio económico, dato no sólo falso sino sangrante si tenemos en cuenta la situación miserable de los judíos de la Rusia de la época:

> Toda la maquinaria de gobierno depende de un motor que está en nuestras manos y es el oro (5, 8).

La conjura, obviamente, se manifiesta en una serie de acciones moralmente perversas desencadenadas por los judíos. La primera es, naturalmente, intentar contaminar con su materialismo a los que no son como ellos:

> Para no dejar tiempo a los no-judíos para la reflexión y la observación, debemos «apartar sus pensamientos hacia el comercio y la industria» (4, 4).

Pero eso es sólo el comienzo. Según los *Protocolos* de Nilus, para que los judíos dominen el mundo se entregan a una serie de actividades simultáneas que desafían la imaginación más delirante. A ellos se les atribuye potenciar la idea de un «gobierno internacional» (5, 18); crear «monopolios» (6, 1); apoyarse en las «logias masónicas» (15, 13) —¡de nuevo la tesis de la conjura judeomasónica!—; fomentar «el incremento de los armamentos y de la policía» (7, 1); provocar una «guerra general», «idiotizar y corromper a la juventud de los no-judíos» (9, 12); aniquilar «la familia» (10, 6); «distraer a las masas con diversiones, juegos, pasatiempos, pasiones» (13, 4); eliminar «la libertad de enseñanza» (16,

7), e incluso «destruir todas las otras religiones» (14, 1). En suma, no hay nada que repugne a la mente autocrática de Nilus que no se deba atribuir a los judíos.

En esa paranoia que ve la mano judía detrás de todo lo inaceptable —¿por qué debía ser que el pueblo no se divirtiera sin más?— llega en algunos casos hasta el retorcimiento más absoluto o el ridículo más absurdo.

Así queda de manifiesto al afirmar que los no-judíos padecen «las enfermedades que les causamos (los judíos) mediante la inoculación de bacilos» (10, 25) o al atribuirla construcción del metro a turbias intenciones políticas:

> Pronto se habrán construido en todas las capitales «trenes subterráneos»; partiendo de los mismos volaremos por los aires todas las ciudades junto con todas sus instalaciones y documentos (9, 14).

Al final, los judíos conseguirán mediante semejantes artimañas su meta final:

> El «Rey de Israel» será el patriarca del mundo cuando se ciña en la cabeza santificada la corona que le ofrecerá toda Europa (15, 30).

Los últimos *Protocolos* están dedicados presuntamente a pergeñar una descripción de cómo deberá gobernar mundialmente el rey de Israel. En realidad, son una descripción de la monarquía autocrática ideal según Nilus. En la misma, el monarca ideal deberá evitar «los "impuestos" demasiado elevados» (20, 2) para evitar sembrar la semilla de la revolución (20, 5); introducirá reformas como la creación de un impuesto progresivo de timbres (20, 12), de un fondo de reservas (20, 14), de un tribunal de cuentas (20, 17) y de un patrón basado en la fuerza de trabajo (20, 24); y llevará a cabo una serie de medidas económicas como la restricción de los artículos de lujo (23, 1), el fomento del trabajo artesanal (23, 2) y de la pequeña industria (23, 3) o el castigo del alcoholismo (23, 4).

La verdadera intencionalidad del panfleto de Nilus, una defensa de la autocracia nobiliaria y antisemita, sus aspectos más ridículos y el carácter

espúreo de la composición permitieron desde el principio intuir el carácter falso y fraudulento de su contenido. Sin embargo, su fuente de inspiración tardaría en ser descubierta algunos años. Los días 16, 17 y 18 de agosto de 1921, el *Times* publicaba un despacho del corresponsal en Constantinopla, Philip Graves, en el que se revelaba la fuente auténtica de los *Protocolos.*

Éstos no eran sino un plagio de un folleto dirigido contra Napoleón III, publicado originalmente en 1865. Graves señalaba cómo un ruso, al que denominaba Mr. X, le había entregado incluso una copia del libro del que se habían plagiado los *Protocolos.* «Como ya he dicho, antes de recibir el libro de Mr. X tenía sentimientos de incredulidad. No creía que los *Protocolos* de Serge Nilus fueran auténticos. Pero de no haberlo visto, no hubiera podido creer que el autor del que Nilus tomó el original fuera un plagiario sin cuidado ni vergüenza. El libro de Ginebra es un ataque apenas disfrazado contra el despotismo de Napoleón III, en forma de una serie de 25 diálogos E…] entre Montesquieu y Maquiavelo […].»

Efectivamente, Graves había dado en el clavo. De hecho, antes de publicar sus informaciones, el *Times* había realizado una investigación en el Museo Británico, fruto de la cual fue el hallazgo de un libro, editado no en Ginebra sino en Bruselas en 1864, titulado *Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu* y obra de un abogado francés llamado Maurice Joly. La obra era una crítica al régimen de Napoleón III que utilizaba como vehículo un diálogo entre Montesquieu, defensor del liberalismo, y Maquiavelo, paladín de un despotismo cínico que era similar al gobierno imperial. Pese a lo ingenioso del artificio, la policía francesa detuvo a Joly que, juzgado el 25 de abril de 1865, fue condenado a quince meses de prisión. En cuanto al libro, fue prohibido. Prohibido… pero no eliminado. De hecho, hay cerca de doscientos pasajes de los *Protocolos* copiados de la obra de Joly. La proporción del material copiado varía según cada protocolo. En algunos casos, por ejemplo el protocolo séptimo, casi todo el texto es un plagio, en otros nueve supera la mitad, etc. Hoy en día no cabe la menor duda —salvo a los que siguen deseando mover el espantajo de la conjura judía para llevar a cabo sus propios planes políticos como es el

caso de los islamistas— de que los *Protocolos* son un fraude absoluto. Al dato documental pronto se unirían las confesiones de los partícipes en el fraude. Henri Bint, un alsaciano que desde 1880 había estado al servicio de la policía secreta rusa, confesó, en el curso de una investigación judicial, que los *Protocolos* habían surgido como respuesta a órdenes emanadas de Piotr Ivanovich Rachkovsky, jefe de la organización.

Su testimonio fue confirmado por el conocido periodista Vladimir Burtsev. Rachkovsky fue un personaje absolutamente novelesco entre cuyas creaciones figuró la de la organización antisemita Unión del Pueblo ruso, que distribuiría con auténtico tesón los *Protocolos.* Éstos se idearon alguna fecha situada entre 1894 y 1899, su país de origen material fue Francia (en medio del ardor provocado por el «affaire Dreyfus»), aunque la falsificación se debió claramente a la mano de un ruso y estaba destinada a ser utilizada por la extrema derecha rusa. Originalmente, el documento pretendía una finalidad similar a la del *Diálogo…* del que estaba plagiado: dañar a un gobernante que, en el caso ruso, era el ministro ruso, modernizador y reformista, Witte, al que se tenía la intención de presentar como un instrumento del poder judío en la sombra. Sólo con posterioridad Rachkovsky concibió la idea de convertirlo de manera preeminente en un panfleto antisemita. La versión de Nilus es la que más se aproxima al primer texto de la falsificación —aunque no fue el primero en publicarla—, pero sigue sin estar claro cómo cayó en sus manos.

El mismo personaje de Nilus no deja de tener un cierto interés y, en buena medida, puede decirse que se trataba del sujeto ideal para difundir el fraude de los *Protocolos.* Nihilista admirador de Nietzsche en una primera época, vivió plácidamente con su amante en Biarritz hasta que se arruinó.

Aquella desgracia marcó un punto de inflexión en su vida. Se convirtió en cristiano ortodoxo y en defensor de la autocracia zarista. A esto unió un rechazo frontal por la civilización contemporánea y por el racionalismo. No parece haberle costado mucho llegar a la conclusión de que estaba dotado de virtudes místicas y de una misión salvífica, misión centrada en oponerse

a una supuesta conjura judía de carácter universal. En ésta sí parece que creía… pero no en los *Protocolos.* El testimonio de una de las personas que más intimó con él, Du Chayla, nos proporciona unos datos muy interesantes al respecto.

Aunque Nilus pensaba que los *Protocolos* podían ser falsos, argumentaba que semejante circunstancia no invalidaba la tesis de una conjura universal judía. Merece la pena reproducir el relato de una conversación entre Nilus y Du Chayla recogida por este último. Ante la pregunta de Du Chayla sobre lo dudoso del texto, Nilus contestó:

> ¿Sabe usted cuál es mi cita favorita de san Pablo? La fuerza de Dios actúa a través de la flaqueza humana. Reconozcamos que los *Protocolos* son falsos. Pero ¿no puede Dios usarlos para desenmascarar la maldad que se está preparando? ¿No profetizó la burra de Balaam? ¿No puede Dios, por nuestra fe, transformar la osamenta de un perro en reliquias que realicen milagros? ¡De la misma manera puede colocar el anuncio de la verdad en una boca mentirosa!

No fue el único en Rusia, aparte de sus forjadores, que supo que eran falsos. Ante la impresión que el escrito produjo en el zar Nicolás II cuando accedió a su lectura, el ministro ruso del Interior, Stolypin, encargó a Martinov y Vassiliev, dos oficiales de la gendarmería, una investigación secreta sobre los orígenes de los *Protocolos.* El resultado de la misma no pudo resultar más claro. La obra era una falsificación. Stolypin entregó el informe al zar, que decidió abandonar su uso por esa causa: «Abandonemos los *Protocolos.* No se puede defender una causa noble con métodos sucios», reconocería el soberano. Posiblemente, el libro habría caído en el olvido — el propio Nilus se quejaba de su falta de eco— de no haber sido por el estallido de la Revolución de *1917.* A partir de ese entonces, el ridículo panfleto fue contemplado por muchos como una profecía. Entre los ejércitos blancos que combatieron a los bolcheviques, los *Protocolos* conocieron asimismo una enorme popularidad. De hecho, el almirante blanco Kolchak estaba literalmente obsesionado por ellos e incluso se realizó una versión abreviada para uso de todos los oficiales y suboficiales del ejército blanco.

Además, el denominado *Documento Zunder* que vinculaba la

Revolución rusa a los judíos fue considerado como una confirmación de la veracidad de los asertos contenidos en el panfleto. Sin embargo, el fenómeno no quedaría limitado a Rusia. Para enero de *1918,* antes incluso de la derrota en la primera guerra mundial, comenzaron a aparecer en Alemania escritos en que se defendía la tesis de la conspiración antisemita como una variación del *Discurso del rabino.* A partir de *1919,* el fenómeno experimentó un auge espectacular siendo incluso apoyado por algunos miembros de la caída dinastía de los Hohenzollern. En calidad de frutos de la conspiración judía mundial se presentaban tanto la revolución bolchevique como la derrota de las potencias centrales en la Gran Guerra.

Al igual que había sucedido en Rusia, algunos de los propaladores —en este caso el antiguo káiser y el general Ludendorf— creían en la veracidad de la obra. Otros —como el conde Ernst zu Reventlow, que acabaría siendo miembro del partido nazi— eran conscientes de su falsedad y se limitaban a aprovecharse de ella.

En 1919 ya existía media docena de organizaciones consagradas a hacer propaganda de la obra, y a partir de 1920, la misma hacía furor en Alemania atreviéndose pocos —como el hebraísta Strack— a enfrentarse con ella. En sus páginas se podía hallar una explicación —delirante pero íntimamente tranquilizadora— que arrojaba todas las culpas de los padecimientos del pueblo alemán no sobre sus clases gobernantes, sobre el imperialismo militar o sobre la dinastía de los Hohenzollern. Las responsabilidades eran transferidas, agradablemente, sobre un chivo expiatorio con precedentes no sólo en la historia alemana sino en la de toda Europa. Sin percibirlo, al prestar oído a las burdas falacias de los *Protocolos,* millones de alemanes no revisaban convenientemente su historia y se aprestaban para repetirla esta vez descargando sus propias responsabilidades en millones de inocentes. Para cuando Hitler llegó al poder en 1933, el libro había alcanzado más de una treintena de ediciones. En Polonia provocó incluso una reacción favorable de parte de la jerarquía católica y tuvo, entre otros efectos, la redacción de un llamamiento firmado por dos cardenales, dos arzobispos y dos obispos en contra del

bolchevismo que no sólo estaba dirigido, según ellos, por los judíos sino que era «la encarnación y la consagración del espíritu del Anticristo en la Tierra».

Semejante dislate —para empezar, la aplastante mayoría de los judíos polacos era antibolchevique— tendría un efecto de no escasa envergadura en millones de católicos no sólo de Polonia sino de todo el mundo. El fenómeno, sin embargo, no se limitó a las naciones que habían sido objeto de la derrota en la Gran Guerra o que habían padecido revueltas comunistas. Así, desde 1918 habían aparecido en Gran Bretaña algunas obras antisemitas que volvían sobre el tópico de la conspiración. Finalmente, a inicios de 1920 los *Protocolos* aparecieron publicados con el título de *The Jewish Peril* (El peligro judío). El 8 de mayo de ese año el *Times* cuestionaba la autenticidad de los documentos pero dejando entrever que podría no tratarse de una falsificación. Sin embargo, la marea duró poco. En agosto de 1921, este mismo periódico publicó durante tres días consecutivos un reportaje —al que ya hemos hecho referencia con anterioridad— en el que se demostraba que los *Protocolos* no pasaban de ser un plagio aderezado. Con ello, la popularidad de la obra tocaba, sensatamente, a su fin.

En Estados Unidos, la situación fue ligeramente distinta. Durante 1920, el *Dearborn Independent,* un periódico propiedad del industrial Henry Ford, publicó una serie de artículos que darían lugar al libro antisemita conocido como *The International Jew: the World's Foremost Problem* (El judío internacional: el problema principal del mundo). Los artículos —y posterior libro— de Ford —aunque en realidad no fue él quien lo escribió sino un alemán residente en Estados Unidos llamado August Müller y un refugiado ruso de nombre Boris Brasol, que después colaboraría con los nazis— estaban plagados de dislates como el de atribuir a Lenin unos hijos que no tuvo afirmando que hablaba con ellos en yiddish, pero tuvieron un enorme impacto a la hora de popularizar los *Protocolos* que eran interpretados al estilo alemán.

Naturalmente, la actitud de Ford —que volvió a referirse al tema de la conspiración judía mundial en dos libros publicados en *1922*— despertó la codicia de los aprovechados que se ofrecieron a darle más pruebas de la supuesta conjura, así como la oposición de la gente sensata, fuera o no judía. Entre los opositores a las tesis de Ford ocupó un lugar de importancia Herman Bernstein, un diplomático estadounidense, cuya obra *History of a Lie* (Historia de una mentira) aparecida en *1921* es uno de los primeros estudios rigurosos sobre la falsificación en la que se sustentaban los *Protocolos.* No se limitó a eso el papel de Bernstein, sino que llegó a presentar una querella por libelo contra Ford. Finalmente, en junio de *1927* el industrial se retractaba en una carta dirigida a Louis Marshall, presidente del Comité Judío de Estados Unidos, negando toda responsabilidad en los artículos del *Dearborn Independent y* en *El judío internacional.* Se retractaba asimismo de las acusaciones contenidas en ambos y adquiría el compromiso de retirar la obra de la circulación. Sin embargo, tal paso poco podía hacer para remediar el daño causado. El mismo Hitler tuvo durante años un retrato de Ford en su escritorio, manifestó su satisfacción al saber que el industrial se presentaba a la presidencia americana en *1923 y,* cuando llegó al poder lo condecoró.

En Francia, otra de las potencias vencedoras de la Gran Guerra, los *Protocolos* iban a tener un éxito duradero. En *1920,* las publicaciones relacionadas con la derechista Acción Francesa publicaron reseñas de la obra y durante el verano aparecieron tres traducciones íntegras de la misma, una de ellas debida a monseñor Jouin, párroco de la iglesia de San Agustín en París.

En Italia, Giovanni Preziosi —afecto desde *1916* a la teoría de la conspiración— publicó la primera traducción de los *Protocolos* al italiano en *1921.* Preziosi demostró una capacidad premonitoria extraordinaria, ya que en agosto de *1922,* su revista, *La vita italiana,* publicaba un artículo titulado «Los judíos, pasión y resurrección de Alemania (Pensamientos de un alemán)» que, aunque firmado con el seudónimo «Un bávaro», se debía a un sujeto, entonces anónimo, llamado Adolf Hitler. Preziosi fue

además el único publicista italiano que desde el primer momento apoyó a Hitler y al nazismo.

La tarea antisemita de Preziosi no tuvo mucho éxito hasta que en *1938* Mussolini, para cimentar mejor su alianza con la Alemania hitleriana, dio comienzo a una campaña antisemita y lo nombró ministro de Estado. Además en *1935,* el proceso dejó establecido que los *Protocolos* eran, efectivamente, un plagio del libro de Joly. El mismo Hitler no creía en la autenticidad del texto, tal y como publicaría en *1939* su antiguo amigo Rauschning, pero semejante circunstancia no le apartó de considerarlo útil en su campaña antisemita:

—¿No cree usted —objeté— que atribuye demasiada importancia a los judíos?

—¡No, no, no! —exclamó Hitler—. Resulta imposible exagerar la calidad formidable del judío como enemigo.

—Pero —dije—, los *Protocolos* son una evidente falsificación… Me resulta obvio que no pueden ser auténticos.

—¿Por qué no? —gruñó Hitler.

Le importaba un pito, dijo, que el libro fuera históricamente cierto. Si no lo era, su verdad intrínseca le parecía aún más convincente…

En marzo de 1940, el hijo de Nilus le diría a Rosenberg, uno de los ideólogos principales del movimiento nazi: «Soy el hijo único de S. A. Nilus, el descubridor de los *Protocolos de los sabios de Sión.* Ni puedo ni debo permanecer indiferente en estos tiempos en que está juego el destino de todo el mundo ario. Creo que la victoria de ese genio que es el Führer liberará también a mi pobre país […] he hecho todo lo posible para ganarme el derecho a participar de manera activa en la liquidación del veneno judío 1…].»

Que semejante afirmación, además de disparatada fuera homicida carecía de importancia. En el fondo, como sucede con la utilización islámica contemporánea de los *Protocolos,* lo que tenemos enfrente no es la prueba de una absurda conjura judía mundial sino la utilización de un instrumento propagandístico que permitiría llevar a cabo con mayor eficacia una política antisemita que sólo se sentiría satisfecha con la eliminación de todos los judíos.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

A pesar de que los *Protocolos de los sabios de Sión* siguen siendo utilizados por la propaganda nazi, árabe y pro-palestina —recientemente han servido para dar base a una serie antisemita de culebrones que se ha emitido en la práctica totalidad del mundo árabe—, lo cierto es que su carácter fraudulento ha sido expuesto con acentuada solidez en repetidas ocasiones. Contribuí a esa tarea que ya es más ética que histórica en un capítulo de mi libro *Los incubadores de la serpiente: Orígenes ideológicos del Holocausto,* Madrid, 1997. Con todo, los mejores estudios han sido monografías de enorme calidad como la de Norman Cohn, titulada *El mito de la conspiración judía mundial* Madrid, 1983. Un análisis extraordinariamente interesante de las relaciones de los zares con los judíos se halla en Alieksandr Solzhenitsyn, *Dos siglos juntos: judíos y rusos antes de la revolución, Moscú,* 2001.

16

¿Quién utilizó por primera vez el gas para exterminar poblaciones civiles?

El uso del gas con la intención de exterminar masas de civiles está vinculado en la mente de millones de personas a las cámaras nazis y a campos de la muerte como Auschwitz, Treblinka o Sobibor. Sin embargo, como en tantas ocasiones, la impresión popular no se corresponde con la realidad histórica porque, en realidad, ¿quién utilizó por primera vez el gas para exterminar poblaciones civiles?

El uso del gas con fines letales es relativamente reciente en términos históricos. Durante la segunda batalla de Ypres —del 22 de abril al 25 de mayo de 1915— librada en el curso de la primera guerra mundial se produjo la primera utilización del mismo con fines militares, Se debió a las fuerzas alemanas y el gas utilizado fue el clorhídrico asfixiante. No puede decirse que el gas tuviera un peso decisivo en la batalla, ya que tras cinco

semanas de lucha, los alemanes tuvieron que poner fin a la ofensiva con no menos de treinta y cinco mil bajas. Sin embargo, a partir de ese momento, el gas desempeñó un papel considerable dentro de la panoplia de ambos ejércitos y ciertamente segó decenas de miles de vidas. Así, por ejemplo, durante la segunda batalla de Ypres o Passchendaele —del 31 de julio al 10 de noviembre de 1917—, los alemanes recurrieron al uso del gas mostaza con terribles consecuencias para sus enemigos británicos. Con todo, el recurso al gas no implicó un incremento cualitativo de las posibilidades de victoria. A decir verdad, si finalmente los aliados se alzaron con ella se debió a un empleo masivo de materiales convencionales entre los que el gas apenas tuvo peso.

El recuerdo del gas pesaría espantosamente en la mente de los antiguos combatientes hasta el punto de que durante la siguiente conflagración mundial se evitaría su uso precisamente para evitar que el adversario recurriera al mismo. Con todo, el horror de las batallas de Ypres o del Somme quedaría totalmente opacado por el uso que se haría del gas no para acabar con tropas enemigas sino con poblaciones civiles e indefensas.

Semejante recurso fue muy primitivo y vino de la mano de una ideología —la bolchevique— que se consideraba totalmente legitimada para exterminar a segmentos enteros de la población para conseguir sus fines. Como el propio Lenin reconocería, vez tras vez, el socialismo sólo podría asentarse mediante el denominado «terror de masas» y, desde el golpe de octubre de 1917, el dirigente bolchevique se aplicó en llevar a la práctica semejante postulado. Su orden de 26 de junio de 1918, por ejemplo, convirtió los campos —junto con los fusilamientos masivos e indiscriminados— en una parte esencial de ese terror adelantándose a Hitler en década y media. Algo muy similar sucedió con el gas.

En contra de lo sustentado por la propaganda de izquierdas, la mayor resistencia contra Lenin y sus seguidores no procedió de las clases altas ni tampoco de la burguesía sino de sectores de la población de extracción muy humilde. Entre ellos ocuparon un papel especialmente relevante los

campesinos. Lejos de considerar que el bolchevismo fuera un adelanto social, en su inmensa mayoría opinaban que no era sino una forma de despojo del fruto de su trabajo mucho más despótica que la vivida bajo los zares y llevada a cabo por gente que ignoraba totalmente en qué consistía la vida rural. Los intentos de imponer el bolchevismo en el agro tuvieron, pues, como consecuencia directa el desencadenamiento de revueltas no pocas veces desesperadas. Lenin intentó quebrantar en primer lugar la resistencia campesina recurriendo a medidas represivas de carácter policial, pero no tardó en comprobar que sería precisa la intervención del Ejército Rojo para liquidar los focos rebeldes. Sin embargo, para sorpresa suya, ni siquiera unas tropas dotadas de armamento moderno lograron imponerse, en parte, por el apoyo que la población prestaba a los sublevados y, en parte, por la propia geografía rusa que propiciaba la huida y guarecimiento de los mismos en zonas boscosas. Al cabo de unos meses, no eran sólo combatientes sino poblaciones enteras las que buscaban abrigo en los bosques. ¿Cómo se podía hacer frente a esa resistencia?

Lenin llegó a la conclusión de que exterminándola, en el sentido más literal, y que para ello la utilización del gas podía constituir un instrumento privilegiado.

El 27 de abril de 1921, el Politburó presidido por Lenin nombró a Tujachevsky comandante en jefe de la región de Tambov con órdenes de acabar con la revuelta campesina en un mes y de informar semanalmente de los progresos conseguidos. Sin embargo, Tujashevsky no logró el éxito rápido que ansiaba Lenin a pesar de contar con más de cincuenta mil soldados a su disposición. Entonces, el 12 de junio de 1921 dictó órdenes en las que establecía el uso de gas para acabar con las poblaciones escondidas en el bosque. En la orden en cuestión se indicaba que «debe hacerse un cálculo cuidadoso para asegurar que la nube de gas asfixiante se extienda a través del bosque y extermine todo lo que se oculte allí». A continuación se estipulaba que debía entregarse «el número necesario de bombas de gas y los especialistas necesarios en las localidades».

Los fusilamientos en masa, las deportaciones indiscriminadas y el uso del gas contra poblaciones civiles acabaron con la rebelión de Tambov en mayo de 1922, es decir, más de un año después de la designación de Tujachevsky. Aún faltaba un lustro para que Hitler mencionara en *Mein Kampf* la posibilidad de utilizar el gas venenoso para matar a «unos millares de judíos» y casi dos décadas para Auschwitz.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La utilización del gas por parte de los bolcheviques para exterminar a poblaciones civiles que se resistían a su programa de colectivización ha sido durante décadas uno de los secretos mejor guardados de entre el amplio panorama de atrocidades comunistas. De hecho, hubo que esperar a que se levantara el control que existía sobre los archivos de la extinta URSS para que se descorriera el velo que ocultaba la verdad histórica.

La primera referencia rusa al uso del gas fue reproducida ya en los años noventa del siglo pasado por Dmitri Volkogonov en su biografía de Lenin (Anaya-Muchnik publicó una versión resumida de la misma).

En esa misma década publiqué, por primera vez en castellano, una amplia documentación sobre el Terror bolchevique a partir de los documentos recientemente desclasificados en *La ocasión perdida,* Barcelona, 1997. De especial interés también es la documentación contenida en VV AA, *El libro negro del comunismo,* Madrid y Barcelona, 1998.

De notable importancia en la historia de la represión sufrida en la URSS son los análisis recientes realizados en relación con el campesinado. Efectivamente, fueron los humildes agricultores los que se opusieron con mayor decisión a los bolcheviques en una lucha que ha sido silenciada precisamente porque la dictadura comunista tenía interés en negar la resistencia popular contra sus medidas.

De entre las obras sobre el tema, la más interesante a nuestro juicio es la de Vladimir N. Brovkin, *Behind the Front Lines of the Civil War. Political Parties and Social Movements in Russia, 1918-1922,* Princeton, 1994.

17

¿Por qué fracasó el alzamiento de julio de 1936 en Barcelona y Madrid?

El 18 de julio de 1936, el alzamiento de un grupo de militares contra el gobierno del frente popular parecía destinado a triunfar en toda regla. Sin embargo, en apenas unas horas cosechó dos sonoros fracasos en Barcelona y Madrid. La propaganda frentepopulista atribuiría semejante circunstancia a la respuesta popular, pero, en realidad, ¿por qué fracasó el alzamiento de julio de 1936 en Barcelona y Madrid?

A media mañana del 19 de julio de 1936, el golpe militar dirigido contra el gobierno del frente popular había triunfado en todas las partes donde se había iniciado. Marruecos, Canarias, Sevilla ciudad y los ámbitos de las Divisiones 5.a, 6.ª y 7.ª estaban controlados en mayor o menor medida por los alzados. Incluso el general Goded había declarado el estado de guerra en Palma de Mallorca en la madrugada del día 19 y daba la impresión de que todo el archipiélago de las Baleares se sumaría a la sublevación. Paradójicamente, en el momento de mayor éxito de los rebeldes fue cuando se produjo una serie de acontecimientos que abortaron el triunfo final del golpe.

El primer revés de consideración se produjo en Barcelona, una plaza que no sólo era cabecera de la 4.ª División sino que además tenía una enorme importancia por el número de fuerzas acuarteladas en la misma.

Con anterioridad a la rebelión, la Jefatura de Policía de Barcelona había remitido un informe al consejero de Gobernación de la Generalitat sobre las actividades conspiratorias de algunos militares. El informe mencionaba que podía esperarse un golpe destinado a derrocar al gobierno y en el que intervendría la Falange. La Generalitat decidió optar por un compás de espera, pero las centrales sindicales, en especial la CNT, que también conocían los preparativos de los conspiradores, adoptaron una actitud muy distinta.

El plan de los rebeldes consistía en que Fernández Burriel capitaneara el alzamiento —hasta la llegada del general Goded procedente de Mallorca— y que fuera apoyado por el general Legorburu desde el cuartel de San

Andrés (7.° de Artillería ligera). Unidos a fuerzas de Infantería y Caballería, los alzados debían confluir sobre el casco viejo y tomar los centros neurálgicos, en especial la Consejería de Gobierno, la Comisaría de Orden Público y la Generalitat. El regimiento de Badajoz debía apoderarse de la Telefónica y el de Montesa tenía que mantener el enlace con la Infantería situada en la zona de la plaza de la Universidad-plaza de Cataluña y tomar, con otras tropas, el Paralelo.

Llegados a ese punto, las fuerzas sublevadas estrecharían el cerco del casco antiguo rindiendo la ciudad. El plan no estaba en absoluto mal concebido, y sus ejecutores lo contemplaban con un considerable optimismo. Sin embargo, tenía un punto débil, y era que su triunfo inicial dependía, como mínimo, de la pasividad de las fuerzas de orden público. A las cinco de la madrugada del 19 de julio, una parte de las tropas acantonadas en Barcelona abandonó sus acuartelamientos con la intención de ocupar los puntos considerados estratégicos. Casi inmediatamente, en el cruce llamado «El cinco de oros», entre el paseo de Gracia y Diagonal, se produjo un enfrentamiento entre las tropas rebeldes y cuatro compañías y un escuadrón de las fuerzas de seguridad a las que se habían sumado grupos obreros. El choque resultó nefasto para los rebeldes. Posiblemente sorprendidos por una resistencia que no esperaban, los sublevados se dieron a la fuga o se rindieron, aunque los mandos, con algunos efectivos, se refugiaron en el convento de Carmelitas de la calle de Lauria. Allí fueron cercados y acabaron rindiéndose.

Los logros obtenidos por los otros grupos alzados fueron diversos pero, a media mañana, la situación de los rebeldes distaba mucho de ser la esperada. La pésima coordinación entre las diferentes fuerzas, la resistencia de los Guardias de Asalto y de la CNT y la colocación de barricadas habían dislocado prácticamente el dispositivo golpista. Los sublevados, bajo el mando del general Fernández Burriel, ocupaban el hotel Colón y la Telefónica, tenían recluido en Capitanía a Llano de la Encomienda —que, no obstante, siguió cursando órdenes— y habían

llegado a la plaza de Cataluña pero sus posibilidades de triunfo ya eran reducidas.

Al mediodía, con la finalidad de dirigir el golpe llegó en avión procedente de Mallorca el general Goded junto con su hijo. El general rebelde, desalentado, se percató de la situación real. Las tropas alzadas no sólo distaban mucho de controlar la situación sino que además habían sido incapaces de hacerse con las estaciones, las transmisiones, la radio y los edificios principales. Las peticiones de refuerzos que Goded cursó a Palma, así como su intento de apoderarse del aeródromo del Prat, resultaron ya inútiles, puesto que el teniente coronel Díaz Sandino se mantenía al lado de las autoridades republicanas. Con todo, el factor decisivo a la hora de sofocar el alzamiento totalmente fue la actitud de las fuerzas de orden público. Cuando sobre las dos de la tarde, la Guardia Civil, mandada por el coronel Escobar, decidió mantenerse dentro de la legalidad, el fracaso golpista quedó decidido de forma irreversible. Escobar reconquistó la plaza de la Universidad y luego intervino decisivamente en la plaza de Cataluña en combinación con los Guardias de Asalto y con diversos contingentes obreros.

De hecho, el emblemático Buenaventura Durruti protagonizó así el asalto al edificio de la Telefónica, que concluyó con un éxito, pese al número elevadísimo de pérdidas obreras. A media tarde del día 19, Goded telefoneó al general Aranguren para intentar llegar a un arreglo que éste no aceptó. El general sublevado sólo podía ya rendirse sin condiciones y con esa finalidad telefoneó al consejero de Gobernación. Sólo insistió en que fuera la Guardia Civil la encargada de prenderlo. Así sucedió poco después de las siete. Tras entrevistarse con Companys, Goded pronunció un mensaje por radio en que afirmaba que la suerte le había sido adversa y que los que desearan continuar la lucha quedaban libres de compromiso y no debían contar con él. Goded sería trasladado al buque *Uruguay.* Tras ser juzgado por un consejo de guerra, fue fusilado en agosto. Su hijo fue canjeado en octubre de 1937.

Al terminar el día 19, sólo seguía resistiendo el cuartel de las Atarazanas, situado al final de las Ramblas y frente al puerto. El 20, también este reducto sucumbió ante el asalto de los anarquistas. En un intento de tomarlo, cayó muerto el anarquista Francisco Ascaso, amigo de Durruti. Éste no tuvo compasión con los oficiales rebeldes. Los colocó contra la pared y procedió a fusilarlos. A la una de la tarde aproximadamente, los últimos reductos del Alzamiento en Barcelona habían desaparecido.

La suerte de la rebelión en el resto de Cataluña fue similar y derivó, sin duda, del fracaso barcelonés. En Gerona, una parte de las tropas de la guarnición procedió en la madrugada del día 19 a declarar el estado de guerra «cumpliendo órdenes de Barcelona». Sin embargo, el fracaso de Goded aquella misma tarde provocó una reacción de las fuerzas de orden público —Guardia Civil y Guardias de Asalto— que instaron a los sublevados para que se retiraran a sus cuarteles. Así lo hicieron éstos evitando el choque militar y permitiendo que la República siguiera controlando la ciudad.

En Lérida, el comandante de la plaza, coronel de Infantería Rafael Sanz Gracia, siguiendo las órdenes de Cabanellas, sacó las tropas a la calle a las 9 de la mañana del 20 de julio. Sin embargo, el resultado adverso en Barcelona llevó a Sanz Gracia a rendirse. En manos de la CNT-FAI, los sublevados más relevantes fueron fusilados. La ciudad, controlada por los anarquistas y el POUM, se convirtió además en testigo de tropelías que, en su mayor parte, tuvieron un contenido anticlerical. Algo similar sucedió en Tarragona. Los resultados obtenidos por el golpe en Barcelona llevaron a los jefes y oficiales de la guarnición a mantenerse en un compás de espera a pesar de que eran simpatizantes de la rebelión. Finalmente, el teniente coronel Ángel Martínez-Peñalver Ferrer desligó a los conjurados de sus compromisos y evitó la posibilidad de un alzamiento.

La oleada revolucionaria, sin embargo, no pudo ser evitada. A los pocos días, en Tarragona se produjeron incendios de iglesias, y asesinatos de aquellos que se consideraban enemigos de clase: los sacerdotes, los

militares no adictos y algunos civiles derechistas. El fracaso golpista en Barcelona determinó así que Cataluña se mantuviera en la zona dominada por el Frente Popular.

El 21 de julio, toda la región y buena parte de Huesca estaban ya controladas por el recién creado Comité de Milicias Antifascistas. Con ello el mecanismo del golpe quedaba seriamente dañado.

Su revés definitivo iba a recibirlo, no obstante, en la capital de la nación. La guarnición madrileña era, con la excepción de la ubicada en Marruecos, la más numerosa de España. Como había sucedido en Barcelona, las autoridades estaban al corriente de la posibilidad de un golpe militar pero no le habían prestado excesiva atención. Las noticias sobre la sublevación en África —que ya llegaron a la capital el día 17— provocaron la lógica tensión en Madrid. De hecho, durante este día y el siguiente las organizaciones obreras insistieron en que se les entregaran armas para abortar una rebelión que se adivinaba inminente. Casares se opuso radicalmente a esa posibilidad por el temor de que las mencionadas organizaciones controlaran después las calles y desbordaran a las autoridades republicanas dando inicio a la revolución. Por otro lado, Casares se ocupó de asegurarse el apoyo de las fuerzas de seguridad que, como en el caso de Barcelona, estaban llamadas a tener un papel decisivo. Asimismo se produjo la detención de tres coroneles, un teniente coronel, tres comandantes, dos capitanes y dos tenientes sospechosos y los oficiales de la UMRA se apoderaron de los puestos de mando y de los centros de transmisiones y comunicaciones.

La confirmación del triunfo rebelde en Marruecos determinó a Casares a dimitir en la tarde del 18, lo que, históricamente, ha tenido el efecto de difuminar el valor de las inteligentes medidas tomadas en sus últimas horas como presidente del gobierno. Lo cierto es que Casares había colocado de entrada a las fuerzas leales al frente popular en una posición de superioridad. Al tener lugar la dimisión de Casares, Azaña encargó formar gobierno a Martínez Barrio con la intención de llegar a un acuerdo

con los sublevados que evitara la guerra, pero los intentos realizados al respecto concluyeron con un fracaso.

En paralelo a la actividad de las autoridades republicanas, los conjurados dieron muestra a lo largo del día 18 de una incompetencia y una indecisión pasmosas. Aquella tarde ya se distribuyeron fusiles al pueblo y se formó el primer batallón de milicias en el círculo socialista del puente de Segovia. Es dudoso que el valor estrictamente militar de aquellas fuerzas fuera elevado, pero el efecto desmoralizador que ejercieron sobre los rebeldes fue notable. El día 19, Madrid amaneció como una ciudad enfervorizada que esperaba una rebelión militar de un momento a otro. Aquella mañana, el teniente coronel del Arma de Ingenieros Ernesto Carratalá Cernuda, jefe del Batallón 1.° de Zapadores, fue asesinado por sus oficiales cuando intentó dar armas a los grupos de izquierdas. Azaña convocó en el palacio de Oriente a un conjunto de personajes de relevancia (Martínez Barrio, Largo Caballero, Prieto, Giral, Sánchez Román…) para abordar un problema que estaba adquiriendo unas dimensiones superiores a lo esperado. La propuesta de Sánchez Román de llegar a un pacto con los rebeldes provocó la oposición de los presentes que conocían ya el fracaso de Martínez Barrio y también las primeras acciones de los alzados. El nuevo gobierno, presidido por Giral, decidió cortar por lo sano y ordenó que se entregara armas a las organizaciones de izquierdas para abortar la rebelión. Ésta comenzaba ya a dar señales de vida. De hecho, un grupo de falangistas se había ido concentrando en el cuartel de la Montaña, que estaba ya en clara rebeldía desde que se encontraba bajo el mando del general Fanjul.

Hacía mucho tiempo que Fanjul —que había combatido en Cuba y Marruecos— no ejercía un mando militar efectivo. De hecho, al menos desde la segunda década del siglo, había sido más un político que un militar militando en las filas del partido de Maura y después en la CEDA. Diputado en 1931 y 1933, se había visto horrorizado —como millones de españoles — por la Revolución de octubre de 1934 que, encabezada por el PSOE y los nacionalistas catalanes, había intentado acabar con el gobierno

republicano. Fanjul actuó en 1935 a las órdenes de Gil Robles, a la sazón ministro de la Guerra pero nuevamente su cometido había sido fundamentalmente político. Su llegada al cuartel de la Montaña —de paisano y el día 19— podía haber resultado decisiva pero en lugar de utilizar las tropas de que disponía para ocupar los puntos neurálgicos de la ciudad, optó por permanecer encerrado a la espera de unos hipotéticos refuerzos que debían llegarle de Burgos y Valladolid. De esa manera, condenó el golpe al fracaso. Al amanecer del día 20 se inició el cañoneo del cuartel de la Montaña. Los sitiados sólo resistieron algunas horas y eso teniendo que vencer las propias disidencias existentes entre sus ocupantes. Cuando se utilizó la aviación contra ellos, el cuartel capituló. Se produjo entonces el fusilamiento de los prisioneros, aunque algunos como el general Fanjul, su hijo, que era teniente médico y el coronel Fernández Quintana fueron capturados con vida y, tras ser juzgados el 15 de agosto por rebelión militar, se les fusiló ese mismo mes. Yugulada la sublevación en Madrid, los conatos en otros lugares de la provincia fueron sofocados sin dificultad, concluyendo con la rendición de los rebeldes de Alcalá de Henares el día 21.

Como había sucedido en Barcelona, el fracaso del golpe en Madrid determinó también el de las ciudades cercanas. Así sucedió en Guadalajara, donde el comandante Rafael Ortiz de Zárate cayó prisionero de los milicianos el 22 y fue fusilado por éstos. De la misma manera, Badajoz y Ciudad Real —donde se produjo una auténtica explosión de violencia anticlerical— se mantuvieron sometidas al Frente Popular. De esa manera, toda la primera región militar quedó bajo el control del gobierno salvo la guarnición de Toledo, donde el coronel Moscardó, jefe de la Escuela Central de Gimnasia, se sublevó con el apoyo de sus hombres, de los de la Academia de Infantería y de la Guardia Civil y procedió a encerrarse en el Alcázar.

El fracaso en Barcelona y Madrid fue decisivo porque hizo perder a los rebeldes Cataluña y parte de Aragón, así como toda la primera región militar. De haber sido el resultado distinto, muy posiblemente la guerra

hubiera concluido en unas semanas con el mismo final militar pero con distintas consecuencias políticas.

En la zona frentepopulista el triunfo se atribuyó a las masas populares —en realidad militantes anarquistas, comunistas y socialistas— que habrían sofocado con su entusiasmo y su valor el alzamiento. Esta mitología se mantendría durante la guerra —causando un enorme daño al esfuerzo militar frentepopulista— e incluso es común encontrarla en la actualidad en algunos libros. La realidad había sido muy distinta. En Barcelona, el fracaso del alzamiento se debió a la conjunción de dos factores muy importantes. El primero fue la impericia de los alzados para tomar los puntos clave de la ciudad y el segundo —realmente decisivo— la lealtad del coronel Escobar, guardia civil y católico piadoso, a las autoridades constituidas. Sin esa conjunción nada hubiera podido hacer la CNT, que en unos días mostraría su incompetencia en el frente de Aragón. En Madrid, la responsabilidad del fracaso fue muy similar pero recae una porción mayor en el general Fanjul. Ciertamente contaba con pocas fuerzas —pero no menos, por ejemplo, que el general Queipo de Llano en Sevilla o que los alzados de Granada—, pero si en lugar de haberse recluido en un enclave susceptible de asedio las hubiera empleado correctamente la suerte del alzamiento en la capital podría haber sido muy distinta. Como señaló en una ocasión el mariscal Montgomery, la guerra la gana finalmente el bando que comete menos equivocaciones y en estos dos casos las cometidas por los alzados fueron del suficiente calibre como para privarles de la victoria y con ello transformar el golpe en prolongada guerra civil.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La propaganda del Frente Popular insistió desde el inicio de la guerra civil en el papel decisivo de las milicias de los sindicatos y partidos en el fracaso del alzamiento de julio de 1936 en Madrid y Barcelona. Semejante argumento se repitió en las memorias de distintos protagonistas de la guerra civil y ocasionalmente se ve reproducido en alguna obra pero, como hemos visto, es insostenible. El tema del fracaso del alzamiento en Madrid y Barcelona lo hemos abordado ya en *La guerra de Franco,* Barcelona, 1996;
Durruti, Madrid, 1996, y, más recientemente, en *Checas de Madrid* Barcelona, 2003. Una versión especialmente realista del tema aparece también en Pío Moa, *Los mitos de la guerra civil* Madrid, 2003.

Un relato notablemente interesante —corrigiendo algunas versiones— se halla en D. Jato, *Madrid, capital republicana,* 1976. De manera novelada —y con algún error parcial— resulta todavía muy interesante la obra de Luis Romero, *Tres días de julio,* Madrid, 1977.

18

¿Qué pasó con Andreu Nin?

El destino de Andreu Nin, dirigente del POUM y amigo personal de Trotski, constituye uno de los episodios más cargados de misterio de la guerra civil española. Desaparecido de Barcelona en mayo de 1937, el PCE insistiría en que, a pesar de su pasado izquierdista, había sido un agente al servicio de Franco y había huido a la otra zona, pero, en realidad, ¿qué pasó con Andreu Nin?

Andreu Nin fue uno de los pocos españoles que había conocido de cerca la Revolución rusa. En el curso de la misma, incluso trabó amistad con Trotski, cuyas obras tradujo al español. El 27 de septiembre de 1936, tras el estallido de la guerra y de la revolución, Nin ocupó la Consejería de Justicia en el gobierno de la Generalitat catalana presidido por Tarradellas. Durante los meses siguientes, a Nin no se le escapó el peso cada vez mayor que el PCE —y su sucursal catalana el PSUC— tenía en la vida de la España controlada por el Frente Popular. De hecho, el 15 de diciembre de 1936 fue cesado de su cargo de consejero por presiones del PSUC, una formación de factura reciente en la que el PCE había logrado absorber al PSOE en Cataluña. Sin embargo, Nin consideró que el POUM, al que pertenecía, y la anarquista CNT podrían neutralizar las maniobras comunistas. Cuando a inicios de mayo de 1937, el PSUC ocupó el edificio de Telefónica en Barcelona provocando la reacción de poumistas y anarquistas para poder aplastarlos con mayor facilidad, Nin, en compañía de los poumistas Julián Gorkin y Pedro Bonet, se reunió con Valerio Mas, secretario del comité regional de la CNT para continuar la revolución y parar los pies a los comunistas. No se llegó a un acuerdo porque la CNT no deseaba la confrontación y se conformaba con la destitución de las personas que consideraba responsables del inicio de los denominados «sucesos de mayo». Se consumó así el triunfo comunista y Andreu Nin se convirtió en una de sus primeras víctimas.

Aleksander Orlov, un agente soviético al servicio del NKVD que, en realidad, se llamaba Lev Lazarevich Feldbin y que había sido enviado a España por Stalin en julio de 1936, convocó una reunión del Comité central del PCE en la que estuvieron presentes Pasionaria y Checa por parte española y Palmiro Togliatti y Codovila por parte de la Komintern. En el curso de la misma, Orlov expuso, siquiera en líneas sucintas, el plan de purga contra el POUM decretado por Stalin y la manera en que el PCE debía colaborar. Resultaba impensable que el Comité central se opusiera a Moscú y por ello, acto seguido, convocó al coronel Ortega, al que habían

conseguido colocar con anterioridad a la cabeza de la Dirección General de Seguridad. Las instrucciones que recibió Ortega fueron la de transmitir por teletipo al delegado de Orden Público en Barcelona, el comunista Burillo, la orden de arresto de Andrés Nin, Julián Gorkín, Andrade, Gironella, Arquer y «todos cuantos elementos del POUM fueran señalados» por los soviéticos Antonov Ovseyenko y Stashevsky.

Nin fue secuestrado el 16 de junio y, de manera lógica, su desaparición provocó una reacción inmediata en la medida en que el POUM era uno de los partidos que había formado el Frente Popular. Finalmente, el asunto de la desaparición acabó llegando al Consejo de ministros. En previsión de lo que pudiera suceder, el italiano Togliatti, que estaba al servicio de la Komintern, informó a Jesús Hernández, uno de los ministros comunistas, de que debía eludir la discusión e insistir en que el POUM colaboraba con Franco. Igualmente, le informó de que Nin estaba secuestrado.

La reunión del Consejo de ministros resultó ciertamente tensa. Los socialistas Zugazagoitia y el peneuvista Irujo protestaron porque les habían llegado rumores de que Nin estaba en manos de agentes soviéticos, pero los ministros comunistas, tras afirmar que desconocían qué podía haber sucedido con Nin —lo que era una falsedad descarada— pasaron a defender el papel de la URSS en la contienda y la labor de sus agentes. Finalmente, el comunista Jesús Hernández aceptó que se sacrificara a Ortega como verdadero chivo expiatorio no sin antes señalar que el PCE estaba dispuesto a publicar documentos supuestamente escandalosos en los que quedaba de manifiesto cómo algunos personajes «dentro y fuera del Gobierno» amparaban a los «espías» del POUM. El doctor Negrín —que había tenido un papel muy relevante en el envío a la URSS de las reservas de oro del
Banco de España y a la sazón era jefe de gobierno— intervino entonces para sugerir que la discusión se suspendiera hasta conocer los datos de que disponían los ministros comunistas y Zugazagoitia pudiera aportar nuevos datos. La cuestión quedó de momento aparcada.

Durante aquellos días los ministros comunistas, que sabían la verdad, colaboraron con entusiasmo en la campaña propagandística e institucional que el PCE ya había desencadenado contra el POUM. Debajo de las pintadas en los muros que preguntaban «¿Dónde está Nin?», los servicios de propaganda comunista escribían «¡En Salamanca o en Berlín!» en una palpable campaña de cruento cinismo. En paralelo, el Ministerio de Justicia anunciaba el procesamiento de algunos dirigentes del POUM. Para mayor escarnio, junto con su enjuiciamiento se anunciaba el de algunos miembros de Falange.

Seguramente nunca podrán saberse las razones que llevaron al PNV, un partido católico a fin de cuentas, a plegarse a los dictados de Moscú. De lo que no cabe duda es de que el ministro peneuvista Irujo no fue el único que se sometió en su partido ni estuvo solo en esa actitud. Julián Gorkín, importante miembro del POUM atrapado con ocasión de la gran redada catalana, tuvo ocasión de charlar durante su detención con Garmendia, inspector general de prisiones de Madrid, miembro del PNV y amigo personal de Irujo. Garmendia confesaría a Gorkín que sabía perfectamente dónde se hallaba detenido Nin, pero que intentar proceder a su liberación se traduciría en un enfrentamiento armado, «una verdadera batalla con otras fuerzas militares». El resultado final era que pudiendo haber liberado a Nin se optó por un prudente abandonarlo a su destino.

Nin se hallaba confinado en un chalet que habitualmente utilizaban Ignacio Hidalgo de Cisneros y su esposa Constancia de la Mora Maura. En su interior, Orlov y sus agentes le sometieron a sesiones interminables de tortura cuyos detalles conocemos de primera mano por los datos suministrados por el ministro comunista Jesús Hernández. Orlov, cuya misión era arrancar a Nin una confesión de que era un espía de Franco para así poder iniciar un proceso similar a los que estaban ya celebrándose en Moscú contra los rivales de Stalin, inicialmente aplicó al poumista la forma de tortura conocida como «método seco». Privado de sueño durante días e impedido de tomar asiento, se le sometió a sesiones de interrogatorio que llegaron a prolongarse hasta cuarenta horas seguidas.

Cuando parecía que se iba a desplomar, Nin era conducido a la celda donde se le dejaba por espacio de veinte o treinta minutos, un plazo suficiente para permitirle reflexionar sobre la imposibilidad de resistir pero no para descansar un poco. Sin embargo, para sorpresa —e irritación— de los torturadores comunistas, a diferencia de dirigentes soviéticos de la talla de Zinóviev o Kámeñev, Nin resistió. Orlov optó entonces por abandonar el denominado «método seco» y adentrarse por el camino de las torturas que destrozan directamente los miembros. Pudo haber recurrido, como se haría en las checas comunistas de Barcelona, a la silla o al collarín eléctricos que administraban descargas a los torturados hasta que se doblegaban. Optó, sin embargo, por el desollamiento. Al cabo de unos días, Nin, al que se le había arrancado la piel y lacerado con mayor facilidad los miembros en carne viva, no era sino un amasijo de músculos deshechos pero seguía sin doblegarse. ¿Qué se podía hacer entonces? La solución la encontraría el famoso comandante Carlos del no menos famoso Quinto Regimiento. Habría que utilizar a miembros alemanes de las Brigadas Internacionales para que fingieran la liberación de Nin por agentes de la Gestapo. De esa manera se confirmarían las calumnias que sobre el poumista había difundido la propaganda del PCE con la innegable aquiescencia de buena parte de las fuerzas del Frente Popular incluyendo el Ministerio de Justicia presidido por un hombre del PNV.

Así, siguiendo el plan forjado por el comandante Carlos, se dio la noticia de que los dos guardianes que vigilaban la casa donde había estado recluido Nin habían aparecido atados. Éstos afirmarían que habían sido asaltados por una decena de agentes alemanes que, tras inmovilizarlos, habían procedido a liberar a Nin llevándoselo en un automóvil. Para dar mayores visos de verosimilitud a la farsa, en el suelo de la habitación de Nin apareció una cartera con documentos que, supuestamente, probaba sus relaciones con los Servicios de Inteligencia alemanes y con la quinta columna en Madrid, así como algunos marcos en papel moneda.

El 23 de junio de 1937 se sacó a Nin del chalet para darle muerte en un campo situado a un centenar de metros de la carretera de Alcalá de

Henares a Perales de Tajuña, más o menos a mitad de trayecto entre ambas poblaciones. Presentes en el asesinato se hallaban Orlov, otro agente soviético conocido como Juzik y un par de españoles. Como si la victoria sobre Nin no fuera suficientemente completa, el puesto que había dejado vacante en el gobierno de la Generalitat catalana había pasado a ser ocupado por el comunista Rafael Vidiella.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El destino de Andreu Nin fue revelado, en mayor o menor medida, por algunos de los que lo conocieron de primera mano, como fue el caso del ministro comunista Jesús Hernández, Yo *fui ministro de Stalin en España,* Madrid, 1974, o del poumista Julián Gorkín, *El proceso de Moscú en Barcelona,* Barcelona, 1974. De la misma manera, con silencios elocuentes, esa sinceridad brilla por su ausencia en las memorias de personajes como Dolores Ibarruri «Pasionaria» o de Santiago Carrillo.

Más equilibrada —aunque con silencios sospechosos como en el resto de la obra— es la obra del socialista Julián de Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles,* Barcelona, 1977.

La muerte de Nin tuvo un carácter paradigmático en lo que a la represión de los disidentes de izquierdas se refiere. De ahí que se mencione, siquiera de pasada, en buena parte de las memorias o biografías de agentes soviéticos que operaron en España durante la guerra civil. Un ejemplo al respecto sería el libro de Pavel y Anatoli Sudoplatov, *Special Tasks,* Boston, 1994.

Finalmente, he de hacer referencia al relato sobre el secuestro, tortura y asesinato de Nin que he incluido en mis *Checas de Madrid,* Barcelona, 2003, que, posiblemente, es el relato más completo del episodio.

19

¿Por qué hubo judíos que combatieron a favor de Hitler?

El antisemitismo no es una ideología reciente. Existen rastros de ella en el Antiguo Egipto y, ciertamente, tuvo una presencia considerable en el mundo clásico. A pesar de todo, no admite discusión que la peor forma de antisemitismo fue la derivada del nacionalsocialismo alemán, un antisemitismo racial que costó la vida a seis millones de judíos en toda

Europa. Sin embargo, desafiando toda lógica, hubo no menos de ciento cincuenta mil judíos que sirvieron bajo la bandera de la cruz gamada y que incluso desempeñaron cargos de importancia en el seno del partido nazi.

¿Por qué hubo judíos que combatieron a favor de Hitler?

El siglo XIX constituyó un verdadero hito en la historia de los judíos alemanes. Tras recibir la emancipación social y política que derivaba del liberalismo se produjo en el seno de las juderías germánicas un movimiento de asimilación que contaba con escasos antecedentes históricos. Entre 1800 y 1900 no fueron menos de setenta mil judíos los que se convirtieron al cristianismo en Alemania y Austro-Hungría y todo ello sin incluir a los que se limitaron a abandonar el judaísmo sin abrazar ninguna otra creencia religiosa. En torno a 1870, la fecha de creación del II Reich, incluso los judíos que seguían profesando el judaísmo eran profundamente nacionalistas. En 1890, el filólogo Hermann Steinthal llegaba a afirmar: «Hoy podemos ser buenos judíos sólo si somos buenos alemanes, y buenos alemanes sólo si somos buenos judíos». Sin embargo, con el cambio de siglo el número de matrimonios mixtos y de asimilados crecería considerablemente.

El estallido de la primera guerra mundial provocó también una corriente de entusiasmo patriótico entre los judíos y no deja de ser significativo que, junto con los austríacos de habla alemana, fueran la minoría que más lamentó la desaparición del Imperio austro-húngaro de los Habsburgo o que constituyeran, en el caso del Reich alemán, un porcentaje muy elevado de los heridos en combate y condecorados por acción de guerra. Semejante resultado era lógico en la medida en que, como escribió un poeta judío en 1914: «Seamos de alta o baja cuna, seamos judios o cristianos, sólo existe un pueblo en nuestra tierra y juntos combatimos por el káiser y el Reich». Por supuesto, la propaganda nacionalista posterior —y no sólo la hitleriana

— desarrollaría la tesis de la puñalada por la espalda que había acabado con el II Reich y atribuiría tan ficticia situación a los judíos, pero la realidad

histórica es que treinta mil judíos alemanes fueron condecorados durante la guerra y que diecinueve mil recibieron ascensos.

El avance de un movimiento nacionalista como el nazismo provocó sentimientos muy encontrados entre la población judía de Alemania y Austria. La inmensa mayoría consideró que se trataba de un fenómeno pasajero frente al que no había que preocuparse en exceso porque la población germánica —la más culta del globo— acabaría repudiándolo. Un cierto porcentaje —especialmente judíos de ascendencia liberal o izquierdista— lo consideró activamente como un peligro real, pero tampoco faltaron los judíos, especialmente de ascendencia mezclada, que lo abrazaron con entusiasmo. Hans Sander, por ejemplo, era en 1935 *Sturmführer* de las SA, así como miembro del partido nazi y receptor de la Medalla de oro del partido. Nazi entusiasta, Sander acabó recibiendo del propio Hitler un *Deutschblüutigkeitserkliirung* —certificado de sangre alemana limpia— que le permitió no sólo ser considerado ario sino servir incluso en el ejército alemán como oficial. El certificado, expedido el 30 de julio de 1935 con la firma de Hitler, señalaba: «Apruebo su petición en lo que a usted respecta personalmente en consideración a su larga pertenencia al partido y su servicio digno de mención a nuestro movimiento. No existe razón por la que no debería usted permanecer en el partido o en las SA y retener su puesto de mando».

En realidad, esas razones existían y no eran otras que las propias leyes nazis que privaban de la ciudadanía alemana no sólo a los judíos al ciento por ciento sino también a los que lo eran en parte e incluso a aquellos que siendo totalmente arios se hubieran convertido al judaísmo, lo que, dicho sea de paso, no dejaba de ser curioso para un antisemitismo que se pretendía fundamentalmente racial. El caso de Sander no fue, desde luego, excepcional y, de hecho, no menos de ciento cincuenta mil judíos sirvieron a las órdenes de Hitler. Por añadidura, en un porcentaje muy elevado obedeció a su propio deseo y obligó a un expediente previo que les permitiera combatir. Por ejemplo, el 30 de octubre de 1941, Hitler firmó un certificado de sangre alemana limpia a favor del teniente Ernst Prager,

medio judío, a fin de que pudiera incorporarse al servicio activo con un «estatus igual al de las personas de sangre alemana con respecto a las leyes raciales alemanas con todos sus derechos y obligaciones consiguientes». Estos judíos, de acuerdo con las leyes nazis, llegaron a alcanzar incluso puestos de mando de relevancia. Por ejemplo, Ernst Bloch y Felix Bürkner fueron coroneles; Helmut Wilberg, general de la Luftwaffe; Paul Ascher, primer oficial de Estado Mayor del almirante Lütjen en el famoso acorazado *Bismarck, y* los hermanos Johannes y Karl Zukertort, generales. Por supuesto, el número de oficiales y suboficiales fue mucho mayor e incluyó al futuro canciller alemán Helmut Schmidt, que tenía un cuarto de sangre judía y que llegó al grado de teniente de primera clase.

La situación reviste un carácter aún más llamativo si se tiene en cuenta que en virtud de una orden de 8 de abril de 1940 se eximió de servir en el ejército a todos los medio judíos y que muchos de ellos se entregaron a un largo proceso para conseguir su readmisión en las unidades de combate. No sólo lo consiguieron sino que obtuvieron numerosas condecoraciones militares por su valentía en el campo de batalla. Los ejemplos pueden, desde luego, contarse por docenas e incluyen al teniente judío Paul-Ludwig Hirschfeld, condecorado con la medalla por heridas de guerra y la cruz de servicio militar con espadas; al capitán judío Edgar Jacoby, que recibió tres condecoraciones incluida la medalla por heridas de guerra; al medio judío Ernst Bloch, con cinco medallas incluida la cruz de hierro de primera clase; al *Fedlwebel* medio judío Wilhelm von Helmolt con cuatro condecoraciones incluida la de heridas de guerra; al general medio judío Werner Maltzahn, con cuatro medallas incluida la cruz de servicios de guerra de segunda clase, y un largo etcétera. No pocos de ellos recibieron por añadidura certificados de sangre alemana limpia firmados por el propio Hitler.

De hecho, la integración de estos judíos en el ejército llegó a extremos tragicómicos. Por ejemplo, el medio judío Werner Goldberg, que era *Gefreiter,* fue presentado en una fotografía de propaganda del III Reich como «El soldado alemán ideal». Tampoco faltaron los casos de judíos a

los que se otorgó la plena ciudadanía aria por su cercanía con algún soldado alemán. Seguramente, el caso más conocido —aunque no el único— fue el del general y defensor de Berlín Gotthard Heinrici, que estaba casado con una medio judía. Legalmente, debería haberse divorciado, pero logró para su esposa e hijos un certificado de sangre alemana limpia firmado por Hitler.

¿Cómo pudieron servir bajo el régimen antisemita de Hitler tantos judíos? Las razones son diversas. Por supuesto, hubo casos en que la parte de sangre judía era aborrecida y se deseaba, sobre todo, aferrarse a la ascendencia aria. Sin embargo, éstos fueron, al parecer, excepcionales. En la mayoría de los casos, obedeció fundamentalmente a la convicción de ser alemanes por encima de todo. Ciertamente, el nazismo era antisemita pero las deportaciones de judíos no comenzaron antes del inicio de la guerra y muchos creían —o querían creer— que el antisemitismo nazi se acabaría diluyendo como otros movimientos similares en el pasado. Mientras esperaban a que esto sucediera, la conducta normal era la de combatir en pro de la patria común. Semejante comportamiento puede parecernos disparatado ahora, pero tenía una enorme coherencia en la época. Baste pensar que cuando Hitler invadió la URSS, en muchas aldeas y ciudades las poblaciones judías salieron a recibir a los alemanes como libertadores enarbolando la bandera del káiser. Stalin les había ocultado lo que sucedía en el III Reich y aquellos judíos seguían identificando Alemania con la tierra de la emancipación que, bajo Guillermo II, tanto bien les había hecho. Según se desprende de los sorprendidos informes de los genocidas nazis, aquel comportamiento facilitó considerablemente la labor de exterminio en la URSS.

La siguiente pregunta que cabe formularse es cómo pudieron los judíos que lucharon por Hitler pasar por alto el Holocausto. Una vez más las respuestas son varias. En algunos casos, consideraron que ese conflicto no les concernía; en otros, durante algún tiempo no se supo nada, pero sobre todo a partir de 1942 su conocimiento era prácticamente general y más teniendo en cuenta que algunos de aquellos soldados fueron deportados,

como fue el caso del *Obershütze* medio judío Rolf Schenk detenido en Buchenwald o el soldado medio judío Werner Eisner, que a pesar de ostentar la medalla por heridas de guerra, fue enviado a Auchswitz. En su mayoría, los soldados judíos de Hitler optaron por el silencio convencidos de que las protestas sólo servirían para ser enviados también a un campo de exterminio. No obstante, también se produjeron excepciones. Por ejemplo, el medio judío Ernst Prager, que fue herido siete veces mientras combatía en el frente del Este mantuvo una entrevista con Eichmann para interceder por sus familiares. Dotado de un certificado de sangre alemana limpia y apoyado por algunos oficiales arios, Prager logró salvar de la muerte a su padre, que no fue deportado y a su tío Stephan —un convencido converso al cristianismo además de entusiasta patriota alemán—, que pasó la guerra en Theresienstadt y no en un campo de exterminio. Sin embargo, la mayoría de los familiares de estos combatientes no fue tan afortunada. El nazismo no estaba dispuesto, salvo de manera realmente excepcional, a dejar con vida a un grupo humano al que causó millones de muertos. Ésa era la amarga realidad que buen número de judíos —y de gentiles— no llegó a percibir durante años con resultados especialmente trágicos.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La evolución de los judíos germánicos hacia la emancipación puede ser vista documentalmente en César Vidal, *Textos para la historia del pueblo judío,* Madrid, 1997. De especial interés en cuanto a su asimilación es la obra de Louis A. Berman, *Jews and Intermarriage: A Study in Personality and Culture,* Nueva York, 1968. Para un acercamiento a las leyes de Nuremberg con reproducción de los textos, puede recurrirse a César Vidal, *El Holocausto,* Madrid, 1995.

Las deportaciones de los judíos alemanes durante la Shoah ha sido objeto de un interesante estudio de H. G. Adler, *Der Verwaltete Mensch. Studien zur Deportation der luden aus Deutschland,* Tubinga, 1974.

No son muchas las obras que abordan el tema de los judíos que durante la segunda guerra mundial combatieron en las filas del III Reich. Cabe, sin embargo, señalar dos de especial importancia. La primera de Michel BarZohar, *Hitler's Jewish Spy,* Londres, 1985 (existió una edición española ya descatalogada), y, sobre todo, la reciente y documentadísima de Bryan Mark Rigg, *Hitler's Jewish Soldiers. The Untold Story of Racial Laws and Men of Jewish Descent in the German Military,* Lawrence, 2002.

20

¿Hubo un topo en el cuartel general de Hitler?

A mediados de 1943, los Servicios de Inteligencia del III Reich comenzaron a sospechar que un espía estaba proporcionando detalladísimos informes sobre sus tropas a la URSS. Dado el carácter de los mismos, el agente de Stalin debía estar situado muy cerca del propio Führer, pero ¿realmente hubo un topo en el propio cuartel general de Hitler?

En marzo de 1943, la Wehrmacht logró una victoria contra las fuerzas soviéticas en Járkov. Ciertamente, no se había obtenido con ella el final del Ejército Rojo pero los soldados de Stalin no daban muestra —incluso después del triunfo de Stalingrado— de poder acabar con los invasores alemanes. Con la finalidad de aprovechar de la mejor manera una iniciativa que ahora estaba en sus manos, Hitler dictó el 15 de abril las órdenes encaminadas a desencadenar la operación *Ciudadela* que debía poner final al saliente soviético de Kursk atrapando en su interior a un número considerable de divisiones y reabriendo el camino hacia Moscú.

El ataque debía tener un efecto de sorpresa, pero lo cierto es que, en paralelo a las disposiciones alemanas, los soviéticos fueron preparando un impresionante sistema de defensas dotado de unos trescientos kilómetros de profundidad. No faltaban razones. De hecho, un agente nazi comunicó a la Abwehr que desde el 17 de abril Stalin había estado totalmente al corriente de los planes alemanes y que desde el 27 del mismo mes comenzaron a afluir refuerzos a la zona. Cuando el 5 de julio se inició la ofensiva alemana no tenía ninguna probabilidad de obtener el éxito. Efectivamente, se zanjó seis días después con una derrota que significó para Alemania la evaporación de cualquier posibilidad de victoria en el este.

Para aquel entonces tanto el almirante Canaris, que estaba al mando de la Abwehr, como Reinhard Gehlen, que había desarrollado un servicio secreto notoriamente eficaz, habían llegado a la conclusión, por vías independientes, de que el enemigo estaba recibiendo una información rápida y detallada sobre las decisiones tomadas por el Alto Estado Mayor alemán. Canaris, de hecho, visitó a Gehlen en Anderburgo y le comunicó que el «topo» no era otro que Martin Bormann.

Bormann había sido durante muchos años un personaje muy secundario en el seno del nazismo. En 1924 había colaborado con Rudolf Hess en un asesinato, lo que se tradujo en una condena de prisión de un año pero hasta 1928 no entró en el partido nazi. Desde julio de 1933 a

1941 fue jefe del gabinete de la oficina de Rudolf Hess, el jerarca designado por el Führer para sucederle. Por esa época comenzó a ocuparse de tareas como la administración de los bienes de Hitler pero, dada su mediocridad y su incorporación tardía al partido, no despertó las suspicacias de la vieja guardia nazi. Con la desaparición de Hess, que se lanzó sobre Gran Bretaña en 1941, Bormann se convirtió en jefe de la cancillería del partido. Profundamente anticristiano, en 1942 envió un memorándum a los *Gauleiters* nazis ordenándoles acabar con las iglesias cristianas, un paso que Hitler había pospuesto hasta la posguerra. También dio en repetidas ocasiones muestra de una profunda vena antisemita hasta el punto de firmar órdenes directamente relacionadas con el Holocausto en el que perecieron millones de judíos europeos.

Dado que a la sazón Bormann era secretario personal de Hitler, Gehlen hizo saber a Canaris que la acusación, amén de grave, carecía de pruebas de peso. Finalmente, ambos oficiales de inteligencia decidieron montar un operativo que permitiera confirmar sus sospechas. El resultado fue que descubrieron que Bormann y su grupo utilizaban un transmisor de radio con el que enviaban mensajes codificados a Moscú. Las pruebas eran tan concluyentes que Canaris decidió que se continuara la vigilancia para dar cuenta cabal de lo sucedido a Hitler. Sin embargo, en ese momento una orden directa del Führer impidió que se adoptara esa resolución. A Canaris se le informó de que Bormann ya había comunicado a Hitler que estaba llevando a cabo emisiones dirigidas a Moscú pero sólo con la finalidad de engañar al enemigo y que, dado que el Führer las había autorizado, resultaba absurdo que ahora permitiera su vigilancia.

Tanto Canaris como Gehlen comprendieron entonces que resultaba imposible vigilar a Bormann, que no sólo era el segundo hombre más poderoso del III Reich sino además un personaje que contaba con la protección directa y poderosa de Hitler. De hecho, el Führer era muy escéptico en relación con los informes de Gehlen —erróneamente— y la situación de Canaris cada vez resultaba más débil.

Lo que sucedería en los años siguientes marcaría trágicamente el destino de casi todos los protagonistas del drama. Canaris se sumó a la conspiración del 20 de julio de 1944 convencido de que Alemania no podía ganar la guerra y de que su prolongación constituía una sangría inútil. Descubierto, fue ejecutado. Sin embargo, a inicios del conflicto, Canaris había proporcionado información esencial a Franco para facilitarle el mantenimiento de la neutralidad española y, acabada la guerra, la viuda de Canaris pudo establecerse en España e incluso percibir una pensión del gobierno. Por su parte, Hitler fue derrotado y se suicidó en Berlín.

Martin Bormann logró separar a Hitler de algunos de sus hombres de confianza como Goering y Goebbels, se convirtió en una especie de inteligencia gris del régimen y el 30 de abril de 1945 escapó del búnker del Führer en Berlín. Aunque Erich Kempka, el chófer de Hitler, y Artur Axmann, un dirigente de las Juventudes Hitlerianas, afirmaron haberle visto morir —por cierto, en circunstancias contradictorias— a inicios de 1946 se señaló que estaba escondido en un monasterio del norte de Italia y, posteriormente, que había huido a América del Sur. La realidad fue muy distinta y uno de sus antiguos perseguidores la descubriría años después.

En 1946, Gehlen comenzó a crear el núcleo de lo que sería posteriormente el Servicio de Inteligencia de la República Federal Alemana. Durante los años cincuenta recibió al menos en dos ocasiones informes del otro lado del Telón de Acero que confirmaban las conclusiones a las que habían llegado en 1943 tanto él como Canaris. En ambos se daba cuenta de que Bormann había sido un agente soviético durante años, había sido trasladado a la URSS en 1945 y allí había desempeñado funciones de asesor del gobierno soviético muriendo en la década de los cincuenta. Su reconocimiento nunca fue público, pero su papel en la victoria contra Hitler resultó, sin duda, relevante.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

A pesar de su enorme relevancia durante la guerra, Martín Bormann ha sido objeto de escasa atención por parte de los historiadores. Entre sus escasas biografías cabe destacar la de Jochen von Lang, titulada *Der Secretar: Martin Bormann, der Mann den Hitler beherrschte.* Un análisis, no del todo convincente, sobre las distintas versiones del destino de Bormann después de la guerra puede hallarse en L. Bezymensky, *Tracing Martin Bormann,* 2001.

La historia del topo en el cuartel general de Hitler ha sido recogida en Louis Kilzer, *Hitler's Traitor: Martin Bormann and the Defeat of the Reich,* 2000. El espía, cuyo nombre clave era Werther, es identificado como Bormann. La obra es de lectura fácil y ciertamente toca cuestiones tan controvertidas como el papel de Stalin en el Holocausto. Con todo, resulta en ocasiones difícil saber dónde concluye la realidad histórica y comienza la imaginación del autor.

Finalmente, hay que hacer referencia a algunas obras sobre Reinhard Gehlen, el oficial de inteligencia del III Reich que descubrió, aunque con nulo resultado, a Bormann. El propio Gehlen escribió unas memorias —*The Gehlen Memoirs,* Londres, 1972— en las que, como suele ser habitual en este género, lo que oculta no pocas veces resulta más interesante que lo que relata. A pesar de todo, Gehlen indica en ellas el episodio protagonizado por Bormann.

Curiosamente, las biografías de Gehlen no son menos numerosas que las de Bormann, aunque en ningún caso resultan obras excepcionales. A ello ha contribuido considerablemente el hecho de su muy relevante papel en la creación de los Servicios de Inteligencia de Alemania Occidental durante la guerra fría. De especial interés sobre su papel en el espionaje de esa época es el libro de Mary Ellen Reese, *General Reinhard Gehlen: The CIA Connection,* 1990. Cubriendo ya toda su vida, resultan de interés los libros de Alain Guérin, *El general gris,* Barcelona, 1968; E. H. Cookridge, *Gehlen. Spy of the Century,* y de Hermann Zolling, *The General Was a Spy:*

The Truth About General Gehlen and His Spy Ring, 1972.

21
¿Por qué reclutaron los soviéticos a Philby?

Pocas historias de espionaje han tenido una mayor difusión que la protagonizada por Harold Adrian Russell Philby. «Kim». Philby espió durante varios años en favor de la URSS desde el interior de la Inteligencia británica hasta que en 1963 huyó del país para evitar su detención. Sin embargo, cuando se produjo su reclutamiento nadie podía imaginar el papel que desempeñaría en el espionaje británico… ¿por qué entonces reclutaron los soviéticos a Philby?

En 1951, Guy Burgess y Donald Mclean huyeron a Moscú tras una dilatada carrera de espionaje contra Gran Bretaña, su país natal. La noticia de su defección puso en alerta al MI6 y, desde el principio, empezaron a circular rumores de que existía un «tercer hombre», un «topo» incrustado en el Servicio de Inteligencia inglés que superaba en competencia y peligrosidad a Burgess y Mclean. Hasta 196.3 no quedó confirmado que el citado personaje existía y no era otro que Philby, al que se apodaba «Kim» en recuerdo del niño espía fruto de la imaginación literaria de Rudyard Kipling. El rastreo de sus huellas e incluso las memorias de Philby tituladas *Mi guerra silenciosa* permitieron descubrir que la relación del británico con los soviéticos venía desde los años treinta pero dejaron en una cómoda penumbra las razones de su reclutamiento. Para poder entender éstas hay que remontarse a la figura del padre de Philby.

St. John «Jack» Philby era un producto típico de ciertas clases acomodadas británicas. De familia religiosa y conservadora, Jack nació en Ceilán y se educó en el Trinity College de Cambridge. No dejó buen recuerdo en la mencionada institución a causa de su tendencia a armar camorra y a enfrentarse con todo lo establecido. Cuando entró en el funcionariado británico en la India, Jack se confesaba socialista —una tendencia manifestada por decenas de niños de familia bien desde el siglo XIX que ha servido para nutrir buena parte de las direcciones de los partidos de izquierda— y además, en la época de Kipling, no ocultaba sus puntos de vista radicalmente contrarios al imperio.

Dotado arabista que conocía distintas lenguas y dialectos de Oriente Medio, Jack llevaba una desordenada vida privada. En 1910 violó a una muchacha de buena familia dejándola embarazada, lo que provocó apresurados preparativos de boda. De aquel episodio lamentable iba a nacer «Kim» Philby el 1 de enero de 1911, aunque gracias a la colaboración de algunos amigos de Jack en el funcionariado civil se logró cambiar la fecha de nacimiento de la criatura limpiándola de la mancha de bastardía.

Poco después de la boda, Jack fue calificado de incompetente y se acordó que se le cerraría el camino hacia un ascenso. Si Jack no hubiera contado con el apoyo de algunos amigos poderosos es muy posible que sus días en el servicio hubieran concluido en ese momento. No fue así porque un primo lejano llamado Bernard Montgomery, que sería años después el vencedor del mariscal Rommel en la batalla de El-Alamein, decidió ayudarle y facilitó su entrada en el servicio secreto.

Su conocimiento del árabe resultó especialmente interesante una vez que estalló la primera guerra mundial y el imperio otomano se convirtió en uno de los beligerantes contrarios a Gran Bretaña. Jack Philby contribuyó en no poca medida a colocar a los árabes en contra de los otomanos desempeñando un papel seguramente más oscuro que el de Lawrence de Arabia pero no menos eficaz desde un punto de vista bélico. Cuando terminó la contienda, Jack Philby no sólo contaba con la confianza de sus jefes sino que además se había convertido en amigo personal de Ibn Saud, uno de tantos dirigentes árabes al inicio del conflicto pero que llegaría en la posguerra a sentarse en el trono de Arabia, una Arabia que a partir de ese momento adoptaría su apellido.

Jack Philby compartía con Ibn Saud una serie de intereses que salían del ámbito político para entrar en el privado. Ambos eran claramente antisemitas, ambos eran conscientes de la importancia del petróleo y ambos estaban dispuestos a todo para lograr satisfacer sus apetitos. En 1929, Jack Philby visitó Jerusalén y trabó amistad con el Muftí Haj Amin. Previamente, Ibn Saud le había insistido en que la conversión al islam le permitiría tener cuatro esposas, un argumento que pesó en el ánimo de Jack lo suficiente como para abrazar poco después la fe predicada por Mahoma.

A esas alturas, Jack servía de contacto entre distintas compañías petrolíferas británicas y norteamericanas e Ibn Saud, lo que le proporcionaba una influencia extraordinaria que aprovechó, siquiera en parte, para perjudicar los intereses sionistas en Oriente Medio. No sólo eso. Poco después, el monarca árabe y Philby comenzaron a acariciar la

idea de abastecer de petróleo a la Alemania nazi. Las razones para ese proyecto eran diversas. Por un lado, resultaba obvio que Hitler no era precisamente un simpatizante de los judíos y, por otro, podía actuar de valladar contra el expansionismo soviético. Se ha especulado con la posibilidad de que en esos años Jack llegara a entrevistarse con Adolf Eichmmann, pero el extremo no ha llegado a documentarse de manera suficiente. Fuera como fuese, lo cierto es que Jack se convirtió en un personaje clave de la política secreta internacional de inicios de los años treinta.

La reacción soviética no se hizo esperar. En 1934, algo más de un año después de la llegada de Hitler al poder, el NKVD de Stalin puso en funcionamiento la denominada operación «Synok» (hijito) cuya finalidad era reclutar al hijo de Jack Philby a fin de poder seguir sus movimientos en el mundo árabe y neutralizarlos en la medida en que pudieran resultar perjudiciales para la URSS. La operación concluyó con éxito, en parte, porque «Kim» era ya un esnob comunista —otro niño de familia bien destinado a servir a la causa de la URSS—, pero también porque, posiblemente, conocía la historia de la violación de su madre y quizá pensó que espiar a su padre constituía una refinada manera de vengarse de él.

Ni Jack Philby ni su primo, el futuro mariscal Montgomery, sospecharon que «Kim» pudiera ser un agente soviético y facilitaron con agrado su entrada en el servicio secreto británico. Comenzaba así una excelente carrera al servicio de Stalin que cosechó éxitos desde el principio. No sólo Jack se vio vigilado por su hijo sino que el plan de enviar petróleo árabe a Hitler quedó abortado. Ya durante el período de la guerra fría, Philby junto con los otros espías británicos de su red contribuyeron en no escasa medida a que aumentara el número de bajas aliadas en la guerra de Corea y arruinaron las relaciones entre los Servicios de Inteligencia británico y norteamericano durante años. Sin embargo, ésas, como diría Kipling, ya son otras historias.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

En 1968, las memorias de Philby fueron publicadas con el título de *My Silent War* (existió edición en castellano ya descatalogada). El libro —de lectura interesantísima y muy sugestiva— mantenía silencio sobre diversos extremos de interés. Por ejemplo, pasaba por alto las circunstancias del reclutamiento y eludía tocar buen número de temas sensibles. Por supuesto, incluía una confesión de fe expresa en la URSS como esperanza de la humanidad. Afortunadamente, la URSS desapareció antes de finalizar el siglo xx y las premoniciones de Philby y las de tantos otros —que no siempre procedían de familias bien en las que alguno de los miembros podía dedicarse a jugar a la revolución con la seguridad de Occidente— se convirtieron en humo.

De menor interés —aunque en absoluto exentas de él— son las memorias de Eleanor Philby publicadas bajo el título de *Spy I Married.* Tras la caída de la URSS se publicaron también las memorias de Yuri Modin, el contacto del KGB con el denominado «grupo de Cambridge» del que formaba parte Philby. Tituladas *My Five Cambridge Friends: Burgess, Maclean, Philby, Blunt and Cairncross by Their KGB Controller* (existió edición en castellano ya descatalogada), presentaban algunos aspectos de interés, aunque pasaban por alto cuestiones de importancia vital.

Las biografías sobre Philby no escasean, aunque son de valor desigual. Merece la pena mencionar la reciente de Verne W. Newton, *The Cambridge Spies: The Untold Story of Maclean, Philby and Burgess in America,* 1993 —donde se analiza especialmente el papel de la red durante la guerra de

Corea comunicando a la URSS que Estados. Unidos no utilizaría la bomba atómica y propiciando así la entrada de China en el conflicto—, la de Guenrij Borovik, *The Philby Files: The Secret Life of Master Spy Kim Philby,* 1994 —que cuenta con abundante material procedente de entrevistas con Philby en Moscú y con el dossier del espía en el KGB, donde se muestra las dudas sobre su competencia que asaltaron no pocas veces a sus jefes

comunistas—, la ya clásica de Bruce Page, David Leitch y Philip Knightley, *The Philby Conspiracy* —precedida por una debida sólo a Knightley y titulada *Philby: the Life and Views of the K G. B. masterspy—,* y la de Douglas Sutherland, *Great Betrayal: The Definitive Story of Blunt, Philby, Burgess and MacLean,* 1982.

De enorme interés para el trasfondo, los antecedentes y las causas para el reclutamiento del personaje son las biografías de su padre «Jack» Philby en el que se conjugaba una serie de características —antisemitismo, esnobismo, pro-arabismo, disposición a ser corrompido por el poder de países islámicos— todavía presentes en la actualidad de no pocos políticos y comentaristas relacionados con Oriente Medio y Próximo. Entre las distintas obras cabe destacar de manera especial la de Elizabeth Monroe, *Philby of Arabia,* 1998.

22

¿Fue un fraude la victoria electoral de John E Kennedy?

La figura de John F. Kennedy estuvo teñida con anterioridad a su llegada a la Casablanca de un carisma especial que se sustentaba sobre aspectos como su juventud, su voluntad de cambio o su encanto. Sin embargo, contra lo que puede pensarse, ni uno solo de esos aspectos le permitió batir de manera aplastante a su rival, el republicano Nixon. En realidad, no fueron pocos los que apuntaron a una victoria electoral de Kennedy asentada en recursos no siempre ortodoxos. ¿Fue un fraude la victoria electoral de John E Kennedy?

John E Kennedy pertenecía por nacimiento a la clase multimillonaria, no por razones de sangre sino de espíritu empresarial, que tanto peso ha tenido sobre las decisiones políticas en Estados Unidos desde la fundación de este país. Su abuelo materno John E Fitzgerald, llamado popularmente «Honey Fitz», había sido un político notablemente corrupto al que se privó de su escaño en el congreso nacional precisamente cuando pudo probarse

que había amañado las elecciones para conseguirlo. Joseph (Joe) Kennedy, su padre, pertenecía a una estirpe de emigrantes irlandeses que se había enriquecido con negocios dudosamente legales y que siempre había demostrado veleidades políticas extraordinariamente conservadoras hasta el punto de sentir cierta simpatía hacia la figura de Hitler y manifestarse contrario a la entrada de Estados Unidos en la guerra mundial para combatir contra él.

Desde luego, J. F. Kennedy —en contra de lo que afirmaría la propaganda progresista— tampoco parecía que pudiera inquietar a los poderosos clanes criminales que, al menos, desde los años veinte han contado con un enorme peso en la evolución socio-política de Estados Unidos. De hecho, Joe Kennedy, cuya fortuna procedía de la época de la prohibición, había establecido contacto con el mafioso Sam (Mooney) Giancana en 1959 para estudiar las posibilidades de que la Mafia ayudara a su hijo John en la campaña presidencial. Según confesión de un familiar del conocido capo, en otoño de 1959, Giancana se entrevistó tres veces con Joe, el padre de los Kennedy, en el Ambassador East de Chicago con la intención de ultimar el acuerdo entre el jefe mafioso y el candidato a presidente. Recientemente ha salido incluso a la luz como otro de los encuentros se celebró en la oficina de un juez de prestigio. Al parecer, el acuerdo concluido entre ambas partes estableció que Giancana le ayudaría a llegar a la Casa Blanca y, a cambio, una vez que lo hubiera conseguido, John Kennedy lograría que Giancana dejara de ser incomodado por la acción de la justicia. En enero de 1960, Giancana ordenó al famoso cantante y actor Frank Sinatra que comenzara a trabajar en la campaña de elección de John F. Kennedy. Esperaba que el respaldo de «todo Hollywood» ayudaría a Kennedy a ser nominado candidato por el partido demócrata, primero, y elegido presidente, después.

Durante las primarias, Giancana se entrevistó varias veces con John Kennedy y su padre en Florida, Nueva York, Chicago y el Cal-Neva en el lago Tahoe. John estaba muy preocupado por los resultados en Virginia occidental a causa del voto conservador protestante y del sindicato de

mineros del carbón. Giancana aseguró a Kennedy que esos obstáculos serían vencidos a condición de que el mafioso Joe Adonis pudiera regresar al país una vez que él fuera presidente. El joven candidato aceptó la condición. La mafia de Chicago entregaría a Kennedy no menos de medio millón de dólares —la cifra pudo ser incluso muy superior— para su campaña electoral en las primarias de Virginia occidental. Una vez obtuvo la victoria en éstas frente a Hubert Humphrey pareció que nada le impediría obtener la ansiada nominación.

En sus conversaciones con Joe Kennedy, Giancana había insistido en que el vicepresidente de John debía ser Lindon B. Johnson, un político tejano que había obtenido algún triunfo electoral presumiblemente gracias a un pucherazo y al que la Mafia —en especial Carlos Marcello— deseaba en la Casa Blanca. Marcello estaba convencido de que el aparato político de Johnson podía controlar el sur de Estados Unidos, algo que había confirmado Jack Ruby, uno de los hombres de la Mafia de Chicago en Dallas, que volvería a aparecer en la trayectoria de JFK. La inclusión de Johnson en el ticket presidencial —una posibilidad que provocó las protestas de Robert Kennedy entre otros— tenía ciertamente otras ventajas aparte de las de bienquistarse con la Mafia. Johnson pertenecía al sector más conservador del partido demócrata y, presumiblemente, lograría el apoyo de ese ala para Kennedy. No resulta por ello extraño que Joe Kennedy no tardara en convencer a su hijo Jack de la pertinencia de la medida y que la colaboración entre Joe Kennedy, en representación del candidato, y Sam Giancana provocara una oleada de optimismo en las diferentes familias de la Mafia.

Las elecciones presidenciales resultaron especialmente reñidas. Hasta las once de la noche pareció que Kennedy iba a ganar con facilidad, pero a partir de la medianoche se produjo un cambio que llevó a la NBC a anunciar incluso el triunfo electoral de Nixon. Todos los estados agrarios del este y Ohio, Kentucky y Tennessee habían votado a favor de Nixon siquiera en parte para evitar la llegada de un católico a la Casa Blanca.

Además Illinois no parecía seguro y si fallaba este estado y el de Texas, Jack Kennedy podía darse por derrotado.

Sam Giancana controlaba de manera muy directa los barrios negros de Chicago y los de su banda, y arrojó toda la carne en el asador para asegurar el triunfo de Kennedy. Sus hombres llevaron a los votantes de un barrio a otro para que pudieran votar varias veces e incluso intimidaron a las personas que iban a depositar su sufragio. A lo largo del día, algunos ciudadanos que no habían entendido el mensaje de los mafiosos o lo habían desafiado terminaron con un brazo o una pierna rotos. De esta manera, Kennedy obtuvo el 80 por ciento de los sufragios en los barrios de Giancana y en los demás un nada desdeñable 60 por ciento. A escala nacional, la victoria de Kennedy se basaba en 112 881 votos sobre un total de más de 68 millones. En Nevada y Nuevo México la diferencia a su favor fue de menos de 2 500 votos y en once estados se registraron quejas de fraude electoral. Las victorias discutibles en Texas, Michigan, Nueva Jersey y Missouri le otorgaron 303 compromisarios, es decir, 34 más de los que necesitaba para ser elegido presidente. Con todo, Illinois fue esencial porque sin sus 27 compromisarios Kennedy sólo hubiera contado con siete más que Nixon y los 26 compromisarios demócratas de Mississippi, Georgia y Alabama, que no habían comprometido su voto, hubieran podido negárselo por temor a una política aperturista en el área de los derechos civiles.

Con la sospecha, nada infundada, de que Kennedy había ganado las elecciones gracias a la acción de la Mafia en ciertos barrios de Chicago, el partido republicano llevó a cabo en Illinois un recuento de los votos que parecía otorgar la victoria a Nixon por 4 500 sufragios de diferencia a su favor. Sin embargo, Daley, el alcalde de Chicago, se negó a llevar a cabo un recuento oficial. Sentaba así un precedente que su hijo volvería a seguir durante las elecciones presidenciales entre el demócrata Al Gore y George Bush Jr. varias décadas después, aunque en esta segunda ocasión el recuento estableciese sin lugar a dudas la victoria del candidato republicano.

Finalmente, Nixon aceptó las presiones de la Mafia para que reconociera su derrota. Fue una acción inteligente que, seguramente, repercutió favorablemente en su futuro. Por lo que se refiere a Edgar Hoover, el director del FBI, contaba con pruebas del fraude y podría haberlas sacado a la luz. Ciertamente no simpatizaba con Jack Kennedy, al que consideraba un personaje inmoral, pero sí mantenía buenas relaciones con Joe Kennedy desde hacía años y recibió de éste la promesa de que su hijo no lo relevaría de su cargo. En parte por esta razón y, en parte, porque no deseaba dañar la imagen de la presidencia, ya que la consideraba una magistratura que debía estar a salvo de cualquier rumor que perjudicara su imagen, Hoover optó por no revelar lo que sabía sobre los aspectos más turbios del proceso electoral. Aquella combinación de corrupción adinerada, de apoyo de la Mafia y de silencio de un servicio de inteligencia nacional contribuyó de manera esencial a que John F. Kennedy se convirtiera en el presidente de Estados Unidos. Su triunfo no se había debido ni a un carisma especial, ni a la esperanza en el cambio, ni a su superioridad moral o programática. Era un resultado directo del fraude.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Los antecedentes familiares de JFK han sido estudiados de manera bien documentada y, sin duda, sugestiva por J. H. Cutler, *«Honey Fitz»: Three Steps to the White House,* 1962 (sobre su abuelo) y R. Kessler, *The Sins of the Father,* 1996; R. J. Whalen, *The Founding Father,* 1964 y D. E. Koskoff, *Joseph P. Kennedy. A Life and Times,* 1974.

Por lo que se refiere a los tratos de los Kennedy con la Mafia, han sido analizados por S. M. Hersh, *The Dark Side of Camelot,* Boston, 1997, y C. Vidal, *La estrategia de la conspiración,* Madrid, 2000. Existe además un testimonio directo de los miembros de la Mafia en S. y Ch. Giancana, *Double Cross,* Nueva York, 1992 (existió edición en castellano pero se encuentra descatalogada).

¿Por qué y cómo tuvo lugar el asesinato de John E Kennedy?

De entre los enigmas históricos del siglo xx pocos han hecho correr tantos ríos de tinta como el relacionado con el magnicidio del presidente norteamericano John F. Kennedy. A casi cuatro décadas de distancia pueden responderse preguntas como ¿por qué y cómo tuvo lugar el asesinato de John F. Kennedy?, y perfilarse con relativa seguridad las razones y las circunstancias en que tuvo lugar el acontecimiento, el porqué y el cómo del asesinato de John F. Kennedy.

La ayuda de la Mafia a los Kennedy para lograr la elección a la presidencia de JFK proporcionó sobrados motivos al mafioso Sam Giancana para sentirse satisfecho. Si todo iba como cabía pensar, para la Mafia se abría un período de excepcional bonanza y ganancias económicas en el que colaboraría casi de igual a igual con la CIA. Se trataba de un paso que iba mucho más allá de la compra habitual de políticos o de los pucherazos electorales. La alegría comenzó a dejar sitio al resquemor cuando saltó la noticia de que el puesto de fiscal general sería ocupado por Robert Kennedy. La medida fue forzada por Joe Kennedy y es posible que, fundamentalmente, sólo se persiguiera con ella evitar cualquier acusación de fraude electoral que pudiera privar a Jack Kennedy de la presidencia. Sin embargo, John Kennedy encomendó a su hermano Robert el mayor ataque contra el crimen que hubiera conocido nunca la sociedad norteamericana. Durante este enfrentamiento fueron pronunciadas 288 condenas de personajes del crimen organizado, de las que 35 lo fueron ya tan sólo en 1960. En apenas unos meses, JFK había perdido a uno de sus aliados iniciales.

La CIA tendría poco después una nueva razón para sentirse a disgusto con Kennedy. Tras haber fracasado no menos de tres intentos de asesinato preparados contra Fidel Castro, Kennedy dio luz verde a un proyecto de invasión de Cuba cuyo origen se hallaba en la presidencia de Eisenhower.

Así se produjo el desembarco en Bahía Cochinos y el primer revés serio de la presidencia de Jack Kennedy. El plan de invasión pudo haber triunfado perfectamente, y su fracaso sólo puede atribuirse a un error táctico relacionado con la destrucción de los últimos aviones con los que contaba Castro. Este error, quizá provocado, fue atribuido por Kennedy a segundas intenciones. Así, aunque en público asumió caballerosamente toda la responsabilidad del fracaso, en privado acusó de él a la CIA. Buena muestra de su cólera con esta agencia fue que destituyó a Allen Dulles, su director; al general Charles Cabell, su subdirector; y a Richard Bisell, el director de operaciones encubiertas. No se trataba de una simple crisis. John Kennedy afirmaría entonces que tenía intención de «deshacer la CIA en mil pedazos».

Sin embargo, no sólo la Mafia y la CIA tenían poderosas razones para sentirse a disgusto con Kennedy. También la política social y económica del nuevo presidente distaba mucho de ser atractiva para determinados grupos de presión. Al inicio del mandato de Kennedy, el problema principal con el que se enfrentaba Estados Unidos era el de la recesión económica. La tasa de desempleo estaba situada por encima del 8 por ciento, lo que significaba cinco millones de parados. De éstos, cerca de dos millones llevaban un tiempo prolongado en esa situación. Además, la crisis resultaba especialmente grave en algunos sectores sociales, como los jóvenes, o geográficos, como los Apalaches cuya minería había entrado en crisis. Al respecto, la política de Kennedy tuvo un acento social innegable, aunque el mismo no estuviera libre de reparos. Por primera vez —y a pesar de sus vacilaciones— se abordó de manera directa el problema del racismo en la sociedad norteamericana. También los más desfavorecidos —un número considerable de pobres en una sociedad opulenta— fueron objeto de las acciones de Kennedy. En febrero de 1961 se aumentaron las prestaciones de la seguridad social y el salario mínimo aumentó de un dólar a un dólar y cuarto a la hora, disposición esta última que benefició a cuatro millones adicionales de trabajadores. Asimismo se amplió el tiempo para cobrar el subsidio de desempleo e incluso se aprobó la *Area*

Development Act — vetada dos veces por el republicano Eisenhower— que estaba dirigida a fomentar la economía de ciertas zonas, especialmente aquellas donde el apoyo electoral obtenido por Kennedy había sido débil. Fiscalmente, en 1962, cuando ya se percibía el inicio de la recuperación económica, Kennedy logró que el Congreso aprobara, con modificaciones, una ley de la renta destinada a aumentar el crecimiento económico. En 1963, incluso presentó un nuevo proyecto de ley —que quedaría detenido en el Congreso — que contemplaba reducciones de impuestos atendiendo especialmente a las personas con rentas bajas y a los mayores de sesenta y cinco años.

Sin embargo, las medidas fiscales y económicas propugnadas por Kennedy —a las que se resistió generalmente el Congreso— no sólo buscaban favorecer a los pobres sino que también amenazaron directamente los beneficios de importantes segmentos de la actividad económica. Dos de estas acciones resultaron especialmente negativas para Kennedy. La primera, conocida como la *Kennedy Act,* fue aprobada el 16 de octubre de 1962. Si hasta entonces la ley había distinguido entre los beneficios repatriados y los reinvertidos en el extranjero, ahora ambos quedaron sujetos a la presión fiscal. La nueva norma afectaba a la industria en bloque pero, especialmente, dañaba los intereses de los magnates del petróleo. Por aquella época, éstos estimaron que sus beneficios relacionados con las inversiones en el extranjero se reducirían hasta el 15 por ciento, es decir, ganarían aproximadamente la mitad de lo que estaban percibiendo hasta entonces.

Asimismo Kennedy tenía la pretensión de evitar que las compañías se aprovecharan de los recovecos de la ley fiscal para eludir el pago de impuestos incluyendo la denominada *«depletion allowance»* que permitía a los magnates del petróleo declarar exento de impuestos hasta el 27,5 por ciento de sus ingresos. La medida provocó una lógica oleada de impopularidad de Kennedy entre las compañías petroleras, buena parte de las cuales mantenían una estrecha relación con L. B. Johnson, el vicepresidente de Estados Unidos.

La segunda tuvo como finalidad acabar con un curioso monopolio detentado por el sistema de la Reserva federal. Partiendo de la Constitución americana que atribuye únicamente al Congreso la competencia para acuñar y regular la moneda, Kennedy llegó a la conclusión de que la deuda nacional podía reducirse si no se pagaba intereses a los banqueros del sistema de la reserva federal que imprimen el dinero para luego prestárselo con intereses. El 4 de junio de 1963, Kennedy firmó la orden ejecutiva 11 110 que ordenó la emisión de 4 292 893 815 de dólares en billetes de Estados Unidos a través del Tesoro Público y no del sistema de reserva federal. Ese mismo día, el presidente firmó una ley cambiando el patrón de respaldo de los billetes de uno y dos dólares de la plata al oro.

Con todo, el empeoramiento de las relaciones de Kennedy con el mundo financiero y empresarial posiblemente tuvo su punto álgido en el enfrentamiento con lo que el antiguo presidente Eisenhower había denominado el «complejo militar industrial». Hasta su llegada a la presidencia, Kennedy había compartido la visión oficial favorable a un aumento del gasto armamentístico. Sin embargo, su opinión comenzó a modificarse apenas se instaló en la Casa Blanca.

Para empezar descubrió que el número de misiles balísticos intercontinentales que poseía la URSS era mucho menor del que se afirmaba de manera oficial. La cifra real no estaba situada entre los quinientos y los mil sino que se acercaba a la cincuentena. La única razón para mantener el gasto existente era conservar la posición prominente con que contaba el complejo militar-industrial. La desconfianza de Kennedy hacia este estamento —que ciertamente no fue disipada por el fracaso en Bahía Cochinos— tuvo como consecuencia inmediata la redacción de dos memorándum de acción de seguridad nacional (NSAM) en junio de 1961. En virtud de los mismos, Kennedy se reservaba el control de todas las operaciones de carácter armado tanto en tiempo de guerra como de paz.

La CIA —una vez más víctima de las decisiones presidenciales— sólo podría llevar a cabo operaciones encubiertas de escaso calado y cualquier

acción de mayor envergadura quedaría totalmente en manos del poder militar sometido y controlado por el propio presidente. Cuando en octubre de 1962 el presidente fue informado de que los soviéticos estaban estableciendo bases de misiles en Cuba, tanto la CIA como el mando militar favorecieron el bombardeo inmediato de los lugares en cuestión y una invasión de la isla. Sin embargo, Kennedy ya había decidido en esa época acabar con el período de la Guerra Fría y optó por una salida negociada. Sin embargo, la reacción de la CIA y del Pentágono distó mucho de ser tan positiva y los siguientes pasos dados por Kennedy sólo contribuirían a enajenarle cada vez más su apoyo.

Esta mala impresión empeoró cuando el 24 de noviembre de 1962, Kennedy se permitió incluso pasar por alto la licitación de Boeing —hasta entonces la primera concesionaria del gobierno en armamento aéreo— en el proyecto TFX *(Tactical Fighter Experimental) y* optó por la General Dynamics en la idea de que representaría un mayor beneficio social —y electoral— en las zonas pobres del país. A partir de ese momento, ninguna corporación armamentística —fuera cual fuera su peso sobre la administración— tenía ninguna garantía de que el presidente atendería a la mejor oferta. Por el contrario, todo indicaba que en adelante impondría sus propios criterios más políticos y electoralistas que económicos.

Por si todo lo anterior fuera poco, Kennedy estaba dispuesto a recortar drásticamente el gasto público que entonces favorecía los intereses del complejo militar-industrial. El 30 de marzo de 1963, el secretario de Defensa, Robert McNamara, anunció un programa de reorganización militar que se traduciría en el cierre de cincuenta y dos instalaciones militares en veinticinco estados y de veintiuna bases en ultramar, todo ello en un período de tres años. El 5 de agosto de ese mismo año, a pesar de las presiones en contra, Estados Unidos suscribió, junto a Gran Bretaña y a la Unión Soviética, un acuerdo que prohibía las pruebas nucleares en la atmósfera. Sin embargo, aún no había sido lanzado el mayor desafío contra el complejo militar-industrial.

El 9 de mayo de 1962, JFK manifestó en una rueda de prensa su voluntad de llegar a un acuerdo pacífico en Vietnam y su reticencia frente a la posibilidad de envío de nuevas fuerzas norteamericanas. De hecho, la situación de Vietnam había experimentado un cambio de tal relevancia que para Estados Unidos sólo cabía una implicación mayor en el conflicto — como pretendían de manera bastante comprensible el Pentágono y la CIA— o el abandono de lo que hoy se denominaría un conflicto de baja intensidad que, según la óptica con que se contemplara, no parecía tener relevancia especial. Kennedy optó por la segunda posibilidad y así se lo confesó a algunas de las personas que estaban más cercanas a él. El senador Mike Mansfield pudo escuchar de labios de Kennedy que existía «una necesidad de una retirada completa de Vietnam» pero que no podría dar ese paso de manera absoluta hasta que hubiera sido reelegido. El general Maxwell Taylor y el secretario McNamara, a su regreso de un viaje por Saigón, informaron el 2 de octubre al presidente que sería posible retirarse de Vietnam en 1965. Basándose en ese documento, el 11 de octubre de 1963 Kennedy aprobó un *Programa de Retirada Acelerada de Vietnam,* el memorándum de acción para la seguridad nacional (NSAM) n.° 263. De acuerdo con el mismo debían «retirarse 1 000 miembros del personal militar de Estados Unidos a finales de 1963» —casi el 50 por ciento de los efectivos—, aunque no debía llevarse a cabo un anuncio formal de la medida. Además se insistía en que habría que establecer un programa «para entrenar a los vietnamitas de tal manera que las funciones esenciales ahora realizadas por personal militar de Estados Unidos pudieran ser realizadas por vietnamitas a finales de 1965. Debería ser posible retirar el grueso del personal militar de Estados Unidos en esa época». En otras palabras, en contra de lo recomendado por el Pentágono y la CIA, frente a los deseos de una industria armamentística que contemplaba la posibilidad de una guerra en el Sureste asiático como una extraordinaria oportunidad de obtener beneficios económicos, John F. Kennedy había decidido abandonar Vietnam. Desdeñoso de lo que podía cernirse sobre él, Kennedy parecía creer en su ilimitada capacidad de

maniobra hasta el punto de que pronto resultó un secreto a voces que no sólo optaría a la reelección sino que además prescindiría de L. B. Johnson para su segundo mandato y que incluso se desharía de Edgar Hoover, el director del FBI. Derechos civiles y antirracismo; lucha contra el crimen organizado; reformas económicas, fiscales y financieras; recorte de los beneficios de las grandes corporaciones, especialmente las petroleras; eliminación de la CIA; control directo de las operaciones encubiertas; limitación del gasto militar; cierre de establecimientos y bases militares; avance hacia el final de la Guerra Fría… los pasos dados por la administración Kennedy hasta mediados de 1963 no podían dejar lugar a dudas en el sentido de que las reformas emprendidas desde la casa Blanca desafiaban a poderes fácticos demasiado poderosos y demasiado numerosos como para esperar una fácil victoria.

Sin embargo, a pesar de que las enemistades que se había ido granjeando JFK incluían a poderes como la Mafia o a empresarios corruptos, no puede caerse en la fácil tentación de representar la conspiración contra Jack Kennedy como una lucha de las tinieblas contra la luz. En realidad —y éste es un factor que no debe pasarse por alto—, no pocos debieron contemplar el enfrentamiento contra Kennedy no como la defensa de los peores intereses de poderosos grupos de presión sino como una causa noble. Al igual que había sucedido veinte siglos antes con Julio César, no eran pocos los que consideraban que a menos que se acabara con su vida podría convertir la República en una dictadura personal que, apoyada en acciones de carácter populista, sólo conservaría de republicana el ropaje.

En apariencia, las razones para llegar a esa conclusión no eran pocas. La familia Kennedy se había caracterizado por una trayectoria de corruptelas políticas que llegaban hasta su abuelo materno «Honey Fitz» y que incluían la obtención de la presidencia mediante unas elecciones amañadas y el nombramiento de un familiar como secretario de Justicia. Hasta la cruzada contra el crimen emprendida por Robert, lo cierto es que las relaciones de los Kennedy con el crimen organizado habían sido

excelentes, de manera que era comprensible pensar que quizá las acciones del fiscal general estaban más relacionadas con ajustes de cuentas del viejo Joe Kennedy o con el deseo de borrar huellas que inculparan a John que con el anhelo de limpiar de criminales el país. De la misma manera, para muchos la política de distensión kennedyana no era sino un signo de desconocimiento o incluso de debilidad a la hora de enfrentarse con la amenaza comunista. Desde su punto de vista, la ingenuidad —o la falta de agallas— de Kennedy podía resultar fatal. A esto se añadía finalmente la escandalosa inmoralidad sexual de los Kennedy. Aunque hoy en día son conocidas muchas de sus historias con actrices y prostitutas del más variado pelaje, en aquella época John cultivaba la imagen pública de esposo y padre modelo. No es de extrañar que muchos que lo conocían más a fondo lo consideraran un hipócrita redomado del que no cabía fiarse. Lejos de ser un reformador social honrado, John Kennedy aparecía ante los ojos de muchos como un demagogo peligroso que podía sacudir hasta los cimientos la sociedad norteamericana dañando imprudentemente cuestiones como su defensa, su estructura racial o su marcha económica por el simple deseo de satisfacer su ambición y la de su familia.

Para colmo de males, a lo anterior se sumaba un factor que fue visto con creciente inquietud. Todo hacía pensar que John, después de ganar un segundo mandato, apoyaría la candidatura a la presidencia de su hermano Robert y, posteriormente, la de su también hermano Ted. En resumen, los Kennedy presuntamente se planteaban seis mandatos seguidos que significarían casi un cuarto de siglo de gobierno ininterrumpido. A juzgar por lo acontecido en los tres primeros años de la Era Kennedy de ese plan surgiría una reestructuración tal de la sociedad norteamericana que afectaría fundamentalmente a los grandes grupos de presión —grandes corporaciones, multinacionales, crimen organizado, CIA y complejo militar-industrial— que la controlaban pero que también, so capa de avance social, podría reducir un sistema pulcramente democrático a la categoría de oligarquía familiar. Puede que para muchos, su «Nueva Frontera»

equivaliera a una revolución de talante democrático y social cuyas últimas consecuencias serían indeseables para segmentos muy poderosos del país. Para otros, sin embargo, no era sino un intento de apoderarse del país liquidando su estructura meritocrática para sustituirla por una demagogia dinástica. Por ello, enfrentarse a él constituía un deber tan sagrado como el de los republicanos romanos que levantaron sus puñales para asesinar a Julio César cuando pretendió convertirse en dictador. Pero fueran cuales fueran sus motivaciones, ambos —idealistas y prácticos— estaban de acuerdo por igual en que la única forma de evitar que ese plan se llevara a cabo consistía en desplazar a Kennedy de la presidencia y de que para lograrlo sólo existía una manera, que era la de recurrir al asesinato. La conspiración no pretendía ni implantar una utopía ni destruir a perpetuidad el sistema democrático. Deseaba actuar como muro de contención frente a lo que se vaticinaba como un desastre.

El 22 de noviembre de 1963, a las doce y media del mediodía, J. E Kennedy fue asesinado a tiros en una calle de Dallas, Texas. A las pocas horas se detuvo a un hombre llamado Lee Harvey Oswald. Se le sometió a un interrogatorio que duró horas. Sin embargo, ni estuvo presente un abogado ni, supuestamente, se conservaron notas del mismo. Cuando Oswald compareció, detenido, ante una conferencia de prensa se enteró de que le estaban acusando de ser el responsable del asesinato del presidente. Aturdido, insistió en que no tenía nada que ver con aquello y que era simplemente un «cabeza de turco» *(patsy).* Desde luego, las pruebas inculpatorias —unas fotografías amañadas de Oswald con el fusil del que supuestamente habían salido los disparos que mataron al presidente— eran más que débiles y es dudoso que un jurado lo hubiera condenado de haberlas examinado.

No hubo ocasión. Dos días después del magnicidio, el 24 de noviembre, Jack Ruby, un hombre vinculado con la Mafia —y con las operaciones de ésta con la CIA— pasó sin dificultad el cordón policial que custodiaba a Oswald y disparó sobre él causándole la muerte. La escena pudo ser

contemplada perfectamente por millones de espectadores, ya que se produjo ante las cámaras de televisión.

Pero si Oswald murió de una manera que obliga a pensar en un escenario preparado específicamente para su sacrificio, esa sensación resulta aún más acusada en el caso de J. E Kennedy. La misma noche del asesinato, su hermano Robert intentó establecer contacto con la Mafia convencido de que ésta había sido la autora material del crimen. La realidad es que, prescindiendo del papel que el crimen organizado pudiera tener en el asesinato, las circunstancias apuntan presuntamente a instancias mucho más elevadas en lo que a su dirección y ejecución se refiere.

Para empezar se hallaba la desprotección prácticamente absoluta bajo la que Kennedy realizó su trayecto por las calles de Dallas. La mañana del 22 de noviembre la comitiva presidencial había realizado un breve vuelo desde Fort Worth hasta Love Field, Dallas, y, tras aterrizar, había iniciado un desfile por la ciudad. De acuerdo con las reglas más elementales de seguridad, todas las ventanas situadas en edificios desde los que pudiera contemplarse el desfile debían haber sido cerradas y situados vigilantes para asegurarse de que continuarían así. Los vigilantes debían contar con radios y en caso de estar apostados en tejados también debían disponer de armas para el caso de que tuvieran que sofocar violentamente un atentado. Todas las bocas de alcantarillado tenían que estar también supervisadas para evitar que pudieran ser utilizadas por un magnicida. Además, cualquier persona que llevara paraguas, abrigos en el brazo o cualquier objeto donde se pudiera ocultar un arma debían ser registradas. Nada de esto fue llevado a cabo en Dallas por un servicio de seguridad que tenía décadas de experiencia en la protección de presidentes. Pero por si esto fuera poco, la ruta escogida por Forest Sorrels, del Servicio Secreto, en contra del criterio de la policía de Dallas, constituía un ejemplo de violación flagrante de las normas más elementales de seguridad. La ruta implicaba un giro de noventa grados desde Main Street a Houston Street e incluso otro aún más acusado desde ésta a Elm Street. Estas curvas

obligaban al automóvil del presidente a aminorar la velocidad precisamente en una zona de la ciudad donde el trayecto estaba dominado por edificios elevados.

Esta circunstancia quedaba agravada además por el hecho de que no se situaron agentes a ras de tierra, en el interior y en lo alto de los edificios para controlar la situación ni tampoco se proporcionó vigilancia aérea adicional. Además se había informado a los hombres del servicio secreto acantonados en Fort Worth de que no serían necesarios en Dallas y lo mismo sucedió con el 316 destacamento del 112 grupo de inteligencia militar situado en el Fuerte Sam Houston. Lejos de proporcionar protección al presidente, la impresión que se tiene examinando el escenario del atentado es la de que más bien se intentó privarle hasta de la cobertura de seguridad más elemental.

Cuando el automóvil en el que iba el presidente terminaba de dar la vuelta en la esquina de Houston a Elm Street se produjeron los disparos que acabaron con la vida de John Kennedy. La tesis oficial sostendría que habían sido efectuados desde el sexto piso del edificio de la biblioteca escolar de Texas —algo totalmente imposible si se hubieran seguido las normas elementales de seguridad—. Sin embargo, tal tesis resulta insostenible siquiera porque un enorme árbol tapaba la trayectoria existente entre el supuesto tirador y el coche presidencial. Cubierto el automóvil del presidente por el follaje del árbol en el momento del primer disparo, es más que dudoso que ningún tirador hubiera podido alcanzarlo desde esa posición y más todavía que hubiera podido disparar dos veces más acertando con precisión en el blanco siquiera en una de las ocasiones. Todo ello en el supuesto de que un tirador experto hubiera elegido un emplazamiento tan desfavorable para llevar a cabo el asesinato.

Inesperadamente, la tesis de que sólo había actuado un tirador, y desde ese lugar, se vino abajo por la filmación que del asesinato llevó a cabo un habitante de Dallas llamado Abraham Zapruder. Su película, oculta durante años a la opinión pública norteamericana, permite medir el intervalo entre cada disparo y también la trayectoria seguida por los

mismos. Así queda de manifiesto que, en realidad, una bala dio al presidente en la espalda dejando una marca en su chaqueta y en su camisa. Quizá Kennedy podría haberse inclinado como consecuencia de un movimiento reflejo pero llevaba puesto un corsé desde el cuello hasta la ingle —para remediar un desgarro muscular inguinal ocasionado durante una de sus relaciones sexuales con una mujer distinta de su esposa— que se lo impidió. Entonces otra bala le acertó en la cabeza destrozándole el cráneo y, según palabras de John Connally, el gobernador de Texas que iba con él en el automóvil, «cubriendo el coche de materia cerebral». La tercera bala se perdió —como incluso reconocería la Comisión Warren—, ya que un testigo llamado James Tague fue alcanzado en la mejilla por un fragmento de la bala o por una esquirla de granito desprendido por ésta a más de una manzana del automóvil presidencial. Un cuarto proyectil dio finalmente en el cuerpo del gobernador Connally. Es más que posible que el número de balas disparado contra Kennedy ascendiera a seis e incluso a nueve a juzgar por alguna grabación realizada en el momento y por diversos testimonios, pero en cualquier caso, cuatro balas no podían haber sido disparadas por un solo tirador en el tiempo concreto en que se realizó el atentado.

No sólo eso. La trayectoria de las balas exige que se sitúe el emplazamiento de tiro en un lugar distinto del sexto piso de la biblioteca escolar desde donde se afirmaría que habían sido realizados los disparos. De hecho, el análisis de la trayectoria de la bala que hirió a Tague permite ver que ésta fue disparada desde la ventana de un segundo piso situada en el edificio Dal-Tex, a espaldas del automóvil y sin ningún árbol que interfiriera el tiro. El 23 de noviembre de 1963 la marca de la bala fue retirada y reemplazada, una extraña circunstancia si se tiene en cuenta que Oswald, el presunto asesino solitario, estaba ya encarcelado. Por su parte, el estudio de la película filmada por Abraham Zapruder permite ver que el disparo fatal, el que destrozó el cráneo de Kennedy dispersando su masa encefálica, vino de la derecha, frente al automóvil y a la altura del

suelo justo desde una loma cubierta de hierba que sería señalada por algunos testigos como el lugar desde el que habían escuchado disparos.

Fueran quienes fueran los asesinos —al menos dos— del presidente Kennedy, lo que resulta indiscutible es que se trataba de expertos profesionales y que presuntamente contaron con un apoyo, siquiera indirecto, por parte de gente del Servicio Secreto que no puso en funcionamiento las medidas mínimas de seguridad y además trazó un trayecto para el automóvil del presidente especialmente idóneo para la comisión de un atentado.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La literatura relacionada con el asesinato de Kennedy es muy profusa pero, en realidad, no son muchas las obras que analizan la cuestión desde una perspectiva rigurosa. Tampoco las conclusiones en esos estudios son coincidentes. S. M. Hersh en su magnífico estudio *The Dark Side of Camelot,* Boston, 1997, acepta la versión oficial de la Comisión Warren y atribuye la autoría del asesinato única y exclusivamente a Lee Harvey Oswald. L. Fletcher Prouty —el militar en el que se basó Oliver Stone para el personaje de Mr. X en su película JFK— apunta en *JFK. The CIA, Vietnam and the Plot to Assasinate John E Kennedy,* Nueva York, 1996, a una conspiración motivada fundamentalmente por la voluntad de Kennedy de retirarse de Vietnam. Por su parte, S. y Ch. Giancana han subrayado en *Double Cross,* Nueva York, 1992, el papel de la Mafia en el magnicidio. Obras en las que se combinan varias de estas razones son las de J. Marrs, *Crossfire,* Nueva York, 1989, y, muy especialmente, la del fiscal Jim Garrison, protagonista de la película *JFK, On the Trail of the Assassins,* Nueva York, 1991.

Sobre el destino —sospechosamente trágico— de los testigos del asesinato debe acudirse a C. Vidal, *La estrategia de la conspiración,* Madrid, 2000.

Finalmente, resulta de especial interés la obra de R. y M. La Fontaine, *Oswald Talked. The New Evidence in the JFK Assassination,* Gretna, 1997.

En ella se incluye el testimonio de John Martino, un hombre relacionado con la Mafia, que, en junio de 1975, confesó a un periodista que había intervenido en el asesinato de JFK y que sus colaboradores en el crimen habían sido cubanos anticastristas.

24
¿Cuál fue la causa del escándalo Matesa?

El verano de 1969, la España gobernada por Franco se vio sacudida por las noticias relativas a un escándalo financiero. En apariencia, uno de los empresarios ejemplares de la época, Juan Vilá Reyes, era protagonista de un gigantesco fraude cuyas últimas ramificaciones llegaban hasta el mismo gobierno. Sin embargo, lo más sorprendente era que la prensa de la época se permitiera no sólo airear el asunto sino también pedir cabezas. El asunto Matesa marcó así un antes y un después pero, en realidad, ¿cuál fue la causa del escándalo?

El 5 de abril de 1969, los telespectadores españoles asistieron a la consagración mediática de un personaje llamado Juan Vilá Reyes. En el curso del programa de TV, «Esta es su vida», presentado por Federico Gallo, Vilá, inventor del telar sin lanzadera Iwer, fue presentado como un verdadero empresario modelo que a su notable juventud —cuarenta y cuatro años a la sazón— sumaba talento y éxito. Lo que ignoraban los millones de personas que contemplaban el programa era que tan sólo tres meses antes el ministro de Hacienda había ordenado una investigación sobre Maquinaria Textil del norte de España (Matesa), la empresa de Vilá Reyes. El pistoletazo de salida para dar ese paso había sido la visita a España del ministro argentino de Industria. En el curso de una entrevista con su homónimo español, éste le había dado las gracias por haber comprado 1 500 telares Iwer. El argentino restó importancia al hecho y además precisó las cifras. Tan sólo se había tratado de 120, el resto —1 380 — se encontraba, como se sabría después, en una nave situada cerca de Buenos Aires. Se habían exportado, eso era verdad, pero aún no tenían comprador. En apariencia al menos, Matesa estaba cobrando créditos de ayuda a la exportación, una exportación que, en realidad, no existía.

A finales de julio de 1969, la revista *Garbo,* dedicada fundamentalmente a corazón y moda, se había atrevido a señalar que

«una importante industria» conocida «por su capacidad exportadora» era objeto de vigilancia policial y añadido que «de producirse una situación judicial embarazosa… un banco no privado se vería fuertemente perjudicado por la misma». El 13 de agosto de 1969 debía celebrarse el Consejo de ministros de verano en el pazo de Meirás. El día antes tenía lugar en el Hotel Finisterre de La Coruña una especie de consejo oficioso presidido incluso por el presidente del gobierno Luis Carrero Blanco. El tema que salió inmediatamente a la luz fue Matesa. Espinosa San Martín, ministro de Hacienda, indicó que el saldo deudor de la sociedad al Banco de Crédito superaba ya los diez mil millones de pesetas, una cantidad que, por ejemplo, era mayor que el presupuesto del Ministerio de Agricultura. Después de él, habló Faustino García Moncó, ministro de Comercio y responsable de la exportación. García Moncó señaló la necesidad de recuperar los créditos y de ventilar responsabilidades. Con tal finalidad, apuntó que la solución sería proceder a la incautación de la empresa. En apariencia, la solución técnica era la más sensata, pero Manuel Fraga Iribarne, flamante ministro de Información y Turismo, la desechó señalando que «se trataba de una cuestión exclusivamente política y como tal había que tratarla». La afirmación de Fraga no se correspondía con la verdad pero indicaba de manera meridiana lo que iba a ser la actitud del sector azul con él a la cabeza. Matesa fue contemplada por la gente de Falange —cada vez más relegada en relación con los miembros del Opus Dei— como una oportunidad de oro para recuperar un terreno perdido en los últimos tiempos. No en vano hacía muy poco que Juan Carlos de Borbón había sido jurado sucesor del Jefe del Estado, un paso que el Opus consideró un éxito y que no pocos de los azules vieron como una derrota. Ahora parecía llegado el momento del desquite y, a fin de aprovechar la situación, la prensa cercana a Falange insistió en que Vilá Reyes pertenecía al Opus — algo que siempre negaría el empresario a pesar de reconocer que contaba con numerosos amigos en el grupo— y no dejó de señalar a los supuestos responsables. Así, mientras *El Noticiero* de Zaragoza defendía la banca privada (no en vano, la nacionalización de la Banca era

uno de los aspectos ideológicamente defendidos por la Falange), *SP* sacaba pecho a favor de la banca pública y en contra de la privada. Un asunto de características dudosas se convertía de esa manera en la excusa para cargar contra los tecnócratas del Opus. Las piezas que fueron cayendo en aquella imprudente partida de ajedrez no resultaron escasas. El 24 de agosto de 1969 *SP* pedía, en un derroche de audacia, la dimisión de los ministros relacionados con materias económicas. A fin de cuentas, era uno de los medios del sector azul y no se cansaba de golpear a la banca privada. Sin embargo, antes de que acabara el mes tuvo que cerrar asfixiado por una banca privada que no tenía ningún interés en verse atacada con motivo o sin él. En apariencia parecía que los azules perdían en los medios mientras que en la calle era el Opus el golpeado. Franco retrasó la crisis hasta el 29 de octubre y entonces la solventó a su estilo típicamente fernandino de asestar un palo al burro negro y otro al burro blanco. En la remodelación cayeron por la parte del Opus García Moncó y Espinosa, y por los azules Solís y Fraga Iribarne. Por supuesto, Vilá Reyes no podía esperar salir incólume de aquel escándalo que se había llevado por delante un periódico y a varios ministros. Fue condenado por el juzgado de delitos monetarios a tres años de cárcel y 1658 millones de multa. Ser el inventor de un telar sin lanzadera que revolucionó el mercado y compitió con la Suzler suiza, compañero de cacería de Giscard d'Estaing e incluso colaborador financiero en la campaña electoral de Richard Nixon no le sirvió de nada en aquellos momentos. Más útil le resultó el sistema de corrupción que conocía considerablemente bien.

La primera condena de Vilá Reyes se produjo en una jurisdicción especial y la sentencia le fue comunicada al encausado en prisión. Vilá Reyes presentó entonces un recurso ante el Tribunal Económico Administrativo Central (TEAC) con la intención de mostrar que podrían haber existido irregularidades pero que el gobierno las conocía de sobra. La vista ante el TEAC tenía que haberse celebrado el 28 de mayo de 1971 y la situación difícilmente podía resultar más delicada. De confirmarse la sentencia, todos los bienes de Vilá Reyes tendrían que ser incautados.

Preocupado por esa posibilidad, Vilá Reyes, en contra del consejo de su abogado, el antiguo ministro de la república, José María Gil Robles, envió una carta a Carrero Blanco en la que le indicaba que iba a hacer llegar un dossier sobre evasión de divisas a distintos procuradores en Cortes, magistrados del Supremo y prensa nacional e internacional… Al parecer, a Carrero Blanco la carta le produjo una profunda irritación pero, al fin y a la postre, la vista se aplazó cuatro meses, hasta el 24 de septiembre. No llegó tampoco entonces a tener lugar. El día antes de la celebración, la vista se suspendió nuevamente y el 1 de octubre, alegando el 35 aniversario de su exaltación a la jefatura del Estado, Franco firmó un indulto que, por primera vez, incluía los delitos monetarios. El TEAC confirmaría la sentencia inicial pero Vilá Reyes no permanecería en prisión gracias al citado indulto. Al final, gracias a la intervención directa de Franco, todo el asunto había quedado en agua de borrajas, aunque los azules hubieran perdido la última oportunidad de reconquistar el terreno perdido y el Opus emergiera del episodio marcado por el signo de la corrupción.

Con la distancia que otorga el tiempo cabe preguntarse si estaba justificado el ruido que causó el asunto Matesa. De entrada, la irregularidad en materia de exportaciones se hallaba en aquellos momentos a la orden del día. A pesar de que el gobierno había anunciado ya en 1965 que una de sus prioridades era la exportación, la legislación de la época era demasiado intervencionista como para permitirlo. Hubiera sido lógico cambiarla pero la liberalización distaba mucho de resultar agradable a un régimen que, no obstante, a finales de los cincuenta había podido sobrevivir precisamente gracias a la labor liberalizadora capitaneada por algunos ministros del Opus. De esa manera, para conseguir un crédito a la exportación del Banco de Crédito industrial —que entonces tenía el monopolio de estas operaciones — era necesario contar con pedidos en firme, pero éstos generalmente no llegaban a cuajar sin que los empresarios contaran con un sistema de financiación de confianza. En resumen, se trataba de un círculo vicioso difícil de romper en la práctica. Precisamente por eso, se mantenía una legislación

intervencionista y disparatada y, a la vez, se consentía la irregularidad como forma de acción, una irregularidad que no sólo tenía fines de expansión económica sino que también era susceptible de implicar jugosas corruptelas. A la sazón, más de una editorial despegaba en el terreno económico mediante el cobro de ayudas a la exportación, una exportación que no pocas veces consistía en trasladar meramente los libros hasta Hispanoamérica para que allí se convirtieran en pasta de papel o se pudrieran en algún hangar. En ningún caso, episodios de este tipo saltaron a la prensa con una repercusión ni lejanamente similar a la de Matesa.

A esta situación —bastante extendida, por otra parte— hay que añadir, sin embargo, lo relativamente fácil que hubiera sido resolver el problema de no existir otros condicionantes. Por ejemplo, Matesa parece que efectivamente era solvente y hubiera podido, caso de haber sido intervenida, pagar las deudas pendientes. Sin embargo, el Consejo de ministros optó por liquidarla de manera apresurada y malbaratando su activo. De la misma manera, la Compañía aseguradora Crédito y Caución S. A. eludió su responsabilidad en el pago de los préstamos concedidos a Matesa. Sin embargo, entre el 8 de julio de 1977 y el 12 de diciembre de 1978, una serie de sentencias derivadas de demandas presentadas por el Banco de Crédito Industrial condenó a Crédito y Caución. Como punto final, el régimen optó por echar tierra al asunto recurriendo a un indulto que sólo sirvió para magnificar el escándalo. Sus razones no estuvieron, por lo tanto, en la irregularidad —habitual en la exportación de la época— ni en la corrupción administrativa —relativamente extendida— ni tampoco en la insolvencia —dudosa— de la empresa. Las razones se hallaron en una batalla política y mediática desencadenada por la Falange contra el Opus en un intento vano de controlar el poder, una batalla que se vio propiciada por una legislación intervencionista en cuya adopción la propia Falange había tenido un papel esencial.

25

Quién planeó el atentado contra Juan Pablo II?

El 13 de mayo de 1981 un terrorista turco llamado Alí Agca abrió fuego contra Juan Pablo II mientras recorría en automóvil la plaza de San Pedro. El atentado estuvo a punto de costar la vida al pontífice más importante del siglo xx y, sin duda, uno de los más relevantes de la historia de la Iglesia católica. Inmediatamente, comenzaron a acumularse las preguntas. El autor material del homicidio frustrado resultaba obvio, pero ¿había actuado de manera aislada o, por el contrario, formaba parte de una conspiración más amplia? En caso afirmativo, ¿quién había planeado el atentado contra Juan Pablo II?

La llegada al trono papal de un cardenal polaco planteó una alteración sustancial en la dialéctica de la guerra fría. De manera casi automática —y comprensible— en Polonia se produjo una reacción contra el gobierno comunista que arrancaba de causas sociales, económicas y políticas pero que además encontraba aliento en el apoyo moral del nuevo papa. La situación amenazó con ser tan delicada que en 1979 la secretaría del Partido Comunista de la URSS elaboró un informe en el que se recomendaba el asesinato de Juan Pablo II. El texto se encontraba firmado entre otros por Yuri Andropov, a la sazón jefe del KGB y por un oscuro funcionario llamado Mijaíl Gorbachov.

Sin embargo, la URSS no podía llevar a cabo una operación que la comprometiera gravemente en caso de ser descubierta. Con tal finalidad, Iván Lukashin, del KGB, al que se ordenó la planificación del atentado, solicitó la colaboración de la DS búlgara. Ésta, verdadera sucursal de la inteligencia soviética, debía encontrar a los asesinos y ejecutar el plan. En 1981, la DS se puso en contacto con esta finalidad con un turco llamado Alí Agca que contaba veintitrés años de edad.

Agca pertenecía al Partido de Acción Nacional —también conocido como los Lobos Grises—, un grupo que la prensa occidental calificaría de fascista, aunque lo cierto es que se acercaba más a un nacionalismo islámico manipulado por el KGB. De hecho, Agca había recibido entrenamiento como terrorista en Siria —al igual que miembros de grupos terroristas como el IRA, ETA, la OLP o el Frente sandinista— y en 1979

había participado en el asesinato de un editor turco de carácter liberal. Al día siguiente del atentado, Agca había emitido un comunicado en el que amenazaba a «Juan Pablo II, jefe de los cruzados» y pudiera darse la circunstancia de que esa afirmación llamara la atención de la DS.

En julio de 1980, Agca se encontraba en Sofía, donde estableció contacto con la DS y en la primavera del año siguiente recibió la orden de asesinar a Juan Pablo II entregándosele cuatrocientos mil dólares. Agca dedicó las siguientes semanas a recorrer Europa en viaje de placer, sin excluir España, donde se le proporcionó la pistola Browning con que debía llevar a cabo el asesinato.

El 10 de mayo de 1981, Agca ya se hallaba en Roma. Sin embargo, a esas alturas el turco tenía serias dudas sobre el proyecto en el que se había embarcado y comenzó a temer que acabaran con su vida una vez realizado. En previsión de que sucediera tal cosa, Agca entró en contacto con la CIA y la puso al corriente de lo que iba a suceder. La CIA creyó en las palabras del turco pero le instó a que siguiera adelante con el plan. Debía llegar hasta la plaza y así permitir que los agentes norteamericanos inculparan al KGB pero, bajo ningún concepto, tenía que matar al papa.

A primeras horas de la tarde del 13 de mayo —festividad de la Virgen de Fátima—, dos turcos y dos búlgaros condujeron a All Agca hasta la plaza de San Pedro a fin de que asesinara a Juan Pablo II. Allí se quedó en compañía de Oral Celik, un compatriota amigo suyo. A las cinco horas, el automóvil papal pasó bajo el arco de las campanas. Se detuvo empero para permitir que el papa abrazara a una niña. En ese momento, desde la segunda fila, surgió una mano que apuntó a Juan Pablo II y le descerrajó dos tiros. A continuación Agca intentó huir pero una monja franciscana le agarró impidiéndole escapar y dando lugar a que otros se abalanzaran sobre el terrorista inmovilizándolo.

El pontífice fue conducido inmediatamente al hospital Agostino Gemelli, donde se le renovó la sangre por temor a que los proyectiles estuvieran envenenados. La intervención salió bien y el papa, convencido de que la Virgen le había salvado la vida, dispuso que su siguiente

operación tuviera lugar el 5 de agosto, festividad de la Virgen de las Nieves. Nuevamente el papa experimentó un resultado favorable, aunque antes padeció la amargura de contemplar cómo en el referéndum sobre el aborto tan sólo el 30 por ciento de los italianos votaba de acuerdo con sus directrices.

All Agca fue juzgado el 22 de julio y condenado a cadena perpetua. Por su parte, Leonid Brezhnev, el dictador soviético, falleció el 10 de noviembre de 1982 convencido de que resultaría imposible una victoria militar sobre Occidente. El 16 de junio de 1983, Andrópov pasó a ser el nuevo dictador. Este cúmulo de circunstancias iba a tener una importancia decisiva en las ulteriores investigaciones sobre el caso. El juez Ilario Salvatore Martella decidió en 1984 abrir juicio contra tres búlgaros y cuatro turcos en la esperanza de aclarar los últimos extremos de la trama pero la razón de Estado iba a prevalecer. Tanto el italiano Giulio Andreotti como la CIA hicieron lo posible por impedir el esclarecimiento de acuerdo con razones de Estado. Sin embargo, el antiguo jefe del servicio secreto búlgaro Konstantín Karadhzov grabó en cinta magnetofónica una confesión en la que establecía que el KGB había planificado el atentado utilizando a la DS como correa de transmisión y a Alí Agca como peón de brega.

La confesión —que recorrería Europa— dejaba de manifiesto que todo había sido fácil porque el KGB contaba con espías en la Santa Sede, un extremo que sería confirmado por Boris Solomatin, jefe del espionaje soviético en Roma. Quizás esta circunstancia explique que, a pesar de que Ceaucescu comunicó al Servicio Secreto francés la trama y a su vez éste la hizo saber al Vaticano, nadie tomó medidas para proteger a Juan Pablo II. Los datos estaban claros, pero ahora, con Andrópov en el poder y la posibilidad de distensión al alcance de la mano, ni Italia ni Estados Unidos deseaban que lo que se denominó «trama búlgara» saliera a la luz estropeando proyectos diplomáticos de futuro. Sin embargo, lo que tuvo lugar no fue la distensión. Al fin y a la postre, el sistema soviético se colapsó y lo hizo bajo el gobierno de Mijaíl Gorbachov, uno de los firmantes del plan para matar a Juan Pablo II.

26
¿Cómo destruyó Israel el programa atómico de Saddam Hussein?

En 1975, Saddam Hussein contaba con la posibilidad de disponer de armas nucleares en un espacio de tiempo inferior a una década. Para conseguir semejante objetivo había logrado el apoyo inicial de la URSS pero, sobre todo, el mucho más importante de Francia. Cuando a inicios de los años ochenta, el armamento atómico se encontraba al alcance de la mano del dictador iraquí, un golpe de mano protagonizado por la aviación israelí puso brusco final a ese sueño, pero ¿cómo destruyó Israel el programa atómico de Saddam Hussein?

La década de los setenta resultó de especial relevancia en la vida de Saddam Hussein. A inicios de la misma concluyó con la URSS diferentes acuerdos que aseguraron a Iraq el final de la rebelión kurda en el norte y un suministro continuo de sofisticado armamento. Por si fuera poco, una serie de pactos con Francia le facilitó evitar el boicot internacional tras la nacionalización del petróleo iraquí, le suministró armas como los Mirage F1 y los helicópteros Gazelle, le permitió comenzar la fabricación de armamento químico gracias a la colaboración del Institut Merieux y, sobre todo, puso a su alcance la posibilidad de proveer armamento nuclear. Aunque, ciertamente, los primeros pasos en el camino de las armas atómicas los dio Iraq bajo la tutela de la URSS, Brezhnev no tenía ningún interés en la ampliación del club atómico y a mediados de la década se negó a seguir proporcionando ayuda a Iraq en este terreno.

De esta situación emergió la dictadura árabe gracias al apoyo de Francia y, muy especialmente, de su primer ministro Jacques Chirac. En 1975, Francia aceptó vender a Iraq —a cambio de jugosísimas contraprestaciones — un reactor experimental (Osiris) y un modelo a escala (Isis) que podían producir plutonio destinado a la fabricación de armamento nuclear. Ciertamente, la decisión francesa era rentable en

términos económicos pero implicaba una gravísima irresponsabilidad política y moral al colocar en manos de una dictadura estrechamente relacionada con distintos grupos terroristas la facultad de utilizar armas atómicas. Que el primer objetivo de ese armamento sería Israel no ofrecía ningún género de dudas y por eso no resulta extraño que, en abril de 1979, este país llevara a cabo una operación encaminada a eliminar este riesgo. Recibió el nombre de «Big Lift» y tuvo como escenario la planta de Seine-sur-Mer, cerca de Tolón. Tras penetrar en la misma, los agentes israelíes colocaron explosivos en el núcleo de los reactores destinados a Iraq de tal manera que se vieran dañados pero que no se ocasionaran perjuicios al resto del complejo industrial. El resultado fue que se produjo la destrucción del 60 por ciento de los componentes del reactor —ocasionando pérdidas valoradas en unos veinte millones de dólares— pero sin causar daño alguno al restante material almacenado. Para intentar borrar las huellas, una organización ecologista denominada Groupe des Écologistes Franwais se atribuyó el atentado. Que la tal organización no existía lo sabía todo el mundo. Por su parte, la prensa —con su agudeza habitual para este tipo de asuntos— atribuyó el atentado a la extrema izquierda, al FBI y a los terroristas palestinos.

La operación había concluido, por lo tanto, con éxito y retrasó el programa nuclear iraquí pero no conjuró de manera definitiva el peligro. En julio de ese mismo año, Saddam Hussein —al que preocupaba enormemente la llegada al poder en Irán del ayatollah Jomeini— dio un golpe de estado que le permitió pasar de ser el número dos del régimen a convertirse en presidente. Con este paso —que en buena medida consagraba una realidad fáctica—, la situación, ya de por sí peligrosa, confirmó su enorme riesgo. A fin de cuentas, Francia estaba dispuesta a seguir colaborando con la dictadura de Saddam Hussein y éste continuó haciéndose con los materiales y los científicos indispensables para su programa de armamento nuclear. El siguiente golpe contra el mismo vino, no de una opinión internacional al parecer nada preocupada por tan terrible hecho sino, una vez más, de Israel.

El Mossad sabía que en París residía Yahya al-Meshad, un científico nuclear de origen egipcio al que Saddam Hussein había reclutado para su programa de armamento nuclear. Meshad servía de intermediario entre Francia e Iraq y en uno de sus últimos viajes había anunciado a los franceses que estaban a punto de «dar un giro a la historia árabe». El primer plan del Mossad estaba encaminado a reclutar a Meshad pero pronto quedó de manifiesto que no sería posible. Sabedores de que iba a ocupar la habitación 9041 del hotel Méridien de París, los agentes israelíes recibieron la orden de ocuparse de él. Para conseguirlo contaron con la ayuda de una prostituta llamada Marie-Claude Magal que respondía al mote de «Marie Express». La Magal ignoraba quién pagaba sus servicios pero no le importaba. En este caso en concreto, se trataba de complacer la perversión sadomasoquista de Meshad. Antes de que llegara la Magal, Meshad recibió una visita de un agente del Mossad que tenía la misión de reclutarlo. Meshad se negó y de esa manera selló su destino. Los agentes israelíes permitieron, en un curioso gesto de conmiseración, que Meshad estuviera dos horas disfrutando de los servicios de la Magal y que ésta abandonara la habitación. Luego, mientras Meshad dormía, entraron en la suite y le cortaron la garganta.

La policía francesa no tuvo ninguna duda de que se trataba de un asesinato perpetrado por profesionales, ya que no faltaba ni el dinero ni la documentación de la víctima. La Magal, asustada por lo sucedido, acudió a la policía y relató cómo, al llegar a la suite, se había encontrado a Meshad enfurecido porque habían intentado reclutarle. No pudo contar mucho más. El 12 de julio de 1980, mientras hacía la calle en el bulevar Saint-Germain fue atropellada por un Mercedes negro y murió.

La muerte de Meshad significó un nuevo retraso en el programa iraquí pero no su interrupción. Aquel mismo año, Irán fue invadido por Iraq, y Francia llevó a cabo una entrega a este último de uranio enriquecido. El peligro de un conflicto nuclear en la zona se incrementaba y más teniendo en cuenta que las tropas de Saddam Hussein no tardaron en dejar de manifiesto su incapacidad para ganar una guerra que estuvo

erróneamente planteada desde antes de su inicio. Entonces el gobierno de Israel tomó una decisión de enorme trascendencia.

La idea de destruir desde el aire la planta nuclear de Iraq se tomó durante la primavera después de que el primer ministro israelí Menahem Beguin supiera por informes del Mossad que en julio comenzaría a funcionar el reactor. El ataque se fijó para finales de abril pero hubo que retrasarlo cuando Ezer Weizman, anterior ministro de defensa, comentó que estaba preparando una operación de enorme riesgo que antecedería a las elecciones.

Se trató tan sólo de un retraso temporal, ya que volvió a fijarse fecha para el 10 de mayo. Si esta vez no se llevó a cabo fue porque el dirigente laborista Shimon Peres —el eterno aspirante y, a la vez, eterno perdedor en la carrera por ser primer ministro de Israel— envió una nota personal a Beguin manifestándole que debía abandonar el proyecto porque no podía tener éxito y además aislaría internacionalmente a Israel. De manera bastante sensata, Beguin desoyó el consejo de Peres.

El 7 de junio de 1981, a las cuatro de la tarde, dos docenas de aviones F-15 y F-16 de fabricación norteamericana despegaron de Beersheba, Israel. Su misión era destruir desde el aire la planta nuclear iraquí situada en Tuwaiza, a las afueras de Bagdad. Por debajo de la escuadrilla volaba un aparato que parecía un avión comercial de la Aer Lingus, una línea irlandesa que suele alquilar sus aviones a países árabes. En realidad, se trataba de un Boeing 707 israelí destinado al reabastecimiento. La especial agrupación de los aviones y el hecho de que no transmitieran mensajes les permitía volar sin ser advertidos por la aviación iraquí.

A mitad de camino, ya en territorio de Iraq, el Boeing 707 los abasteció de combustible y, acto seguido, se separó de la formación emprendiendo un vuelo que le llevaría a cruzar Siria y a aterrizar en Chipre como si se tratara de un aparato que siguiera una ruta comercial corriente. Hasta la frontera con Israel, el Boeing 707 contó con la escolta de dos cazas que se separaron entonces de él para dirigirse a Beersheba.

Los aviones israelíes sabían por informaciones obtenidas previamente que para causar el mayor daño posible a la instalación debían hacer impacto con sus proyectiles en la cúpula que constituía el núcleo de la planta atómica. Para acertar en ese punto concreto resultaba indispensable la colaboración de alguien que emitiera señales con un radiofaro, un aparato de dirección por radio que sirve para guiar. Los israelíes contaban con uno de sus hombres en el exterior emitiendo señales con un radiofaro pero, para mayor seguridad, lograron que el técnico francés Damien Chassepied llevara a cabo la misma tarea. Chassepied formaba parte del programa de colaboración suscrito por Chirac con Saddam Hussein pero había sido reclutado por el Mossad.

Sobre las seis y media de la tarde, ya en Iraq, los aviones israelíes que habían estado volando casi a nivel del suelo para eludir la acción del radar se elevaron seiscientos metros. Se trató de un ascenso tan rápido que burló las defensas del radar a la vez que la puesta del sol —situada a sus espaldas — deslumbraba a los iraquíes. Entonces, uno tras otro, los cazas descendieron en picado sobre el objetivo. No puede negarse que obtuvieron un éxito completo. La cúpula que cubría el reactor fue derribada hasta sus cimientos mientras los muros se desplomaban. Asimismo se produjeron daños en otros dos edificios, pero lo más importante es que el núcleo del reactor saltó por los aires. De manera que no ha sido suficientemente explicada, Damien Chassepied pereció también en la operación al no abandonar a tiempo el lugar. De hecho, fue la única víctima humana.

La reacción de los iraquíes ante el ataque fue ciertamente paupérrima. Totalmente cogidos por sorpresa, acertaron a disparar alguna salva pero ni dispararon los misiles SAM ni tampoco enviaron a su aviación en persecución de los atacantes. Es más que probable que durante un tiempo ignoraran incluso su verdadera procedencia, dada la situación de guerra con Irán.

Por su parte, los aparatos israelíes se dieron a la fuga con enorme rapidez. Así, atravesaron el espacio aéreo de Jordania y llegaron sanos y

salvos a Israel tres horas después de su despegue. Concluía así la denominada «Operación Babilonia».

Poco antes de las siete de la tarde, el general Rafel Eitan informó del éxito de la misión a Beguin, que esperaba, reunido con todo su gabinete, las noticias. Al parecer, al saber cómo se había desarrollado la expedición, Beguin exclamó *«Baruj Ha-Shem!»* (Bendito sea Dios). Con todo, es dudoso que supiera hasta qué punto aquel acto había tenido relevancia. No sólo evitó cualquier posible ataque nuclear contra Israel sino también que cuando unos años después Saddam Hussein invadió Kuwait se desencadenara una guerra atómica.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El Mossad cuenta con una aureola legendaria que, en honor a la verdad, hay que decir que no carece de base real. Con todo, esa circunstancia ha tenido como consecuencia directa la aparición de libros donde lo verdadero y comprobado se mezcla con lo imaginario y lo supuesto o fabulado. Ése es el caso, por ejemplo, de *Gideon's Spies: The Secret History of the Mossad,* 2000, de Gordon Thomas, un autor, por otra parte, que ha escrito algún libro repleto de errores sobre algún episodio de la historia española.

De mayor interés a nuestro juicio —aunque no exentas de opiniones discutibles— son las obras del antiguo agente del Mossad Victor Ostrovsky, *The Other Side of Deception: A Rogue Agent Exposes the Mossad's Secret Agenda,* 1994, continuación de *By Way of Deception: The Making and Unmaking of a Mossad Officer* (existe edición española pero ya descatalogada). Más centrados en el análisis histórico son los estudios de Gerald Westerby, *In Hostile Territory: Business Secrets of a Mossad Combatant,* 1998; Stewart Stevens, *The Spymasters of Israeli* 1981; Matt Webster, *Incide Israel's Mossad: The Institute for Intelligence adn Special Tasks,* 2003 y, especialmente, Ian Black, *Israel's Secret Wars: A History of Israel's Intelligence Services,* 1992.

¿Quién ayudó a Saddam Hussein a conquistar el poder?

Al igual que en el caso de Osama Bin Laden, no son pocas las voces que han repetido la tesis de que Saddam Hussein fue tan sólo una creación de Occidente, especialmente de Estados Unidos, que, finalmente, se volvió en su contra. La teoría tiene apariencia de ser plausible en la medida en que permite culpar una vez más a la política exterior norteamericana de todos los males existentes en el mundo, pero, en realidad, ¿quién ayudó a Saddam Hussein a conquistar el poder?

El camino que llevó Saddam Hussein de ser un joven huérfano nacido en 1937 en la aldea de Al-Uja (el giro) situada a las afueras de Tikrit a convertirse en dictador casi omnipotente de Iraq fue largo y dilatado. Aún más. Puede decirse con toda justicia que había pocas razones para esperar semejante éxito. Iraq se convirtió en monarquía el 23 de agosto de 1922 por voluntad expresa de los británicos. Su primer monarca, Faisal, fue débil y cuando falleció en 1933 fue sucedido por su hijo Gazim, un homosexual populista que obstaculizaba la continuidad de la dinastía y que, a pesar de caldear los ánimos con afirmaciones nacionalistas, se mostró incapaz de evitar la influencia extranjera. En 1941, el primer ministro iraquí Rashid Alí decidió aliarse con Hitler para expulsar a los británicos de Iraq pero el Führer no respondió a sus demandas de ayuda con suficiente rapidez y la revuelta fue aplastada. A pesar de todo, la idealización de los nazis caló en algunos sectores de la población y entre ellos se encontraba un tío de Saddam, Jairallah, que se ocupó del muchacho una vez que su padre desapareció de su vida por razones que no son fáciles de discernir y que, según algunos, apuntarían a la ilegitimidad del futuro dictador. Jairallah tuvo una enorme influencia en el destino de Saddam Hussein, ya que no sólo le inoculó su peculiar visión política sino que además le presentó a Ahmad Hassan al-Bakr, un oficial del movimiento Baaz que tendría una enorme influencia en la política iraquí.

A mediados de los años cincuenta, Estados Unidos comenzó a preocuparse por la situación en Oriente Medio, fundamentalmente a raíz de la política llevada a cabo por el egipcio Nasser, teñida de un nacionalismo árabe profundamente antioccidental. Así, en 1955, concluyó el pacto de Bagdad con Gran Bretaña, Turquía, Irán y Pakistán, a fin de asegurar la tranquilidad en la zona y evitar una mayor influencia soviética. Nasser respondió al acuerdo suscribiendo un pacto con la URSS y nacionalizando al año siguiente el canal de Suez, un paso que desencadenaría una guerra. A la sazón, Nasser era un referente para el mundo árabe —de manera sorprendente así lo sigue considerando en la actualidad algún arabista español— y su influencia, en general nefasta, se manifestó, por ejemplo, en el golpe de 14 de julio de 1958 en Iraq.

Considerado con toda razón como uno de los episodios más sangrientos de la de por sí cruenta historia de Oriente Próximo, el golpe comenzó con el derrocamiento del monarca y el asesinato de toda la familia real —sólo la esposa del regente se salvó y eso porque la dieron por muerta— y continuó con una purga de dimensiones difíciles de calcular. De esa manera, desapareció la monarquía y llegó al poder el general Abdul Karim Qassem, dirigente de un grupo denominado de los Oficiales Libres. Qassem había contado con la ayuda del partido nacional-socialista Baaz pero, por supuesto, no estaba dispuesto a verse fiscalizado por él. Llegado el momento, no tuvo ningún problema en tomar algunas medidas en contra del partido, y esta circunstancia llevó a un joven llamado Saddam Hussein, miembro del Baaz pero sin papel alguno en el golpe, a exiliarse en 1959. Los tres años y medio siguientes Saddam Hussein los pasó, primero en Damasco y luego en El Cairo. Posiblemente, allí hubiera permanecido indefinidamente de no ser por la evolución seguida por el general Qassem. En 1959 abandonó el pacto de Bagdad —lo que preocupó enormemente a Estados Unidos— y comenzó a depender de manera creciente de la ayuda soviética. Sin embargo, lo que acabó provocando la intervención norteamericana fue el plan de Qassem para invadir Kuwait. En febrero de 1963, Qassem fue derribado mediante un golpe planeado por la CIA.

Saddam Hussein, que no había tenido nada que ver en este golpe, se apresuró a regresar a Bagdad donde volvió a relacionarse con al-Bakr. No pudo hacer mejor elección porque, a la sazón, el nuevo presidente, Abdul Salam Arif, lo había recomendado como primer ministro por su papel en el derrocamiento de Qassem. El partido Baaz había garantizado a la CIA que habría juicios justos y que no se producirían excesos. En realidad, sucedió todo lo contrario. Los casos de detenidos, torturados y asesinados pronto se sumaron por millares y en ellos intervino de manera directa Saddam Hussein. Ciertamente, sobre el organigrama del nuevo poder su papel era insignificante pero ya se estaba situando dentro del partido en relación con los Servicios de Inteligencia, aunque de momento no pasara de ocuparse de tareas como la tortura o la visita a campos de concentración. En noviembre de 1963, Arif decidió deshacerse de los ministros del Baaz reemplazándolos por oficiales de confianza. Semejante medida apartó a al-Bakr, el mentor de Saddam Hussein, del poder, pero su peso en el partido Baaz se acrecentó al ocupar los vacíos dejados por la represión.

A esas alturas, Saddam Hussein —que había estudiado con verdadera fruición la vida y la obra de Stalin mientras estaba en El Cairo— se dedicó a colaborar con al-Bakr en la reestructuración del partido. El partido Baaz dedicó buena parte del año 1964 a barajar planes para asesinar al general Arif. No tuvieron éxito y, además, entre otras consecuencias, se tradujeron en el encarcelamiento de varios de sus miembros entre los que se hallaban Saddam Hussein y su tío. Saddam fue bien tratado en la cárcel entre 1964 y 1966 hasta el punto de que llegó a sospecharse que fuera un delator al servicio del gobierno. Finalmente, el 23 de julio de 1966 logró huir con dos baazíes. No estuvo mucho tiempo en la clandestinidad. En 1967, durante la guerra de los seis días, Iraq representó un patético papel frente a las fuerzas israelíes, circunstancia que fue aprovechada por el Baaz para agitar a las masas.

El 17 de julio de 1968, el partido Baaz dio un golpe de Estado que derribó a Arif. El episodio resultó incruento porque Arif aceptó retirarse del poder a cambio de que se le asegurara su integridad física. Lo que vino a

continuación era fácil de prever. Siguiendo fielmente el manual leninista, el partido Baaz se convirtió en el Estado a la vez que iba eliminando a las restantes fuerzas políticas. Por lo que se refiere a Saddam Hussein, su papel fue muy limitado hasta el punto de que fue el único de los conspiradores que no recibió un cargo gubernamental. A esas alturas, sin embargo, tenía más que decidido su ascenso por la escalera del poder y no deja de ser significativo que su primer peldaño fuera la articulación de macrojuicios que recordaban, seguramente no por casualidad, los que tuvieron como escenario Moscú en los años treinta. La primera de las ejecuciones tuvo lugar el 27 de enero de 1969 en el centro de Bagdad. De entre los ahorcados por espías —un cargo más que dudoso y que recuerda nuevamente a las víctimas de Stalin—, nueve eran judíos. Las muertes, que tuvieron lugar en un día declarado fiesta nacional y con una afluencia masiva preparada por el partido en el poder, estuvieron envueltas en soflamas contra Israel y Estados Unidos incluida una alocución de Radio Bagdad señalando que aquel era «un primer paso en la liberación de Palestina». Se trataba únicamente de la primera de una dilatada lista de ejecuciones públicas. Durante los meses siguientes, Saddam Hussein demostró una habilidad fuera de lo común en las tareas de represión. Fueran comunistas — miembros de un partido especialmente peligroso en período de revuelta—, posibles golpistas o kurdos, Saddam se mostró cruelmente despiadado. Durante los años siguientes, Saddam iba a entrar en contacto con unos valedores internacionales que, en buena medida, decidirían su conquista del poder absoluto. El primero fue la URSS.

En enero de 1970, Saddam visitó Moscú en busca de ayuda para combatir a los kurdos. Los soviéticos estuvieron de acuerdo en dejar de apoyar a los kurdos a condición de que se acabara la represión contra los comunistas y además se concediera la autonomía al Kurdistán. Saddam aceptó pero con escasa voluntad de cumplir lo pactado. No obstante, había captado hasta qué punto la URSS podría resultarle útil y en febrero de 1972 regresó a Moscú. Esta vez firmó un tratado en el que se incluía, como pago por el apoyo soviético, la concesión a la URSS del uso de las

bases aéreas iraquíes. La relación —como tendremos ocasión de ver— se mantendría durante los años venideros.

El segundo gran valedor fue Francia. La razón para el acercamiento derivó del deseo iraquí de nacionalizar el petróleo. Dado que éste se hallaba bajo el control de compañías norteamericanas, británicas y francesas, era de esperar una reacción contraria de las tres potencias. Sin embargo, Valery
Giscard d'Estaing, a la sazón ministro de Comercio francés, aseguró a Iraq que Francia no participaría en un boicot mientras los intereses galos no se vieran afectados. El 1 de junio de 1972, el Baaz nacionalizó el crudo iraquí y antes de que concluyera el mes Saddam Hussein viajó a París pactando con el presidente Pompidou que Francia aceptaría el paso dado por Iraq a cambio de participar en la futura industria petrolífera iraquí y de comprar el crudo a un precio más bajo. Tanto la ayuda soviética como la francesa permitieron a Iraq duplicar la capacidad de su ejército entre 1970 y 1975 y contribuyeron enormemente a fortalecer la posición de Saddam. No resulta extraño, por lo tanto, que cuando Londres y Washington anunciaron su propósito de pedir cuentas a Francia, Saddam Hussein afirmara públicamente que «cualquier intento de dañar los intereses franceses se consideraría un acto de hostilidad contra Iraq».

Este crecimiento de su poder debido a la baza internacional vino acompañado por un vuelco de la situación interior cuando en 1973, Nadhim Kazzar, el especialista en tortura del régimen, orquestó un golpe contra alBakr. Saddam Hussein logró desarticularlo y, por primera vez, se abrieron para él las puertas de las prebendas. A partir de entonces, Saddam iniciaría una hábil política de relaciones públicas en la que representarían un papel muy importante su esposa e hijos que aparecían como prototipo de familia modelo.

La caída de Kazzar convirtió a Saddam prácticamente en el segundo hombre del país sólo antecedido por el presidente al-Bakr. Embarcados ambos en una política que pretendía establecer una «economía socialista», Saddam siguió reforzando su peso en la seguridad del Estado mediante un

acuerdo suscrito con Yuri Andrópov, a la sazón jefe de operaciones del KGB. En paralelo, acometió la firma de contratos con la URSS y Francia, seguidos muy de lejos por Brasil (ferrocarriles), Bélgica (fábricas de fosfatos), Yugoslavia, Bulgaria, la RDA y Japón. Durante los años setenta, el prestigio de Saddam subió como la espuma, en parte, por sus relaciones internacionales y, en parte, porque la política económica estaba en sus manos. En enero de 1977 se permitió incluso dar el primer paso para debilitar a al-Bakr al conseguir que se eligieran diez nuevos miembros para el Mando regional del Baaz —entre ellos Tarik Aziz—, lo que le permitió contar con catorce partidarios de un total de veintiún componentes. Al concluir el año 1977, la posición de Saddam era casi inexpugnable. A partir de ese momento, Saddam desarrolló una política armamentística que dejó pequeño el crecimiento militar del lustro anterior.

El principal proveedor de armas fue la URSS —tanques T-52; bombarderos Tu-22; helicópteros Mi-24; aviones de transporte II-76, etc.—, pero también Francia firmó jugosos contratos para suministrar Mirage F-1 y helicópteros Gazelle. De hecho, si a inicios de los setenta Moscú suministraba a Sad-dam el 95 por ciento del armamento, a finales de esa década su cuota de venta había disminuido hasta el 63 por ciento. Durante los años setenta, Saddam comenzó a desarrollar también diversos programas de armamento no-convencional. En 1974 se dieron los primeros intentos de comprar armas químicas y biológicas junto con la creación del Comité de planificación estratégica. En noviembre de ese año concretamente el Institut Merieux llegó a un acuerdo para llevar a cabo la instalación del primer laboratorio bacteriológico en Iraq.

En 1975, Saddam decidió adquirir gas venenoso. Guiado por una curiosa semejanza histórica, acudió en esta ocasión a Alemania Oriental en busca de gas tabún y gas sarín. El contacto vino facilitado por terroristas palestinos y en el curso de una entrevista con Karl Heinz Lohs, el director del Instituto de productos químicos venenosos de Leipzig, en la RDA, uno de los iraquíes expresó con total claridad lo que su gobierno tenía en mente: «Ustedes, los alemanes, tienen mucha experiencia en matar judíos

con gas. Esto es algo que nos interesa por la misma razón. ¿Cómo se puede utilizar su experiencia para destruir a Israel?»

Por supuesto, Saddam Hussein no tuvo siempre suerte a la hora de tratar con compañías extranjeras. Por ejemplo, mediante intermediarios franceses, Iraq entró en contacto con la Pfaulder Company de Rochester, Nueva York, para crear una fábrica de pesticidas en Bagdad. Sin embargo, la compañía sospechó lo peor y no se llegó a un acuerdo. Algo similar sucedió con la Babcock and Wilcox y la ICI, ambas británicas. De hecho, la ICI llegó a poner el asunto en conocimiento de los Servicios de Inteligencia de su país.

Mención especial merece, desde luego, el apartado de las armas nucleares. En 1975, Saddam —a la sazón todavía segundo hombre de Iraq — había establecido el objetivo de contar con armas nucleares en una década. El inicio del programa se debió a la ayuda soviética que permitió a los iraquíes contar con un reactor de agua ligera IRT 200 y con la formación de un centenar de físicos nucleares iraquíes. Sin embargo, la URSS no tenía especial interés en convertir Iraq en una potencia y se negó a seguir apoyando el programa nuclear de Saddam. Entonces vino en su ayuda su aliado preferente: Francia.

A esas alturas de su avance hacia el poder, Saddam Hussein había trabado una enorme amistad con Jacques Chirac, el primer ministro francés. Su entendimiento venía desde 1975 cuando Iraq había comprado los Mirage F-1 a Francia. En el curso de aquella visita, Chirac, muy astutamente, había llevado a Saddam a visitar Provenza y de manera difícilmente casual le acercó a la central de investigación nuclear de Cadarache, situada al norte de Marsella. El Comisariado de Energía Atómica (CEA) acababa de instalar un reactor experimental de reproducción rápida que tenía el sonoro nombre de Rapsodie. El artefacto poseía un enorme interés porque permitía transformar el uranio en plutonio susceptible de utilizarse para armamento nuclear. Saddam quedó encantado con la visita y los franceses se ofrecieron a venderle un reactor experimental (Osiris) y un modelo a escala (Isis). Los dos podían producir

plutonio destinado a la fabricación de armamento nuclear. La oferta era tentadora y Saddam estuvo dispuesto a aceptarla si además Francia se comprometía a hacerle entrega, en el momento de la puesta en marcha, del combustible para que el reactor pudiera funcionar durante un año. Chirac aceptó a cambio de que Iraq realizara nuevas concesiones petrolíferas, importara automóviles galos y siguiera comprando armas francesas. De esa manera, el futuro presidente francés contribuía de manera decisiva a convertir un punto especialmente caliente del globo en un volcán que podía entrar en erupción en cualquier momento.

El reactor fue bautizado inicialmente con el nombre de Osirak pero, a petición del primer ministro galo, se le cambió el nombre, ya que en Francia lo denominaban burlonamente O'Chirac. Los ahora llamados Tammuz I y Tammuz II debían aportar a Saddam la posibilidad de construir varias bombas atómicas como las que destruyeron Hiroshima.

Chirac —«Monsieur Iraq» como le denominaba la comunidad financiera gala— iba a convertirse en aquellos tiempos en el factótum de una serie de acuerdos con Bagdad que incluían, además de las armas, plantas petroquímicas y de desalinización, un aeropuerto e incluso el metro de la capital. El texto del Tratado de cooperación nuclear con Francia no se hizo público hasta ocho meses después de su firma en noviembre de 1975. En una de sus cláusulas se estipulaba que ningún judío —lo fuera racial o religiosamente— podía participar en el programa. Se trataba, sin duda, de una violación de la ley francesa, pero no parece que la cuestión inquietara especialmente a Chirac. Como es fácil suponer, cuando la comunidad internacional conoció la noticia llovieron las críticas —lamentablemente sólo las críticas— sobre Francia. En previsión de posibles problemas, en 1979 Saddam concluyó un tratado de cooperación nuclear por diez años con Brasil y negoció la compra de cuatro laboratorios nucleares con Italia. El programa de armamento nuclear de Saddam fracasó gracias a la intervención de Israel —un tema que hemos tratado en un enigma anterior — pero no resulta difícil imaginar las consecuencias trágicas que se hubieran derivado de su éxito y más cuando, por ejemplo,

durante el verano de 1978, la mano de Saddam estuvo detrás de atentados terroristas que se cometían prácticamente cada semana.

En el curso de la década siguiente, Saddam Hussein se convirtió además en un generoso financiador de grupos terroristas. En primer lugar, por supuesto, estaban los palestinos. A la vez que invitaba a Arafat a formar parte del gobierno iraquí como ministro para Asuntos Palestinos, Saddam financiaba a Abu Nidal y a Wadi Haddad. A continuación iban el PKK kurdo, los Hermanos Musulmanes de Siria e incluso el ayatollah Jomeini, todavía en el exilio. Este último personaje iba a tener un papel especial y paradójico en la vida de Saddan Hussein. En 1978, a petición del shah, Saddam expulsó a Jomeini del sur de Iraq donde había vivido varios años como exiliado. Lo hizo en el peor momento porque en febrero de 1979, el ayatollah entraba triunfante en Irán ya no como desterrado agradecido sino como enemigo resentido. Saddam Hussein decidió dar entonces un paso decisivo. Presionó al número uno del régimen, Ahmad Hassan al-Bakr, para que abandonara el poder. Bakr cedió y en la víspera de la celebración anual de la revolución del 17 de julio designó a un Saddam Hussein de cuarenta y dos años como su sucesor y nuevo presidente de Iraq. El largo camino hacia el poder había concluido. En él no habían intervenido ni la CIA, ni Estados Unidos —que no reanudarían relaciones diplomáticas con Iraq hasta 1984 — ni Gran Bretaña. Había sido durante los primeros años una consecuencia de la peculiar política iraquí, del apoyo de al-Bakr y de la astucia de Saddam Hussein pero luego había contado con dos valedores que no iban a abandonarlo en los siguientes años: la URSS y Francia, una Francia en la que disponía del apoyo valiosísimo de Jacques Chirac.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Saddam Hussein ha sido objeto de dos biografías oficiales propias del más escandaloso culto a la personalidad y debidas a Amir Iskander, *Munadilan, wa Mufakiran, wa Insanan,* París, 1981 y a Fuad Matar, *Saddam Hussein. The Man, the Cause and His Future,* Londres, 1981. De interés también es un libro autobiográfico —*The Long Days,* varias ediciones— donde Saddam Hussein relata sus años de juventud bajo el nombre de Abdel Amir Mualá.

En 1969 se publicó en Londres un interesantísimo libro sobre Saddam Hussein titulado *The Bloody History of Saddam al-Tikriti* que, de manera comprensible, pasó casi inadvertido pero donde pueden rastrearse algunos aspectos que resultarían esenciales en la carrera posterior del dictador. En realidad, la bibliografía sobre Saddam Hussein experimentó un cierto incremento a partir del momento en que pasó a ser el número uno del régimen —*Samir al-Jalil, Republic of Fear,* Berkeley, 1989— y, sobre todo, a raíz de la guerra con Irán y la invasión de Kuwait con obras como las de Judith Miller y Laurie Mylroie, *Saddam Hussein and the Crisis in the Gulf,* Nueva York, 1990; y Abdel Darwish y Gregory Alexander, *Unholy Babilón,* Londres, 1991. Además de las monografías sobre aspectos concretos como las de E. Karsh, *The Iran-Iraq War 1980-1988,* Londres, 2002; M. S. elAzary (ed.), *The Iran-Iraq War,* Londres, 1984; J. Bullock y H. Morris, *The Gulf War,* Londres, 1989; y L. Freedman y E. Karsh, *The Gulf Conflict 19901991,* Londres, 1993.

Actualmente la biografía más completa, a nuestro juicio, es la de Con Coughlin, *Saddam. The Secret Life,* 2002 (existe edición en castellano en Planeta, *La vida secreta de Saddam Hussein).*

No han faltado algunos estudios excelentes sobre la manera en que Saddam Hussein ha llevado a cabo su carrera armamentística. Entre ellos destacan los de Kenneth R. Timmerman, *The Death Lobby: How the West Armed Iraq,* Boston, 1991, y Jidir Hamza, *Saddam''s Bombmaker,* Nueva York, 2000.

Finalmente, debe hacerse referencia a algún título esencial para comprender el carácter pavoroso de la dictadura de Saddam Hussein en el terreno de los Derechos Humanos —Sahib Hakim, *Human Rights in Iraq,* Londres, 1992— o el peligro que representa su almacenamiento de armas de destrucción masiva. Entre estos cabe citar los de Scott Ritter, *Endgame: Solving the Iraq Problem – Once and for All* Nueva York, 1999, y Tim Trevan, *Saddam's Secrets: The Hunt for Saddam's Hidden Weapons,* Londres, 1999.

CÉSAR VIDAL MANZANARES (Madrid, 1958) es doctor en historia, filosofía y teología, así como licenciado en derecho. Ha enseñado en distintas universidades de Europa y América, y es miembro de prestigiosas instituciones académicas, como la American Society of Oriental Research o el Oriental Institute de Chicago. Actualmente colabora en distintos medios de comunicación como La Razón, Libertad Digital, Chesterton y Muy

Interesante. Es autor de más de un centenar de libros, que habitualmente se sitúan en los primeros puestos de las listas de los más vendidos y que han sido traducidos a media docena de lenguas. Entre sus premios literarios destacan el de la Crítica «Ciudad de Cartagena» a la mejor novela histórica del año 2000, el premio Las Luces de Biografía 2002, el premio de Espiritualidad 2004, el premio Jaén 2004, el IV Premio de Novela Ciudad de Torrevieja (2005), el de novela histórica Alfonso X el Sabio 2005 y el Algaba 2006 de biografía. Sus éxitos literarios son numerosos, y pocos autores han logrado ventas tan altas de tantos títulos simultáneamente. Entre sus obras más recientes destacan Los masones (2004), Paracuellos-Katyn (2005), Bienvenidos a La Linterna (2005) y Jesús y Judas (2007), y las novelas históricas El médico de Sefarad (2004), El médico del Sultán (2005), Los hijos de la luz (2005), Artorius (2006) y El judío errante (2008).

This file was downloaded from Z-Library project

Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.

z-library.sk z-lib.gs z-lib.fm go-to-library.sk

Official Telegram channel

Z-Access

https://wikipedia.org/wiki/Z-Library